
3 1761 08695

TRADICIONES SEVILLANAS

Al eminente escritor

Sr. D. Rodrigo Soria

su admirador y a

migo

El Autor

Esta obra se publica bajo la protección del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla.

Sevilla 1895.—Tipografía de El Universal, O'Donnell, 34.

CANO Y CUETO

TRADICIONES SEVILLANAS

I.

Las alfareras. El vándalo. La copa de sangre. Abdo-l-Aziz. Erik, el eskalda.

DIBUJOS DE LUIS CÁCERES



ADMINISTRACIÓN

FERNANDO FÉ
Carrera de S. Jerónimo, 2
MADRID

VICTORIANO SUAREZ
Preciados, 48
MADRID



AL SR. D. JOSÉ BERMUDEZ REINA,

ALCALDE PRESIDENTE DEL

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE SEVILLA

Y Á LOS SRES. TENIENTES DE ALCALDE Y CONCEJALES

D. José de Vargas Machuca, D. Miguel Corona, don Joaquin Campos Palacios, D. Manuel Hector Abreu, D. Rafael Fernández-Grilo, D. Emilio Jimeno de Ramón, D. José Enrique Roncales †, D. Pedro de Celis Moreno, D. José María Ternero, D. Trinidad del Rey, D. José López de Rueda, D. Agripino Povedano, D. José Luis Arredondo, D. Manuel Valenzuela, D. Francisco Ambrosio del Campo, D. Manuel Hoyuela, D. Rafael Herrera Robles, D. Javier Lasso de la Vega, D. José Morales Roldán y D. Miguel Merino, en testimonio de gratitud,

EL AUTOR.

LAS ALFARERAS

Santas Justa y Rufina
son dos hermanas,
las mejores lozeras
que hay en Triana.
(Copla popular.)

9

Á LA MEMORIA

DE MI ADORADA Y SANTA MADRE

Emilia de Cueto



I.

El lacustre lugar que pobló Alcides (1)
ya como emporio Diocleciano admira.
¡Magnífica ciudad! Todas las razas
que bebieron las aguas cristalinas

del dividido y caudaloso Betis (2)
monumentos dejaron y reliquias.
El dios sin nombre (3) y Neton (4) y Endovélico (5),
la humilde turdetana teogonía (6),
ríndense al dios que el extrangero acata,
y el hispalense empíreo da cabida
á Isis fecunda, que el egipcio adora (7),
á Melkart, protector de la Fenicia (8),
á Salambona (9), que escuchó las voces
de los guerreros que mandara Amilcar,
y á todas las deidades que, en su cielo,
Roma triunfante con ardor apiña.
A todo vencedor rindió laureles.
El gran César dió nombre á la fortísima
muralla (10) nunca rota en el asalto,
y siempre en sangre de los heroes tinta.
Pequeña Roma (11) le llamó el coloso
que fué del mundo admiración y envidia.
Corte fué militar; pero á Belona
ni templos levantó, ni ofreció víctimas.

Híspalis detestaba los groseros
vestidos del soldado. Era la ninfa
amada de los céfiros suaves,
era la hetaria que al placer incita.
El lujo y el placer ambicionaba.
Atruena la ciudad la algarabía
que talleres y fábricas producen.
Se oye el rulo girar, gemir la viga,
traquetear las cárcolas, los hornos
mugir con roncas, resoplantes iras.
Y el roce chillador de las poleas,
el sonoroso hervir de las marmitas,
los golpes del batán, y los furiosos
ecos de los martillos que se hincan
en el metal ardiente, todo forma,
en tenaz y discorde sinfonía,
el cántico sublime del trabajo,
himno glorioso, verbo de la vida.
Esclavos y mujeres, carros, bestias,
todos con carga, en confusión y aprisa,

ván, en hiladas, á los anchos muelles,
ansiada meta que el cansancio alivia.
Los ricos mercaderes allí apuntan,
con sórdido recelo, las vasijas
que el garo (12) encierran, y los grandes peces
que, en salazones, al romano envían.
Tambien allí barqueros, negociantes,
se ven pasando minuciosa lista
á las varias riquezas que los buques
después transportan á lejanos climas.
Las muy famosas lanas erytreas (13),
el aspálato, el lino, las teñidas
telas, el cobre que enriquece á Tharsis,
el mármol, el enebro, la miel rica,
todo revuelto allí se amontonaba,
del mercader causando las delicias;
y, orgullo produciendo al hispalense,
las granadas de Pésula y de Ilipa (14),
los aceites de Astigis y de Carmo (15),
los vinos de Callentum y Carisa (16),

las naranjas dulcísimas de Orippo (1).
el trigo de oro y la nevada harina.
Parece el río corazón del pueblo:
toda su sangre en él se precipita
en hervidor torrente, y se derrama
por las arterias, y con doble vida,
vuelve allí á retornar, y otras mil veces
acude, y se regolfa, y se retira.

II.

Llevaba, á escape, el ardoroso Febo,
por la mitad del cielo, su cuadriga,
dejando atrás á las fugaces Horas
que en las nieblas del éter se perdian.
¡Todo al amor cantaba! De sus grutas
alzábanse las bétides lascivas.

hendiendo, juguetonas, la corriente
que fulge al sol cual plata derretida.
¡Todo al amor cantaba! Cielo y tierra
monstraban su hermosura y lozanía.
Iba á resucitar el muerto Adonis.
El niño-dios, deleite de Afrodita.
Por tal solemnidad los anchos muelles
de Híspalis, en quietud aparecian,
prestando á los ociosos paseantes
mil atractivos, sin turbar su vista.
Allí las naves que el afán de lucro
á toda playa, sin temor envía.
Los audaces bajeles que miraran
el tenebroso mar; las escondidas
y peligrosas costas de los pictos;
las aguas de la Armórica, que lívidas
fantasmas cruzan; las temidas Sirtes;
el caucásico golfo, en que aún palpitan
las quejas del divino Prometeo;
y el país de los Seres; y las ricas

comarcas griegas; y el sagrado Nilo;
y el gran Sinus que baña la Etiopía.
Y las enhiestas proras con adornos
y labores fantásticas, prolijas,
talladas en esfinges, en caballos
que sobre el agua galopar ansían,
en cráneos y en testuces de carnero,
en águilas, serpientes y toninas.
Más que enjambre de monstruos y quimeras,
la corte de Neptuno parecían.
Y á bordo de las naves, marineros
de nombres varios, de remotos climas.
Allí, el griego infamado, que especula
con todo lupanar, y que, por risa
de los antiguos heroes, tararea
las bélicas canciones mamertinas;
el galaico, que arranca en Casitérides
el reluciente estaño; el de las Cycladas,
el púnico engañoso, el negro etiope,
el egipcio sagaz, el de Numidia,

el de Cirene, que trafica en *silphium* (18),
y el árabe que vende incienso y mirra.
Sobre los duros bancos los etiopes
con la *hek nezem* (19) se embriagan, y dormitan
los perezosos árabes. Los griegos
contemplan, sin rubor, su mercancía;
y al juego de los huesos su barcaza
expone el galo, y, al ganar, la envida.
Por los muelles no andaban negociantes.
Productos de muy tosca alfarería
guardaba una doncella. De improviso,
y, por doquier, corrieron á la orilla
hombres, niños, mujeres... ese enjambre
que vive al sol, y á quien lo inútil guía.
Como un alción, cortando la corriente,
se acercaba una nave de Numidia.
Hercúleos negros el velámen cargan,
los remos sueltan, y con ronca grita
los bicheros empuñan, ó se arrojan
al manso río, y con esfuerzo tiran

de cables y cadenas, que á los fuertes
proix amarran con ágil maestría.
El jefe de los negros tripulantes
armado de un gran látigo, que silba
y azota sin cesar, da las postreras
órdenes, y demanda la visita
del jefe de los muelles, porque alivie
la nave de terrible mercancía.
Trae un león para las grandes fiestas
con que el Procónsul al hispalo invita,
y, á pesar de los lutos de la Adonia,
que vaya presto á la espelunca ansía.
Furioso está el león. La fuerte jaula
destrozó, y de sus guardas las heridas
bien pregonan la sangre que ha costado
el poder oprimirlo. La noticia
rauda corrió. Llenóse la ribera
de abigarrada multitud que mira
con embeleso el buque. Á aquel paraje
Diogeniano, el Procónsul, se encamina.

Se abrió paso entre el pueblo y dió el permiso
que el jefe de la nave solicita.
Con cadenas que el cuello le aprisionan,
y el vientre le constriñen y fatigan,
y de los hierros, con igual impulso,
ocho negros tirando, la magnífica,
tremenda fiera apareció: sus fauces
vapor despiden, fuego sus pupilas.
Los negros, jadeantes, sudorosos,
conducen al león, y al par le esquivan;
le ven los niños con pavor y encanto;
con miedo las mujeres; se le admira
por lictores y esclavos; y el Procónsul
del clamor general se regocija.
A la espelunca va; pero los negros
ven al lado de rústicas vasijas
á la alfarera, y, por salvaje burla,
á ella arrastran la fiera escandecida,
Álzase la mujer amedrentada,
corren los negros, los curiosos chillan,

la fiera salta, aterrador rugido
brotan sus fauces, la mujer vacila,
una nube de polvo se levanta,
y, entre el polvo, algo horrendo se adivina.
Los negros y la fiera reaparecen.
Yerta, en el suelo, como flor marchita,
quedaba la mujer. Un noble anciano
la levantó del suelo, y con dulcísima
voz le dijo:—¡ten ánimo! ¡no llores!
¡á tu lado estoy yo! ¡Pobre Rufina!
¡besa la Cruz...!—Y al beso fervoroso
que al signo del cristiano dió la niña,
en sus labios de nieve estalló grana
y en sus azules ojos luz divina.

III.

Tras del templo de Isis (20), rica muestra
de la pompa oriental, grande, magnífico,

un palacio se alzaba: era el colegio
de sacerdotes del extraño rito.
Ya en el Empireo griego, que el piadoso
hijo de Anquises señaló al latino,
con la clásica veste no moraban
los númenes de Hesiodo y los invictos
héroes que cantó Homero. La gran Roma
á su estragada fe pidió más ídolos,
y ensanchó las fronteras de aquel cielo
que amara Octavio, y que inspiró á Virgilio.
El imperio romano era el enorme
tronco del mundo: en él, siglo por siglo,
prendieron las aleves parietarias
con abrazo traidor, con el maldito
abrazo que aniquila. El tronco inmenso
estaba, por doquiera, carcomido.
Se anunciaba tropel de leñadores.
¡Si, ya se oian sus terribles gritos!
¡Ay del árbol enfermo cuando el hacha
se cebe en él con implacable filo!

¡Ay del pueblo que ve tras las estrellas
nada más que lo vano del vacío!
¡Ay del pueblo tambien que el aéreo espacio
llena de dioses, falsos y enemigos!
El horrible Moloch, siempre sediento
de sangre; el Baal, devorador de niños;
el Sol,—la piedra negra—que de Siria
trajo el vil Heliogábalo, y que hizo
casar con Astarté; la atroz caterva
de engendros viles, de las fiebres hijos,
con sus caras de toro, con sus vientres,
de carne humana, sin cesar, henchidos,
en el Empireo de Minerva y Juno,
en el cielo de Venus y Cupido,
entre Musas y Céfiros, y oyendo,
al compás de sus lúgubres mugidos,
harpas y liras de oro melodiosas
y dulces cantos de inefables ritmos,
los monstruos se miraban asombrados
unos á otros, y, con torpe instinto,

se apretaban allí, dejando hueco
al Minotauro y á Furina y Ticio.

. . . .

La mansión del supremo sacerdote
y colegio, también, de los ministros
de Isis fecunda, espléndido palacio
fué por lo grande, por lo hermoso, y rico.
Como el templo, su extraña arquitectura
se plegó, humilde, al egipciano estilo.
Largas las lineas, los pilares toscos,
los techos bajos, el dintel mazizo,
la columna pesada, y las labores
del capitel, en pórfido ó granito,
copiando hojas de loto, de palmera,
ó grandes masas de animales rígidos.
Con las piernas unidas las estatuas,
y los brazos al cuerpo, el cuello erguido,
serenas, inflexibles, cual las momias
fúnebres musas del artista egipcio.
Toda pared pulida, porque fuese

página de pintados jeroglíficos
que, inmutables, dijeran la triada
de Ammón, de Isis y de Kons divinos.
Escarabajos de oro, esfinges, ibis,
pirámides, pilones, obeliscos,
vacas y gatos (21)... En el mes de Augusto
las brisas recordaban las del Nilo.
Aquel palacio y sus jardines, llenos
de lagos, frondas, fuentes, laberintos,
encerraban gran copia de mujeres,
sacerdotes, eunucos, siervos, niños
y animales sagrados. ¡Qué tesoros
costaba al Betis sostener los ritos!
Abierta y extendida galería
daba al jardín. Su techo de vivísimo
esmalte azul, sembrado de luceros
de oro brillante, estaba sostenido
en columnas de mármol onubense
de negro lustre ó de color rojizo.
Bajo cortinas de escarlata y seda

de opulento festín se ve el servicio.
Anchos sillones de marfil y nacar,
lechos de blandas plumas y triclinios,
esbeltos ramos de olorosas flores,
un gran kráter de oro, revestido
de fina pedrería, acerras, copas
de exquisita labor, vasos corintios,
mayordomo sagaz va preparando
con órdenes que dicta á esclavos libios.
Gran cáfila de obesos marmitones
colocan en la mesa aperitivos,
ó cuenta dán al mayordomo experto
de cómo sigue el culinario oficio.
Las ánforas, tendidas sobre alfombras
y orladas de laurel, esconden vinos
de esencia generosa. Parecían
grupos de gladiadores adormidos.
¡Iban presto á luchar! Si alguno de ellos
queda con sangre... se creerá prodigio.
Si derroche de lujo era el banquete,

si grandioso el palacio, no vencidos
quedaban los jardines. Sus encantos
remedo eran feliz del paraiso.
Polvo de oro, arena de corales
los senderos tapizan; se alzan rígidos
mil colosos; estatuas de madera
hieren la vista con esmaltes vívidos;
un gran lago es espejo refulgente
del cielo azul, y en su cristal tranquilo,
tiemblan las sombras de la altiva palma,
del ancho cedro y del laurel erguido.
En el profundo lago, en los estanques,
el lotus, por los céfiros mecido,
abre sus flores, blancas cual la nieve,
ó azules, como el cielo del Egipto.
Y estanque, arroyos, fuentes, rodeados
de alfombras de azucenas y jacintos,
de bosques de naranjos y de acacias,
de higueras y de enebros y de alisos.
Y nevada de azahares, y de rosas

vivaz incendio, y el verdor tejido
de escarchas del jazmín, y las praderas
bordadas de amaranto y de junquillo,
y el ambiente embriagado de perfumes,
y un ardoroso arpegio en cada nido,
viéndose revolar las mariposas
dando al aura colores fugitivos,
cual si al éter las almas de las flores
se lanzaran de amor en los suspiros.
Allí, sobre la frente de una estatua
está el ibis inmoble; sobre el mirto
canta el jilguero; tórtolas amantes
se arrullan en las copas de los tilos;
zumban los abejorros sobre el terso
cristal del lago; con inciertos giros,
se remueven las ranas bajo el cieno;
un pausado flamenco alarga el pico
y aprehende una libélula, posada
en la olorosa rama del hibisco;
juegan los cinocéfalos subiendo

á las palmas, entre ásperos chillidos;
saltan y brincan multitud de gatos
á la fragante sombra del lentisco,
y, los ya viejos, duermen panza arriba,
sobre el lomo de esfinges de granito.
Y se oye una cadencia rumorosa,
vaga, tenue, que sale del recinto
del sacro templo, y que interrumpe sólo
voz que—¡Ptah!—clama con solemne grito.
Muy lentamente, en grupos, á intervalos,
aparecieron por diversos sitios
los convidados al festín. De castas
nobles son: los lupercos, los sebiros,
los popes, los flamines y pinarios:
todo el concurso, en fin, de los ministros
de Hércules y de Venus Salambona,
de Júpiter, de Apolo, de Cupido.
Llegaron á la abierta galería,
y los brazos se dieron. Y tranquilos
esperaron que el Sumo Sacerdote

de Isis cumpliera su devoto oficio.
Poco se hizo aguardar. Le rodeaban
jóvenes sacerdotes, revestidos
de togas níveas, tiaras en las frentes,
rasas las cejas y los craneos lisos.
Un enjambre de esclavos acercóse
con palanganas de oro, y bien provistos
de perfumes. Lavaron al concurso
los piés, y al gran festín se dió principio,
después que un genio alado de la muerte,
de mano en mano, recorrió aquel círculo (22).
Y al destapar el ánfora primera
de lusitano, burbujoso vino,
y ver el primer plato, el Sacerdote
de Isis con voces jubilosas dijo:
—comed, bebed, reid. La vida pasa.
La muerte al hombre acecha (23). ¡Venga vino!—
—¡Venga vino!—exclamó.—Tú, mayordomo,
muéstrate con mis huéspedes solícito.
Y el banque empezó formal y grave;

mas, después, los vapores del optimio,
del falerno y trinacrio, generosos,
las lenguas desataron. ¡Qué bullicio!
¡Qué risa y qué charlar! ¡Presto acabóse
la gravedad de salios y sebiros!
—¿Qué esperas de la Adonia?
—Maravillas.
Grande el concurso, y el sollozo á gritos.
—Será un clamor Hispalis.
—La demencia,
el cristiano furor, aún no ha prendido
en la ciudad.
—Hay chispas del incendio.
—En los talleres húmedos, sombríos,
de pobres alfareros.
—A esos locos,
á esos malvados que devoran niños,
que adoran en los craneos de jumentos (24),
que hacen gala de sucios y de esquivos,
cáncer de Roma, de las almas lepra,

al fin, castiga el imperial edicto.
—Diocleciano nos salva.
—Falta ahora
que Diogeniano entregue al esterminio
á los viles ateos.
—¡Plegue á Jove!
—El Procónsul es nuestro.
—Sacrificios
ofrece á las deidades.
—Su alma sea
de Neith.
—No, de Salambo.
—Y el ministro
de Venus, con sonrisa maliciosa,
iba, sin duda, á hablar de sus hechizos,
mas su voz apagóse entre los ecos
de suave coro que entonó este himno:
«Tan sólo el Sér, cuyá substancia existe,
»rellenaba la nada y lo vacío.
»El Sér que vive, y, sin cesar, se engendra,

»el Sér que se da espíritu á sí mismo,
»es Ammón-Rá. ¡Ammón-Rá! Padre de dioses.
»Rey del mundo. ¡Ammón-Rá! Vital principio
»masculino de acción, como Mouth-Isis,
»principio hembra y fecundante anillo.
»¡Oh tú, tierra sagrada! ¡oh tú Moüth-madre!
»Tú dijiste en Esnek, soy lo que ha sido,
»lo que es, lo que será, mortal ninguno
»mi velo levantó. (25)
No acabó el himno.
Murió entre la estruendosa carcajada
de sacerdotes del romano rito.
El ministro de Isis se alzó airado,
y, con trémulo acento,—¿por qué, dijo,
esa importuna risa?
—¡Por mi Hércules!—
un pinario exclamó:—¿por qué decirnos
en serio que la diosa aceitunada
es madre de los dioses y principio
de todo lo que fué? Tal tontería

predícala á la plebe... del Egipto.
¡Yo soy romano!—El sacerdote de Isis
los labios se mordió.
—¿Son enemigos
los dioses?
—Tú lo enseñas.
—¡Yo!
—¿No ríes
de Júpiter?
—¡Si sé que le es preciso
llamar al comadrón! Muslos y frente
aun debe de tenerlos doloridos. (26)
—¡Que lo diga Mercurio!
—No; el borracho
de Sileno panzón, que, dando brincos,
acompaña á tu Baco.
—Ó dando tumbos,
cual cerdo, por el lodo.
—Calla, amigo,
que Hércules, tu señor, es más grosero

que un cargador del muelle.

—Y con su brío

quedó á los piés de Homphala, devanando,
cual un chicuelo, enmarañado ovillo.
—Y ¿qué quereis probar?

—Que de los dioses

que al pueblo predicamos, nos reimos.
—La fe, para la plebe.

—¡Engaña el hambre!

—¡Bien de la fe Luciano se ha reido!
—¿Por qué llenar la vida trabajosa
de afanes tan inútiles? (2)

—Me rindo

á adorar fervoroso en la hermosura
que brinda el beso, en el fragante vino
que desborda la risa.—

El sacerdote

de Isis llamó á un esclavo, y á su oido
murmuró algunas frases. Ya la Noche
cruzaba el cielo entre su manto frío.

Borracho un sacerdote, repetía:
—¡No hay dioses! ¡no es verdad! Sólo son símbolos.
Deidad es la mujer... ¡la mujer bella!
¡deidad de carne y hueso!—
—¡Mira, impío...!
Y el sacerdote de Isis, sonriente,
al jardín señaló. ¡Cuadro magnífico!
Á las llamas de fúlgidas antorchas,
cuyas luces quebrábanse en los vidrios
del ondulante lago, aparecieron
cien bailarinas de pasmoso hechizo.
Tras de ellas, pebeteros exhalaban
densas nubes de aromas que, al carmineo
resplandor de las llamas oscilantes,
se bordaban de tonos fugitivos.
El jardín, tras del humo, destacaba
como un gran bosque, colosal, mazizo,
del cual se erguían, con negruzcas sombras,
altos fantasmas de contornos rígidos.
Y el susurrar del viento entre el follaje

y el rumor de las fuentes y el chillido
del cárabo siniestro, se mezclaban
con los ecos suaves y melifluos
de flautas y forminges que tañían,
al son vibrante de acordados sistros.
Aquellas bailarinas de la raza
pura de Sais esconden atractivos
bajo sus tules, que pagano alguno
pudo mirar con corazón tranquilo.
Aquellos ojos grandes y rasgados,
negros como azabaches y adormidos,
aquellos senos mórvidos, turgentes,
avivan el volcán del apetito.
Todos los sacerdotes admiraban,
de aquel montón de carne los lascivos
movimientos, la danza cadenciosa
de compás largo y perezosos giros.
Ya lujurioso afán turba y marea
á feciales, pinarios y sebiros,
y el ardoroso aliento, entre sus labios,

resopla como cálido mugido.
Y avanzaban las olas de hermosura,
y, á cada paso, el vértigo, el delirio,
mas acrecía.
—¡Es Ammón-Rá!—cantaban
con dulce voz.—El término y principio
de todo ser! ¡Es padre de los dioses!—
—Si, mas ¡venid! ¡venid!—enloquecidos,
los torpes sacerdotes exclamaban,
brindándoles sus cálices de vino.
Y ellas cantaban:
—¡Isis es la madre
de los dioses!
—¡Venid!
—Es el anillo
fecundador.
—¡Venid!
—No hay más que Ella.
—¡Sí!—gritaban furiosos los ministros.
Sacerdotes y almeas se juntaron.

Lluvia cayó de rosas y jacintos.
Y las rijosas bestias revolcáronse
hasta sentir el asco del hastío.
Entonces, jadeantes, recordaron
todos los sacerdotes á sus ídolos,
y aun abrazando los sudosos senos
de las rameras, el placer ya extinto,
hablaron con fatigas de la Adonia,
de Diocleciano y su imperial edicto.
Híspalis necesita un buen ejemplo.
La muerte del cristiano aborrecido
es la suprema ley; ley necesaria,
si han de vivir las aras y los ritos.
¡Vivan Salambo y Jove! ¡Honor á Isis!
Que, por igual, alcancen sacrificios
todos los dioses; que al mortal no impidan
vivir, como las bestias, del instinto.
Y todos, con mareos, dando tumbos,
de esclavos con antorchas precedidos,
volvieron á sus casas, murmurando

al verse solos.—¡Muerte y exterminio
para el cristiano...! mas... ¡al padre Jove
habré causado envidia!

—Ese maldito
sacerdote de Isis es un Cresos.
—¡Baco es digno de mí!

—¡Qué necios símbolos!
Pero que existan, pues las panzas llenan
de manjares y mostos exquisitos.
—¡Ay de tí, Diogeniano, si no cumples
con cruel rigor el imperial edicto.!

IV.

Hay á una márgen del río
un taller pobre y sombrío,
donde toscos alfareros

dan forma, en tornos ligeros,
al barro dócil y frío.

Sienten fatiga y sudor,
mas llena la alfarería
de cantares el rumor,
pues reina allí la alegría
del trabajo y del amor.

Da el taller á un patio ameno,
donde hay un rosal florido,
un estanque muy sereno
y un almendro muy erguido,
que está de nidos muy lleno.

Aire, sol, aromas, flores
encuentran, en breve espacio,
los buenos trabajadores;
y en cada nido un palacio
los amantes ruiseñores.

No á los sencillos dan celos
mundanas glorias que miran
sin inquietudes ni anhelos.

Pero con ardor suspiran
cuando contemplan los cielos.

Cuando, entre dulces querellas
y á través del manto azul,
que está bordado de estrellas,
ven, entre flotante tul,
otras regiones más bellas.

Patria de místico encanto;
donde nunca la malicia
pudo sembrar el quebranto,
donde vive la justicia,
donde no se vierte llanto.

Donde está la caridad
en los brazos de la fe,
donde existe la verdad,
donde, con asombro, ve
la Muerte á la Eternidad.

Patria que, en hora dichosa,
á los mortales abrió
con su mano generosa

el que en una Cruz murió
viendo á su Madre llorosa.

Patria que han de conseguir,
con batallas de dolor,
los que saben que, al morir,
tendrán un premio mejor,
cuanto mayor fué el sufrir.

Por tal esperanza, ufanos,
los alfareros arrostran
peligros y odios insanos.
Por eso, humildes, se postran
ante una Cruz. ¡Son cristianos!

¡Son cristianos! Confesores
son del Mártir verdadero,
y viven como esas flores
que en mitad de un pudridero
exhalan suaves olores.

¡Son cristianos! Su fe santa
les presta noble energía.
¡La fé sus almas levanta!

Por ella, aunque pobre, canta
alegre la alfarería.

¡Siempre alegre! que el temor
nunca traspasó el taller,
ni allí se abrigó el rencor,
ni allí el impuro placer
fué látigo del honor.

Allí, bajo humilde techo,
todo, en paz, al bien invoca,
todo vive en lazo estrecho;
no hay perjurios en la boca
ni rencores en el pecho.

Allí embalsama el orar,
da esperanzas el creer,
fortalece el trabajar,
acrisola el padecer,
y dulcifica el amar.

Allí, la santa pureza,
allí la casta mirada
que no ofende á la belleza,

soplo, no abeja posada
sobre flor que á abrir empieza.

Allí, la paz, la virtud,
la hermosa fraternidad
y el vivir sin inquietud;
con candor, la juventud,
sin miedo, la ancianidad.

Allí el corazón valiente
ve, como nido, la fosa,
el nido del que, impaciente,
remonta el alma, afanosa,
su vuelo al divino Oriente.

¡Son cristianos! Su fe santa
les presta noble energía.
¡La fe sus almas levanta!
Por ella, aunque pobre, canta
alegre la alfarería.

V.

Y cuando allá en los jardines
del Sacerdote Supremo
de Mouth-Isis, delirante,
se agitaba el desenfreno;
cuando allá todo triclinio
era de impurezas lecho,
y la toga harapo sucio,
y la flor cáliz de cieno;
cuando allá toda vergüenza
se mostraba sin recelo,
toda lascivia con pompa,
toda infamia con pretexto;
cuando allá la bestia humana
revolcábase, atendiendo

á la enseñanza que dieran
los dioses con sus ejemplos (28),
en el taller, pobre y frío,
de unos toscos alfareros,
se alzaban los corazones,
entre suspiros, al cielo.
Los tornos ya no giraban
entre los ágiles dedos,
ni el barro se endurecía
de los hornos en el seno.
Todo en el taller callaba:
todo era paz y misterio.
En un patio grande y limpio,
en el que se ve un almendro,
un rosal con muchas rosas,
y un estanque muy sereno,
en grupos, y arrodillados,
oyen sencillos obreros
á un anciano venerable,
que, con tiernísimo acento,

como plegaria, murmura:
—¡Oh, Señor! ¡oh, Padre Nuestro!
¡Que santificado sea
por siempre tu nombre excelso!
¡Hágase tu voluntad
en la tierra y en el cielo!
Su voz ahogóse en sollozos,
y rompió en lágrimas luego.
—¡Hijos míos! ¡Pobres hijos
del alma!—exclamó tendiendo
sus brazos, cual si al concurso
quisiera estrechar en ellos.
—¡Hijos, orad! Las plegarias
dan valor, prestan consuelos...
¡Orad!—
Murmullo suave
llevó en sus alas el viento.
El noble anciano bendijo
á los humildes obreros,
alzó un instante los ojos

temblaron todos sus miembros,
y —¡Ay!—dijo,—¡qué horrible nueva
os traigo! ¡Contarla debo!
Hijos, temblad. Diocleciano,
por instancias de Galerio,
en Nicomedia un edicto
ha publicado tremendo.
Borrar se pretende el nombre
del Redentor y Maestro...
de Jesus. Vuelven los días
de Caracalla y de Decio.
Todos los trabajadores
quedaron mudos, suspensos,
con escarcha en las arterias
y sombra en los pensamientos.
Hubo un instante de angustia,
y siguió á la angustia el miedo.
Las madres entre sus brazos
aprietan á sus hijuelos,
y azoradas los esconden

bajo sus mantos, temiendo
ver tras las grietas del muro
lucir los ojos siniestros
de los viles frumentarios (29)
siempre de sangre sedientos.
Los ancianos, que reavivan
los más terribles recuerdos,
se acongojan, y hay algunos
que contemplan en silencio,
en sus maceradas carnes,
las huellas de los tormentos.
Un ruiseñor, en las ramas
del alto y florido almendro,
en pos del trinar sonoro
lanzaba tristes arpejios.
—¡Hijos!—murmuró el anciano
sacerdote,—mis acentos
han llevado á vuestras almas
mis angustias y mis miedos.
Sé que la sangre es semilla

de cristianos (30); sé que el tiempo
es de lucha y que con mártires
forma Cristo sus ejércitos.
Sé que saldreis victoriosos
en los combates supremos;
mas soy pastor del rebaño
y soy, por desdicha, viejo,
y me aterra ver al lobo
tan cercano á mis corderos,
que, pastor, guardar me cumple,
y, anciano, librar no puedo.
—Padre, secad vuestras lágrimas,—
murmuró con dulce anhelo
una mujer, una virgen
de rostro cándido y bello.
¿No es verdad, hermanos míos,
que todos estais dispuestos
á dar por Jesus la vida...?
Todos, con sólo un acento
—¡Sí! exclamaron, ¡sí!—

—La muerte
por Jesus es vida y cielo.
—Morir!
—Sí!
—Pero ver rotos,
despedazados los huesos,
ver que los cuchillos abren
hondos surcos en los cuerpos,
y que en las llagas chorrean
plomo y resinas hirviendo,
oir el chirriar de la carne
en avivados braseros,
sentir las fauces de tigres
resoplar junto á los cuellos...
esos terrores...!
—¡Oh, padre!
¿qué importan breves tormentos,
si es la gloria nuestro faro
y es el Mártir nuestro ejemplo?
Y estas valerosas frases

las pronunció como un ruego,
con suavísima ternura,
con místico arrobamiento,
una doncella, una niña,
en cuyos blondos cabellos
la blanca luz de la luna
se partía en nimbo espléndido.
—¡Rufina!
—¡Justa!
Y dos ángeles
en un abrazo se unieron.
El sacerdote, el concurso,
quedaron mudos, suspensos.
En todos los corazones
prendió el vivísimo fuego
de la fe, de la sublime
fe de Perpetua y Lorenzo,
de Esteban, de los benditos
conquistadores del Cielo.
El sacerdote los brazos

levantó. Los alfareros,
de hinojos y enardecidos,
su bendición recibieron.
Y resonó una plegaria
de no mundanales ecos...
¡La oración intercedía
por Diocleciano y Galerio!

VI.

Solemniza con llanto dolorido
Híspalis las Adonias lastimeras.
Y aunque Febo, en su carro enrojecido,
fulgor derrama en el cerúleo espacio,
y las auras murmuran placenteras,
al bético palacio
apesadumbra el lúgubre gemido

con que se llora, en general anhelo,
la muerte de aquel dios, niño querido,
de Venus dicha, transformada en duelo.
Híspalis presentaba
singular espectáculo aquel día.
Absorto contemplaba el extranjero
el humano hormiguero
que, en confusión de enjambre, se apiñaba
en la anchurosa vía
que en el templo de Venus comenzaba
y en el Betis moría.
Tal era la carrera
que la fúnebre Adonia recorriera.
¡Qué lujo y qué esplendor! Vasos murrinos
llenos de hermosas y fragantes flores,
ritones opalinos,
acerras recamadas de labores,
candelabros de nácares y oro,
ánforas de hispalense alfarería,
ricas sedas, alfombras y cendales,

en fin, todo el tesoro
del arte y de la industria se veía
revistiendo ventanas y portales.
¡Todo es hermoso allí! Rosas de nieve
que de carmín tiñó la planta breve
de la amante Salambo, con la herida
que dura espina le infiriera aleve (31),
con el mirto y laurel cubren el suelo.
Toda pared de juncias revestida,
toda puerta de lirios coronada,
y sobre nubes cándidas de aromas,
alegre, revolando por el cielo
infinita bandada
de blanquísimos cisnes y palomas.
Y en templos y en jardines
y en calles y en mansiones,
apenando los híspalos confines
con quejumbrosos, afligidos sones,
se cuenta de Salambo, entre gemidos,
la historia de su amor conmovedora,

y lánzanse alharidos
al ver cadáver el garzón que adora.
Caminan diez lictores los primeros,
de rudas trazas, de semblantes fieros,
y enfilan bruscos, la compacta gente.
En pos marcha inocente
turba de niños, flores derramando,
y la historia de Adonis relatando.
Luego la grey sacerdotal, muy grave,
porque se la respete y se la alabe;
y rompen la adiestrada compostura
las lloronas ó *flentes* que á los vientos
gritos lanzan, furiosas, y lamentos,
probando, en su frenética amargura,
que es su angustia tan grande cuan sincera,
con llevar sus cabezas despojadas
de la ondulante, riza cabellera,
profuso dón con que brindó natura
púdico velo á la mujer primera,
dando hechizo mayor á su hermosura.

El *calator* (32) evita, cuidadoso,
el más pequeño tráfago ó faena,
y el *pausario* (33) recorre, sin reposo
y veces mil, la procesión que ordena.
Y avanza la llorosa comitiva,
y el dolor popular crece y se aviva,
al mirar sobre alfombras retratadas
las escenas de amor tan deploradas.
Y conducen en andas y entre aromas
que dán del Yemen las fragantes gomas,
las efigies de Adonis y Salambo;
nobles mujeres, con ferviente celo,
y en pos rameras, que á la diosa imitan,
monstrando al sol, en lujurioso anhelo,
niveos encantos, que al placer incitan.
La procesión cerraban
himnodas (34) que entonaban
esta canción, en són de antifonía (35),
al compás de la fúnebre harmonía
de *tubas* que *sitícines* tocaban (33).

Dulce regalo, venturoso amante,
Rico tesoro de la hermosa Venus,
Ve nuestros pechos de dolor transidos.
Hijo de Myrra.

Tú, Salambona, que embriagaste el alma
Con blandos besos de su boca breve,
Tú, que, sin calma, sus ausencias gimes,
Ve nuestro llanto.

Jove maldiga la salvaje fiera
Crudo instrumento de celosa rabia.
¡Venguen los dioses el furor del ciego
Marte iracundo!

¡Oh, Salambona, como ofrenda admite
Cisnes nevados y palomas tiernas,
Dulces manzanas del pastor de Ida,
Rosas y mirtos.

Somos las tristes que á tu amante lloran.
Ve nuestra angustia y amargadas penas.
Lleven los vientos á su tumba fría
Votos y lágrimas.

VII.

La procesión al Betis se acercaba
para arrojar en él, según los ritos
de la pagana fiesta, *los jardines*
que *de Adonis* llamaron los de Biblos. (37)
Fuera de la ciudad, casi bañando
los toscos muros en el suave río,
alzábanse de humildes alfareros
los húmedos talleres, enfermizos.
Uno de ellos, no obstante su pobreza,
más que taller fabril, rústico nido
de torcaces palomas parecía.
Sus paredes, más blancas que el armiño,
vestían de olorosa madreselva,
tapiz hermoso y en perfumes rico,

que del portal en el dintel plegábase
ostentando sus flores á racimos.
Allí viven, sin tedio, trabajando
del alfarero en el humilde oficio,
dos hermanas, gemelas en virtudes,
rivales en mundanos atractivos.
Son muy hermosas. La mayor en años,
lleva de Justa el nombre merecido,
morena ardiente, en cuyos negros ojos
el sol rutila con radiante brillo.
No como hermana, como madre adora
en Rufina, que á un ángel descendido
del cielo se parece. En su mirada
lo santo del pudor encuentra asilo.
¡Qué hermosas son las dos! pero ¡qué pobres!
Y gozos tan süaves y purísimos
hallan en su humildad, que hay quienes dicen
que nunca tal virtud dieron los ídolos,
que amar el padecer es la locura
de los viles sectarios corrompidos

que adoran en la cruz ensangrentada
donde muriera el impostor judío.

VIII.

La procesión tocaba ya las puertas
del mísero taller. Quizá el instinto
de femenil curiosidad indujo
á las doncellas á escuchar los himnos
y ver la comitiva de la Adonia,
llegándose al portal, cuando al Destino
plugo que á una hieródula ocurriese
pedir á Justa, como prueba y signo
de su amor á los dioses, una ofrenda
de Venus digna y de su amante niño.
—Dadme un sencillo dón para Afrodite;
¿callais porque sois pobres...? Dón muy rico,

espléndido teneis... Vuestra hermosura
á Venus otorgad en sacrificio.
Así habló la ramera. Las hermanas
escandecidas con furor divino,
—huye presto de aquí, ¡vete infelice!
exclamaron al par.
—¡Prostituios!
gritó la meretriz.
Los sacerdotes
la respuesta aguardaban, intranquilos,
y la mirada oblicua de los tigres
latía entre sus ceños comprimidos.
Las vírgenes temblaron.
—¡Desdichada!
¡huye, y que te avergüencen tus delirios!
repitieron.
—¡Sacrílegas! aulla
la hierófana vil.
Y en remolinos,
toda, á la puerta, la furiosa plebe

se avalanza feroz, dando alharidos.
Justa, que siente que la fe sublime
arde en su corazón, con eco altivo,
—¡pueblo! grita, materia deleznable
son vuestros dioses, barros quebradizos
que brotaron del lodo! ¡Al lodo vuelvan
y hallen término igual á su principio!
Y así gritando, en las compactas filas
abrióse calle; se acercó á los símbolos,
y con robustos brazos sacudiendo
las paganas imágenes, deshizo
en mil pedazos, de la impura Venus
la bella estatua y la del muerto niño.
La plebe, unos instantes acallada,
con mudez de sorpresa, en roncos gritos
rompió ensordecedora. Allí el Averno
las hidras irritó de sus abismos.
Los lictores que, osados, el tumulto
pretenden refrenar, quedan vencidos;
y músicos, rameras, sacerdotes,

hieródulas, ancianos, mozos, niños,
y pueblo todo, en confusión se agita,
y corre, y bulle, y, con febril delirio,
demanda, en un clamor, que á las ofensas
iguale pronto el ejemplar castigo.
Próximas á morir Rufina y Justa,
ven acercarse á Diogeniano invicto,
y sólo ante el Procónsul cede el pueblo,
ahogando su furor, no sus bramidos.
—¡Pueblo hispalense!—grita Diogeniano,
imponiendo silencio.—Si los ritos
han sido hollados por impuras larvas,
si yacen rotos los sagrados ídolos,
tendrán venganza los augustos dioses,
tus nobles votos quedarán cumplidos.
¡Lictores! conducid á mi presencia
á las mejeras que engendrara Ticio.
Todo el pueblo clamó:
—Mira á los monstruos
que vomitó en Hispalis el Cocito.

Las vírgenes, humildes, se adelantan
entre injurias, denuestos y silbidos,
clavando sus miradas en el cielo
y en Dios llevando el pensamiento fijo.
Semejaban silvestres azucenas
nacidas entre zarzas y entre espinos.
Tan dulces aparecen, que al Procónsul
roba el furor el natural instinto.
Trémulo de emoción, con grave acento,
—¿quiénes sois?—preguntó—¿quién fué el impío
que os infundió locura tan tremenda?
¿Quién fué el instigador?
—¡Fué Jesucristo!
respondieron al par.
Toda la plebe
se desbordó en rabioso vocerío.
—¡Son cristianas!
—¡Cristianas, sí, cristianas!
—dijo Rufina.
Y popes y sebiros,

lupercos y pinarios y feciales,
á una voz prorrumpieron:—¡El edicto!
¡el edicto imperial! ¡Noble Procónsul,
tu eres del César mandatario digno!
—¡Imbéciles! Tan jóvenes y hermosas
á la muerte buscais? ¡Torpe delirio!
—murmuró Diogeniano.
Y la implacable
plebe ruge frenética:—¡al suplicio!
—¡Por la Stigia!—gritó fiero el Procónsul,
la muerte purgará vuestro delito.
¡Lictores! conducidlas al eculeo.
¡Pueblo hispalense! quedarán cumplidos
tus devotos deseos. ¡Sacerdotes!
yo sangre ofrezco al imperial edicto. (38)

IX.

En el sitio que la iglesia
de la Trinidad ocupa,
estuvo, en paganos tiempos,
la triste cárcel obscura,
espanto de malhechores (39)
y de cristianos angustia.
En una lóbrega cueva
que humedad constante suda,
cuyo suelo y cuya bóveda
insectos horribles cruzan,
mazmorra, sorda á las quejas,
y á las esperanzas muda,
yacen, á Cristo invocando,
las castas Rufina y Justa.

Sus cuerpos sangre destilan,
sangre generosa y pura
que por el húmedo suelo
en tibio arroyo circula.
¡Inocentes avecillas
que en el hueco de una tumba
recordais el pobre nido
que la soledad enluta,
no habeis ya de ver ¡oh tristes!
más que el horror que os circunda,
hasta que tendais las alas
á la celestial altura!
Ni el látigo ni los hierros
de las más fuertes torturas
que han sufrido, vencedoras,
su amor ni su fe conturban.
Por inútiles se dejan
los medios con que procura
Diogeniano rendir almas
que son, cual diamantes, duras.

Los sayones y el Procónsul,
siempre rabiosos, escuchan
á las vírgenes cristianas
decir con suave dulzura:
Padecemos... mas ¿qué importa
si es por Dios y Él nos ayuda?

X.

¡Horrible lobreguez! Produce espanto
aquel triste lugar hondo y vacío,
de humedad lleno y de punzante frío,
cárcel de dudas y mansión de llanto.
Allí las dos están. Siempre sufriendo,
siempre esperando inmarcesibles palmas.
Por el sol de la fe vivas las almas,
y, entre el dolor, lo terrenal muriendo.

Cual aves perseguidas y medrosas,
en un rincón de la caverna obscura
sin movimiento están... Y, en su pavura,
inertes y abrazadas y llorosas.
Por el martirio y la continua pena
tienen sus ojos círculos violados,
y sus rostros, dulcísimos y ajados,
el pálido matiz de la azucena.
Justa, que siente que su vida acaba,
se apoya de su hermana en el regazo;
el cuello de Rufina con su brazo
rodea cariñosa, en ella clava
la vista, que entre sombras se obscurece,
y—¡dulce hermana!—con melifluo acento
leve suspira,—¡adios...! ¡llegó el momento
de partir! En lo eterno me amanece.
—¡Justa!—exclama Rufina,—¡hermana, espera!
¡no te marches sin mí! ¡no me abandones!

. . . .

Y latieron al par sus corazones:

Y voló Justa á la divina esfera.
Horas despues de tan terrible duelo,
Diogeniano feroz, en la inhumana
tortura vió á Rufina.
—Dí, tu hermana...
¿dónde está?—preguntó.
—¡Ya está en el cielo!

XI.

El dios que invoca el alma de Rufina
su plegaria ha escuchado. Compañera
quiso de Justa ser. Ya en la divina
mansión, la mártir á su hermana espera.
No tardó la alegría que ambiciona.
Dictó el Procónsul la sentencia fiera
que da á la vírgen inmortal corona.

¡Sentencia atroz, terrible!
¿Qué humano corazón no se desgarra
al ver una mujer, ya sin aliento,
servir de presa á la implacable garra
de africano león, de carne hambriento,
entre el insulto horrible
de un pueblo *jaleador* de la agonía?
¡Oh, religión pagana, aborrecible;
tú hermanaste el dolor con la alegría!
Bárbaro estruendo, horrible vocerío,
estremece el enorme anfiteatro,
del hispalense pueblo orgullo impío (40).
Desierta está la arena,
está la sylva en soledad callada,
y el agua del euripo no serena.
La enturbia el coleteo
del feroz cocodrilo ó la pesada
mole del hipopótamo, que asoma
su hocico craso y feo,
y, asustado, en el cieno se desploma.

En cada *vomitoria* (41) se apretaba
la gente con afán. Con rudo anhelo,
y hecha cordón de carne, se empinaba
por la *scalaria* (42), sin tocar el suelo.
En el *podium* (43) estaba reunido
cuanto de noble la ciudad encierra,
tribunos y matronas y vestales;
y en redor del Procónsul, aplaudido,
flamines y feciales.
Con su gritar la muchedumbre aterra.
El *locario* (44) no puede con su vara
hacer señal alguna, y desplazado
queda el *designador* (45). ¡Quién ocupara
un sitio sin temer ser axfisiado!
Y tan gran muchedumbre sólo espera
ver de una niña el cuerpo destrozado
por los dientes y garras de una fiera.
De improviso, la intensa gritería
un instante cesó. Se oyen rugidos
bajo la grada, en la espelunca fría.

A aquel rugir contestan los silbidos.
Y un bestiario, que tiene de la hiena
la piel con que se cubre y la mirada.
abre una cueva, y con sonrisa impía
entra en su seno, y sale, y á la arena,
brusco, empuja á Rufina inmaculada.
Blanca como la nieve,
en lágrimas bañados
los purísimos ojos azulados,
con su boca de niño,
con su túnica leve,
imágen del pudor y del cariño,
la mártir, en la arena, no se atreve
á dar un solo paso. Inerme, fría,
entre sus pobres galas,
huérfano pajarillo parecía
al que mano cruel cortó las alas.
¡Sola! ¡Sola, y llorando ante la impía
multitud que reía
su turbación medrosa contemplando!

Su virginal oido,
que no escuchó más ruido
que el cantar dulce y blando
del triste ruiseñor que se ocultaba
en el follaje del almendro erguido
y que á sus rezos siempre acompañaba,
su virginal oido ensordecía
al clamor de aquel todo que zumbaba,
al estrépito aquel que la aturdía.
El clarín sanguinario
tres veces resonó (43). Rechinó el hierro
con que el atroz bestiario
abrió la puerta al aterrado encierro
de líbico león. Le vió Rufina
allá en el fondo de la cueva obscura.
Era el mismo que holló su vestidura.
Recuerda aquel instante,
y su cándido rostro se ilumina,
pues recuerda también la oración pura
del ministro del Dios de los cristianos,

y, en su plegaria, besa delirante
la cruz que forma con sus blancas manos.
El populacho de emoción transido
el respirar contuvo. Y palpitante
el tremendo león que asordó el Atlas
al ronco rebramar de su rugido,
saltó de la espelunca.
Monstruo mayor en la rojiza arena
la plebe no vió nunca.
Larga, riza, flotante la melena,
los ojos incendiados,
las fauces dilatadas,
los musculosos miembros acerados,
y las garras cual hoces afiladas,
se presentó la fiera tremebunda
con la cola azotando sus costados.
Por el clamor y por la luz herida
alzó la hirsuta frente.
Fijó en Rufina la mirada ardiente,
y dando una espantosa sacudida,

con saltar, no de fiera, de serpiente,
lanzóse á la doncella.

. . . .

La muchedumbre, de coraje loca,
mira al león hambriento
lamer humilde la rosada huella
de la pálida vírgen que, arrobada,
en Dios y en Justa tiene el pensamiento
y en el tranquilo cielo la mirada.
Se alza estruendoso, aterrador tumulto.
La grey sacerdotal clama y se agita.
Y al ver en el prodigio audaz insulto
—¡Es sortilegio!—grita (47).
Y el populacho vil—¡Es hechicera!—
responde en una voz:—que la maldita
se salve del león, pero ¡que muera!

XII.

Levántase de su silla
el Procónsul, y con rabia
ordena que el cruel bestiario
cumpla lo qüe el pueblo manda.
El gladiador obediente,
aunque arriesga vida y alma,
en tal obra, el mandamiento,
que tantos dictan, acata.
Armado de una cuchilla
hacia la mártir avanza,
esquivando de la fiera
la fulminante mirada.
La respiración contiene:
ni un eco sus piés levantan,

hasta llegar de la vírgen
á colocarse á la espalda.
Y rapidísimo, entonces,
su herculeo brazo descarga
golpe atroz sobre la frente
menos hermosa que casta.
De la partida azucena
brotan raudales de grana
que tiñen la blanca veste
y al suelo en arroyos bajan.
Y, como flor que se dobla
al filo de despiadada
segur, el virgineo cuerpo
en la arena se desgaja.
Huele la sangre la fiera,
ve el cuerpo que se desmaya,
y dando un feroz rugido
al cruel bestiario se lanza.
Clava en su carnoso cuello
las desmembradoras garras,

y desprendieron sus fauces
pedazos de carne humana.
En todo el anfiteatro
gritos de cólera estallan.
Mas ya no escucha Rufina
las voces del mundo, amargas.
Escucha en los postrimeros
instantes, las dulces cántigas
de querubes, que su muerte
cual triunfo glorioso aclaman.
Y ve la mártir Rufina
que Justa por ella baja
del cielo... Y al cielo vuelan
las dos, con corona y palma.



EL VÁNDALO



I.

¡Gentes, huid! ¡Llega el Vándalo!
Y en pos de sus huestes van
trocándose el bosque en llamas,
en escombros el altar,

la campiña en yermo estéril,
el poblado en soledad.
¡Gentes, huid! ¡Llega el Vándalo,
rayo, tromba, incendio, mar!
¿Cuándo, al fin, los segadores
de pueblos reposarán?
Llegan... ¡oh espanto! Sus lanzas
se ven relampaguear,
y parecen incendiado
bosque espeso de metal.
El ruedo de sus carretas
con áspero chirriar,
á los cánticos marciales
prestan extraño compás,
y los broncos alaridos
harmonizándose van
al fragor que los caballos
causan con su galopar.
Los preceden las tinieblas,
los sigue la tempestad,

el granizo los anuncia
y los canta el huracán.
¡Ay del sitio por do pasen
el rayo, la tromba, el mar!

II.

¡Ellos son! ¡Ellos! Avanzan
cual bando de ávidos cuervos,
por el olor atraidos
de los moribundos pueblos.
¡Ellos son! Y los impelen
rabias y furores ciegos,
ansiedades de exterminio,
iras de impulsos frenéticos (1).
El ensangrentado Betis
va, despavorido, huyendo,
y—¡temblad!—dice—campiñas,
¡temblad! arenales yermos,

¡temblad! agitados mares,
¡temblad! que se acercan ellos.

III.

Gran masa de hombres y bestias,
en angustioso atropello,
por las puertas hispalenses
entran buscando remedio.
Todo viene en fuga horrible;
todo hacinado, revuelto,
hombres, carros, bueyes, niños,
potros, ovejas, guerreros...
Y la ciudad se maciza
de gente, crujen los huesos,
falta el aire, da el agobio
la agonía, y mata el miedo.

IV.

De sus hordas va delante
Gunderico. El Rey tremendo
de los vándalos, que susto
y horror es del Universo.
¡Allá va! Su cabellera
que flota, azotando el viento.
por la frente y las mejillas
se esparce en mechones crespos.
Sus grandes, peludas cejas,
dan sombra á sus ojos negros.
aquellos ojos de Furia,
de sangre y cólera llenos.
Su abierta nariz deprime
la ancha boca, cuyo aliento
exhala calor de hoguera
y zumbidos de hervidero.

Los brazos lleva desnudos,
de pieles vestido el pecho,
manchado de negra tizne,
de roja sangre cubierto.
Aquel monstruo que de un diablo
y de una parca fué engendro,
y á quien una tigre diera
la sangre y hiel de sus pechos,
ni se apiada del vencido,
ni respeta edad ni sexo;
destruye como la peste,
aniquila como el fuego.

V.

Semeja la muchedumbre
que corre en alas del miedo,
ante el fogoso caballo

del Rey del terrible ejército,
manso rebaño de ovejas
seguido de lobo hambriento.
Por ansiedad de la vida
corre, delirante, al templo
del Santo Mártir Vicente,
buscando en sus naves puerto.
Gunderico allá persigue
al desmalazado pueblo,
y en la morada de Cristo
quiere entrar á sangre y fuego.
Lanza al templo su caballo;
pero el potro estira el cuello,
se va á la estrapada, bufa,
sus crines encrespa, el freno
muerde rabioso, y palpitan
de terror todos sus miembros.
¿Qué asombra al corcel? ¡Quién sabe!
Tal vez un terrible espectro.
Quizás ante el porche vibra

su espada un arcángel fiero.
Gunderico oprime al bruto.
le rasga el hijar, colérico.
pronuncia horrible blasfemia...

. . . .

Y brilló en el firmamento
sulfurea lumbre, y en tierra
cayó el Rey cenizas hecho (2).



LA COPA DE SANGRE

Á MI RESPETABLE Y QUERIDÍSIMO AMIGO

EL EMINENTE ESCRITOR

EXCMO. É ILMO. SEÑOR DON

José Gutiérrez de la Vega



I.

¡Negra y pavorosa noche!
Las mejeras del infierno
cabalgan sobre los rayos
que cruzan el firmamento.

Ruge el aquilón bravío,
y el ronco bramar del trueno
va de Osset por las montañas
zumbando en lúgubres ecos.

II.

Espantosa es la tormenta
que oprime al hispalo suelo,
y mayor la que se esconde
del noble Liuva en el pecho.
Mudo contempla en la estancia
donde se alzara el risueño
altar de su amor, tinieblas
que circunvalan el lecho
conyugal, sombras profundas
que guardan hondos misterios.
¡Ay! su lecho es la mortaja
de honras y de amores muertos.

Llama á Brunilde, su esposa;
sólo le contesta el eco.
Noticias del bien perdido
buscar no quiere en sus siervos;
pues aunque sepan su infamia,
deben saberla en secreto.
Marchó de su hogar maldito,
su propio honor persiguiendo,
y cruzó calles y plazas
cual despistado sabueso.
Y al mismo tiempo Brunilde,
en hombros de cuatro siervos,
á quienes la servidumbre
obliga á ruines empleos,
entra en el rico palacio
del impuro Theudiselo,
llorando con tristes ojos,
los niveos brazos torciendo.

III.

Aunque bien conoce Liuva
al robador de su fama,
su honor le dicta, ultrajado,
cruda y secreta venganza;
que es tan alto y poderoso
el que sus vergüenzas causa,
que no puede sus injurias
vengar en pública plaza.
Bien quisiera arrebatarle
la vida en campal batalla;
bien quisiera que las leyes
del godo, justas y sabias,
la criminal impureza
del vil ladrón castigaran.
Pero ni muerte ni azotes
ni decalvación ni infamia

de esclavitud bochornosa
al Rey Theudiselo alcanzan;
que á los Reyes Dios los juzga
y es juez á quien nadie engaña.
Pero entran todas las noches
de Liuva en la triste casa
Duques, Condes y Gardingos (1)
y monjes y hombres de armas
murmurando, como seña:
—¡secreto! ¡muerte! ¡venganza!—
Y al par que el noble ultrajado
aviva su angustia y rabia,
meditando el plan sangriento
que sus odios satisfagan,
la impura, hermosa Brunilde,
más soberbia que liviana,
la corona de los godos
ve de escabel á sus plantas.
Le ofendió el rapto. El ultraje
vengó con duras palabras.

Lloró después las caricias
que á las débiles ablandan.
Luego se vió de placeres
y de pompa rodeada,
y quiso al remordimiento
dar satisfacciones vanas.
Le oprimió el dolor. ¡Quién sabe
de insomnio las noches largas
que en el adúltero lecho
pasó, entre risas y lágrimas,
sintiendo el lascivo abrazo
que oprime como tenaza,
y los devorantes besos
en que se sorben las almas,
viendo, entre horribles espasmos,
de Liuva el atroz fantasma.
Pero el lujo, las grandezas,
la adulación cortesana,
el acre placer, que, siempre,
al vil pecado acompaña,

su pensamiento turbaron,
y, víctima de su insania,
por ser de un rey, ya no teme
el nombre de barragana.
Más ruin es que la del pobre
la manceba del Monarca,
que infamia que está en el trono
con la altura se agiganta.

IV.

Brunilde sólo respira
cuando el sol lanza sus rayos
y su vanidad contempla
el regio, purpureo manto
con que da alfombra á sus plantas
el Rey, de Astaroth esclavo.
Mas cuando llega la noche
y en las sombras el palacio

se envuelve, y el ruido cesa,
y se alzan rumores vagos,
la adúltera ve su lecho
convertido en un cadalso.
Y cuando amargan su boca
del Rey los besos livianos,
y cuando siente la asfixia
entre sus ferreos abrazos,
Brunilde, llena de angustia,
oye el silencioso paso
de un fantasma, que, furtivo,
va su corazón buscando.
Y entonces grita Brunilde,
y el monarca, al ver su pálido
rostro,—¡Amor! ¿qué sueñas?—dice,
y ella murmura, temblando:
—¡No sé! ¡no sé! ¡mas mis sueños
van á matarme de espanto!

V.

De los sueños de Brunilde,
al fin, tuvo el Rey sospechas,
y para dar al fantasma
nocturno más apariencia
de sombra, pensó en dar muerte
á su imagen verdadera.
Y del desdichado Liuva
firmó la mortal sentencia
la mano que, audaz, un día
en su hogar sembró la afrenta.
Mas como al torpe Monarca
temor causaba la empresa,
traición inicua y cobarde
le aconsejó la prudencia.
Convidó á un festín de corte
á la hispalense nobleza,

y á Liuva encargóle mucho
lo honrara con su presencia.
Y después ordenó á un siervo
palatino (2) que tuviera
limpio el puñal, firme el brazo
para cortar la existencia
del que en su copa de oro
en el banquete bebiera.

VI.

Al magnífico palacio
del Rey Theudiselo llegan
Duques, Condes y Gardingos,
con sus largas cabelleras,
con sus mantos de escarlata,
con sus collares de perlas.
Bajo sus ropas talares
arneses de cuero llevan

y cotas de duro fierro
y espadas, á herir dispuestas.
Y Liuva, de unos á otros,
va murmurando, por seña:
—¡Muerte! ¡venganza! ¡secreto!
¡y que Cristo nos proteja!

VII.

En una anchurosa estancia
donde cien lámparas brillan,
se ve una mesa que luce
jarrones y copas ricas
de plata y oro, y manjares
de fragancias esquisitas.
Allí están los palatinos
y nobles de gran valía.
El Jefe, Conde de Cámara (3),
el viejo y fuerte Chintila,

el soberbio Vistremundo,
Conde de las Escancías (4).
Allí la gran muchedumbre
de prepósitos (5) se mira;
y á su frente el Guillonario (6),
Maestre de Sala, se agita.
El Rey lanza una mirada,
en el rencor encendida,
al sicario que, tras Liuva,
ancho puñal acaricia,
y al rico prócer presenta
su copa de oro, en que brilla
herboroso el néctar dulce
que el lusitano le envía.
—Y—¡bebe, bebe!—le dice
con voz de amistad finjida;
—bebe en mi copa, cual prueba
de mi afecto y de mi estima.
—¡Señor!—le responde Liuva,—
agradece el alma mía

el honor que el Rey dispensa
al vasallo: mas si esquivan
mis labios gustar del vino
que ofreceis, es porque ansía
mi boca, en aquesta noche,
beber esencia más rica
con vos; que yo tengo mosto
en ánfora que fué mía,
del cual con sólo una gota
se embriaga el alma en delicias.
Suspensos quedaron todos.
El sicario la homicida
broncha escondió bajo el traje,
y el Rey, que no desconfía
del falaz ofrecimiento,
con sarcástica sonrisa
pregunta á Liuva si cerca
tiene el tal mosto.
—Á fé mía,
—responde Liuva,—que á darme

licencia, le gustariais
en vuestra copa servido.
—Vé y no tardes.
—Vendré aprisa.
Dadme la copa.
—¡Por Cristo,
que yo he de comprar la viña!

VIII.

Brunilde, de angustia llena,
y bañada en sudor frío,
en su lecho se retuerce
presa de agudo martirio.
No puede llorar la infame,
no puede exhalar un grito,
pues el dolor le ha embargado
las potencias y sentidos.
Salta anhelosa del lecho:

cruza el corredor sombrío,
salir quiere al patio, ansía
huir del lujurioso abismo...
¿Huir? ¡Imposible...! El espectro,
que es su terror y castigo,
come de su misma carne,
vive de su propio espíritu.
Torna á su lecho. La lámpara
con su funerario brillo
dibuja sobre los lienzos
del muro medrosos signos.
Cree escuchar rumores vagos...
silencioso andar furtivo...
Cree que mira en su aposento
al fantasma ¡tan temido!
Toda su sangre se hiela...
y ya presa del delirio,
—¡aparta!—grita.—¡Tu ultraje
ya lo borró mi suplicio!
¡Perdón, Liuva! Yo tu nombre

deshonré, mas mi delito
fué culpa de causa ajena
y el remordimiento es mío.

. . . .

No pudo hablar más... La sombra
hundió un puñal asesino
en el pecho de la infame.
Y al brotar el rojo líquido,
al caño de aquella fuente
acercó el fantasma rígido
una ancha copa de oro
que llenó hasta el borde mismo.

IX.

Á la sala del banquete
el godo, impasible, torna;
mas al entrar, todos fijan
en él miradas ansiosas.

Se alza rumor, y una frase
circula de boca en boca,
al ver en su traje blanco
manchones de tinta roja.
Theudiselo los advierte;
lee en ellos terrible historia,
y—¿qué traes—grita—en tus manos
y en tu veste?
—En vuestra copa.
—dice Liuva,—os traigo el vino
que os prometí: si se notan
manchas en mi traje y manos,
eso, señor, nada importa
más que á aquél que, en su rudeza,
ánfora rompió preciosa
al trasegar de ella el mosto
rico en vapor y en aromas.
¡Bebed! Si abrasa los labios,
es porque fermenta ahora.
Y así diciendo, acercóse

8

el mosto hirviente á la boca
que quedó teñida en sangre,
cuando retiró la copa.
—¡Sangre!—exclamó Theudiselo.
—Vino es de cosecha propia;
—dice Liuva—el que más place
al que aqueja sed de honra.
Y el cáliz dejó en la mesa.

. . . .

El Rey gritó con voz sorda
en que, oprimida, la angustia
no abre salida á la cólera:
—¡Prendedle!
—¡Muerte y venganza,
pues ya el secreto no importa!
—exclamó con un rugido
el vengador de su honra.
Y, al punto, los conjurados,
de debajo de sus ropas
sacan puñales, espadas,

y á lid tremenda se aprontan.
Mas no fué preciso. Liuva
con su espada vengadora,
dió tajo tan fuerte y fiero
á la cabeza orgullosa
del Rey, que, en salto terrible,
como piedra que rebota,
cayó encima de la mesa
aun ciñendo la corona.
Y aquello espanto produjo:
la cabeza dió en la copa
llena de sangre, y en sangre
de Brunilde hundió la boca (7).



ABDO-L'-AZIZ

¡Estaba escrito!

Á MI EXCELENTE AMIGO

EL SABIO CATEDRÁTICO

É INFATIGABLE APÓSTOL DE LAS CIENCIAS HISTÓRICAS

SEÑOR DON

Manuel Sales y Ferré,

Á QUIEN LA CULTURA SEVILLANA

DEBE GRANDES BENEFICIOS.



I.

Á orillas del Guadalete (1)
grajos y buitres reposan.
Allí está el gran cementerio
de la raza visigoda.

Uñas y picos desgarran
carnes, por los vicios, flojas,
y apocados corazones
que trituró la zozobra.
Allí está, dando á los vientos
pestilenciales ponzoñas,
el cadáver de la patria
lleno de oprobio y deshonra.
Cuervos viles picotean
el aro de una corona,
que, al rodar en sangre y fango,
de sangre y fango se enloda.
Y otros ya de carne ahitos,
con torpe vuelo se posan
sobre el arzón de una silla
que luce piedras preciosas.
Corona y silla de un príncipe
á quien tragaron las sombras (2),
á orillas del Guadalete,
tumba de la estirpe goda.

. . . .

Y allá, á lo lejos, se oye
el zumbido de una tromba,
ante la cual las ciudades
de terror se desmoronan.
¡Es el simum! Es el viento
que en los arenales sopla;
el que se sorbe los ríos
y las altas palmas dobla.
¡Es el simoum...! el viento
de furias devastadoras,
el que alientan los pulmones
de las berberiscas hordas.
De aquellos hombres que Muza
mandó de España á las costas,
á instancias y por consejos
de Don Julian y Don Opas.
¡Ay, malhaya el Rey Rodrigo!
¡Malhaya Florinda hermosa!
Con ocho siglos de angustias

y guerras asoladoras,
pagó España, de un rijoso
Rey, los gustos de una hora.

. . . .

Tarik-ibn-Zeyad espugna (3)
con sus bereberes tropas
ciudades, villas, aldeas...
Nadie le ataja ni doma.
El general sarraceno
es hijo de la victoria,
y en el corazón del godo
Dios infunde la congoja (4).
Una conquista es la razia
que ordenó Muza. Y ya logra
Tarik, el liberto, lauros
que le desvelan y asombran.
Á Muza le oprime el pecho
escuchar ajenas glorias,
y maldice de laureles
que á sus piés no dan alfombra.

Ya del liberto abomina,
y sus hazañas le agobian,
y de sus triunfos recela
y sus dichas le sofocan.
Ya en la Tingitania mira
árida cárcel; y ansiosa
su alma quiere alzar el vuelo
hacia las hispanas costas.
¡Volar quiere á España! Ansía
nublar la estrella dichosa
de Tarik, porque la lumbre
de aquel astro le devora.

II.

Á España va. Y á su lado
lleva al hijo en quien adora.
Abdalaziz, el guerrero
prez de las árabes tropas.

Llegó el vencedor caudillo
á la ciudad en que Roma
dejó inmortales reliquias
de su poder y su gloria.
Y Mérida ensangrentada
ante el árabe se postra,
dándole un botín inmenso
de oro y mujeres hermosas.
Todas gimen, menos una
que, entre las cándidas tocas
de la viudez, luce el aro
de diadema brilladora.
Es la viuda de Rodrigo,
la altiva y bella Egilona,
flor nacida en un pantano,
mortífera, pero hermosa.

III.

Aunque es avariento Muza
ruega al hijo, en quien adora,
que del botín conquistado
cuanto le plazca recoja.
—Guarda, padre, plata y oro,
—dice el jóven—que la joya
que á mis ojos deslumbraron
no con dinares (5) se compra.
—¿Qué pides?
—Una cautiva.
—En ese rebaño escójela.

. . . .

Pasaron meses, y el viejo
Muza recibió, con cólera,
del Kalifa de Damasco
orden concisa, imperiosa,

de acudir á su presencia
para defender su honra,
muy puesta en tela de juicio
por mil maldicientes bocas.
Se unió á la envidia que roe
el odio que no perdona,
y Tarik venga en Damasco
con frases difamadoras
las afrentas con que Muza
quiso premiar sus victorias (6).

IV.

Y ya Emir y victorioso,
en la ciudad, prez de España,
en la encantadora Hispalis (7)
hace Adbalaziz su entrada.
Ante él van los prisioneros,
entre yemenitas guardas,

tristes, cubiertos de polvo,
llenos de sangre y de lágrimas.
Siguen después las acémilas
de rico botín cargadas,
y un tropel de berberiscos
armados de agudas lanzas.
Y detrás de aquella hueste,
en medio de la bizarra
corte de jeques muslimes,
luce el Príncipe sus galas.
Sobre una mula que ostenta
pretal y silla de plata,
rendaje de seda y oro,
se ve una mujer gallarda.
Contempla el pueblo hispalense
el rostro de aquella dama,
y—¡es la viuda de Rodrigo!—
dice, con cólera ó lástima;
al par que los agarenos,
al observar las miradas

que el Emir pone en la viuda,
de la cual no se separa,
murmuran:—¡que Allah nos libre,
por su bondad sacrosanta,
de que el Emir dé en cautivo
de la cautiva cristiana!

V.

¡Hermosa noche! La adormida luna
riela en la linfa clara
del manso y perezoso Guadaira
que azucenas y lirios enguirnaldan.
Sólo se escucha el eco monotono
de las voces cansadas
de los flecheros sirios que vigilan
torres y muros de soberbio alcázar.
¡Fantástica mansión! Su inmensa mole
del río se levanta,

y espesos y floridos naranjales
rodean su cintura amurallada.
Aquel es el edén de las huríes,
el prodigioso asilo de las hadas.
Vívida lumbre la ventana estrecha
de un rico camarín iluminaba,
y en aquel relumbror puestos los ojos
tiene el muslime que cual rayo avanza,
sobre el potro veloz que deja al viento
copos de espumas y á las piedras llamas.
Al musulmán ocultan los flotantes
pliegues de un alquicel de rica grana,
y en su casco de acero damasquino
vibra la luna en centellantes ráfagas.
Llega al palacio donde mora el dulce
imán de sus fervientes esperanzas,
y un nubiano, que, estatua de azabache,
al pié de un árbol su venida aguarda,
entrégale, humildoso,
guzla sonora de labores raras.

Y así el muslim cantó, dejando mudo
al ruiseñor que anida en la enramada.

Bella cautiva, cuando sonríes
muestran tus labios de fina grana
menudas perlas entre rubíes.
Tienes aromas ¡oh, flor cristiana!
de claveles, de nardos y de alelíes.
¡Tórtola viuda! ¡Beldad lozana
de mis lamentos no desconfíes!
¡Sé mi sultana!
Serás la reina de las huríes.
Ommalisán (8), de garza tienes el cuello.
Quedé cautivo
en las redes sutiles de tu cabello.
¡Sin tí no vivo!
Mi desdicha deploro,
la causa alabo,
pues de tí, en quien adoro,
soy el esclavo.

Caño de agua que cae sonoro

sobre una taza de azul cristal
suaves arpegios de harpas de oro,
trinos de aves, en dulce coro,
dicen conmigo, con eco igual,
te amo, te imploro...
Tú eres mi ruina, tu mi tesoro,
tú eres mi gloria, tu eres mi mal.
Tú vas conmigo
sin ir yo en tí.
Yo te persigo
como tu sombra.
Todo te nombra
mi amor sincero
divina hurí.
Ya el mundo entero
para adorarte
se encierra en mí.
Yo sé contarte,
con el susurro de blando viento,
mi dulce amor;

Yo sé halagarte
con los perfumes de abierta flor.
Yo en los jazmines bebo tu aliento.
Tu no me ves...
mas, nazarena,
yo sé besarte
con los menudos granos de arena,
que suaves huellan tus lindos piés.

. . . .

Y calló el trovador, y vió en el hueco
de la abierta ventana
una beldad que el astro de la noche
de nivea lumbre esplendorosa baña.
Y la beldad, del árabe amoroso,
calmó, benigna, las fervientes ansias,
haciéndole una seña
que prometió inefables esperanzas.
Un momento despüés, arrodillado,
de la hermosa mujer ante las plantas,
yacía el musulmán. Era Abdalaziz.

Y era Egilona la deidad que amaba.

VI.

Era el Emir moreno como el trigo,
de grandes ojos, cual carbunclos negros;
de luenga barba, de carnosos labios,
de alta estatura, de acerados miembros.
Terror del enemigo en la batalla,
fué del vencido protector benéfico,
y respetó sus leyes y costumbres,
demandando su amor, libre de miedo.
Defensor fervoroso de Mahoma
nunca de Cristo profanó los templos;
y al sentenciar litigios, por su fama
le llamó el perdidoso, justiciero.
Tal Abdalaziz fué. Tal era el hombre
que vió en la viuda de Rodrigo el cielo.
¡El cielo, sí! Desatinado y loco

por ella olvida al hispalense pueblo,
y á Muza-ben-Nosair, su insigne padre
y á sus tremendas hordas de guerreros.
Todo lo olvida. La fatal cristiana
le turba y le marea el pensamiento;
la voluntad le roba, y le esclaviza
al formidable yugo del deseo.
¡Sed tiene de su amor! ¡Es tan hermosa!
De su carne su espíritu está hambriento.
Y vive para amarla. Es un esclavo
que dulce besa el humillante hierro.
Vampiros son los ojos de Egilona,
y el alma, sin cesar, le están sorbiendo.
Prosternado á sus plantas la contempla
y así le dice con fervientes ecos:

—Sultana, inmortal hurí
que no soñara Mahoma,
ya mi alma como aroma
vuela al cielo, que está en tí.
Cristiana, tu me hechizaste.

Viuda del torpe Rodrigo
¿qué quisiste hacer conmigo
cuando á ti me esclavizaste?
¿Qué queda en mí del guerrero
que fué brazo de la muerte?
¡Ay, cómo el león al verte
se trocó en manso cordero!
¿No eres tú mía? ¿El furor
del deseo en mí no arde?
Pues ¿cómo pido, cobarde,
el bien de que soy señor?
Si en el desierto nací,
si en sus yermos me eduqué
y las lecciones tomé
de las fieras que vencí,
¿por qué he de estar padeciendo
un amor que desespera?
Mil veces vi á la pantera
clavar la garra rujiendo.
¡Eres mía!

—Si en verdad.

—Y mis derechos recabo...

—¡Ay! mi cuerpo es el esclavo,
mas libre es mi voluntad.
Buscas deleites de amor
en la materia. ¿No es cierto?

—¡Sí!

—Pues los brazos de un muerto
ni estrechan, ni dan calor.
Y puedes ya comprender
lo que te quiero decir...
Bien hace el tigre en rujir,
toca al hombre convencer.

—Por convencerte me afano
y por conseguirte vivo,
y tu amor va fugitivo
y cada vez más lejano.
¿Qué haré para que me atiendas,
para que mi voz escuches,
y no te escondas, ni luches,

y no calles, ni te ofendas?
—Tienes, Emir, que pensar
que hay puestas entre los dos
barreras, que sólo Dios,
¡Él sólo! puede quitar.
Mi religión es testigo
que amarte no me dejara...
De tí mi Dios me separa,
de tí me aparta Rodrigo.
—Barrera será tu ley
(que el nombre de Dios acato),
¡no Rodrigo! Yo combato
á tu esposo y á tu rey.
Al Rey vil que caldeaba
la corona que ceñía,
cuando su mente se ardía
en deseos de la Cava.
—¿Mi amor quieres conseguir?
—¡No te burles!
—Ponle precio.

—¡Mérida, Isvilia!
—Desprecio
tan pobres arras, Emir.
—Pues ¿qué anhelas?
—Yo te pido
lo que á darme no te avienes.
—¡Ya es tuyo!
—Quiero en mis sienes
la corona que han perdido.

VII.

Un mes pasó. Murmúrase en Isvilia
que esposo es el Emir de la cristiana,
y que al muslime triunfador la viuda
del Rey Rodrigo le enloquece el alma.
¡Ya Egilona es feliz! Ya señorea
en los vencidos hombres de su raza;
en aquellos testigos de su oprobio,

domados por el hierro y por la infamia.
¡Ya Egilona es feliz...! No, que su orgullo
y su ambición voraz piden con ansia
triunfo mayor y glorias más supremas.
Un reino quiere en su perdida patria,
y una corona real, que otra vez ciña
la hermosa frente que abrasó la insania.
Quiere ser reina... Le producen tedio
los toscos usos, las humildes galas
de sirios, beduinos, yemenitas,
que huelen á camello. Su mirada
quiere tender sobre lujosa corte.
No quiere ver mendigos á sus plantas.
Codició ser la esposa del caudillo,
y espera que el Emir se alce Monarca.
Está el león asido á la culebra
que le muerde, implacable, en las entrañas.

VIII.

Murmúrase, por muchos, en Isvilia,
que del Emir en el soberbio alcázar
entra de noche, por ocultas puertas,
gran porción de nobleza musulmana.
Y se dice que Otman y Amet y Zeide
afilan sus guerreras cimitarras
convocando á sus deudos y parciales
para una empresa que el Emir prepara.
Y se dice que Habib, fiel compañero
de Abdalaziz, escucha, en las palabras
del maldiciente vulgo, los lejanos
truenos con que se anuncian las borrascas.
Y que el santo Aliatar que en la mezquita
ruega á Allah por los hombres que le acatan,
á un vil jeicida (9) escluye de sus rezos,
y Abdalaziz el réprobo se llama.

IX.

Una cristiana que en su pecho lleva
la sangre inicua de la espurea raza
del Conde Don Julian, vió en mala hora
lo que ya todo el pueblo sospechaba.
Vió en el rico palacio de Abdalaziz,
y en su más grande y ostentosa estancia,
alzado un trono, en el que asiento ocupan
el Emir y Egilona; entre las galas
del godo ritual, y ante la corte
de los jeques que á Muza acompañaran.
La hija de Judas el secreto ofrece
á su esposo maadita. Y ya formada
quedó la nube en que se forja el rayo,
el rayo destructor que brilla y mata.
Llegó á Damasco la funesta historia,
y ella de gozo á Soliman embriaga,

pues odia á Muza, por rapaz y artero,
y en su hijo quiere desfogar su saña.
Y, presto, del Kalifa poderoso
recibió el fiel Habib aquesta carta.

«Yo que en nombre de Mahoma
y para gloria de Allah,
Kalifa de los creyentes,
rijo el orbe musulman,
á tí, esforzado guerrero,
contributario leal
de la tribu de los Ferri,
noble Habib-ben-Obeidad,
yo te mando que á Abdalaziz
le des muerte sin tardar,
y su cabeza me envíes
de tu obediencia en señal.»

. . . .

¡Dios es grande! ¡Estaba escrito!
esclamó Habib, con pesar.
¡Ay, Abdalaziz, mi mano

va á echarte en el açirat! (10)
No es por tus ínclitos hechos
ni por tu valor sin par
el premio que merecías,
el que el Kalifa te da (11).

X.

Ricos jarrones de marfil de Manghi
que exóticos follajes ostentaban,
vasos de oro, pérsicos tapices,
cofres de cedro, damasquinas armas,
llenaban de fulgores y de aromas
el lindo camarín de la cristiana.

. . . .

Abdalaziz, soñando en las delicias
que siente palpitar dentro del alma,
el talle primoroso de Egilona
entre sus brazos de guerrero enlaza.

Tiene los negros ojos por el sueño
cerrados, mas su boca de escarlata
besa, tenaz, con embriaguez lasciva,
los labios de su bella enamorada.
¡Gentil figura! Terrenal belleza,
que el pagano cincel divinizara,
es aquella beldad arrobadora
que sólo tuvo una rival, la Cava.
Blanca como el armiño, transparente
la fina piel hasta dejar marcadas
las redes de sus venas, que matizan
el niveo torso de azulado nácar;
estrecha la cintura, altos los pechos,
ramos de abiares y de rosas blancas,
la frente eburnea, las mejillas tersas
con los carmines vívidos del alba,
los besadores labios, que parecen
coral partido sobre rota escarcha...
¡tal se muestra en su lecho la belleza
de aquella criatura soberana,

á quien la gente sarracena puso
nombre de Ómmalisán, cuello de garza!
¡Qué cuerpo tan hermoso! ¡Flor suave
por oculto gusano devorada!
Las horas perezosas de la noche
en las angustias del insomnio pasa,
recordando la corte de Rodrigo,
sus ricas fiestas, sus pomposas galas.
Y al árabe contempla al lado suyo,
y su ventura le produce rabia.
Algunas veces, ponzoñosas frases
de sus labios de púrpura se escapan,
y brota de los cielos de sus ojos
rayo fugaz que se convierte en lágrima.

XI.

Extenso patio á la entrada
hay del palacio muslímico,

poblado de limoneros
y de arrayanes vestido.
Allí un árabe muy triste
se pasea, y pensativo
aguarda á que llame al rezo
del assobi (12) el almuezzino (13).
¡Es Habib! Llanto derrama
y murmura:—¡estaba escrito!—
febril oprimiendo el pomo
de un yatagán de dos filos.

. . . .

Era el lubricán. Con pena
se alzó Abdalaziz del tibio
lecho, que en edén convierte
de su esposa los hechizos.
—¡Cuándo acabarás de darme
lo que tanto te he pedido,
lo que tanto me ofreciste
en pago de mi cariño!
¡Mal cumples tú las promesas!

De engaño usaste conmigo.
¡Qué pródigo fué el amante!
¡qué tacaño es el marido!—
Así Egilona al muslime
dice, entre blandos suspiros,
dulces ecos con que apaga
de su ambición los rugidos.
El árabe, enagenado,
oye el lamentar suavísimo
de la mujer, cuya carne
es infierno de su espíritu.
Y...—haces mal en darme quejas—
murmura, triste y sumiso—
pues me atolondran el alma
las voces de tus caprichos.
Pero como soy tu esclavo,
sufro, humilde, los castigos
de culpas que sólo nacen
de mi enervado albedrío.
Te ofrecí mi fé...

—Y te marchas
á un templo que yo maldigo.
—Con el Alcorán te rezo
y en el mihrab (14) te suplico.
—Me ofreciste una corona
y sólo en tu frente miro
un turbante... ¡gran diadema!
¡No era así la de Rodrigo!

. . . .

Aquel agudo sarcasmo
entróse como un cuchillo
en el alma de Abdalaziz;
miró á Egilona sombrío,
colérico, y, recordando
á sus abuelos perínclitos,
á su raza, azote y yugo
del godo, siempre vencido...
—Mira—barbotó:—El turbante
que desprecias, por sencillo,
corona es de triunfadores,

diadema de heroes invictos.
De la sangre de tu raza
mil veces se vió teñido,
y brillan gotas de sangre
más que el rubí y el zafiro.
Este turbante se ciñe
á la frente del caudillo;
se pierde con la cabeza,
de un valiente acero al filo;
no rueda al fango, no al lodo
cae, al huir, desprendido,
como cayó la corona
de tu cobarde Rodrigo.
Y un cofre abrió, y, palpitante
de cólera, hundió en sus ricos
senos las convulsas manos,
y sacó un aro magnífico
de oro, incrustado de perlas,
de esmeraldas y jacintos.
—¡Mira!—exclamó.

Dió Egilona
de asombro y terror un grito.
—¿La ves? ¡Manchada de lodo!
¡Mírala cómo la piso!
Y fiero hollaba Abdalaziz
la corona de Rodrigo,
que á oríllas del Guadalete
logró encontrar un judío.
Saltó Egilona del lecho
y postróse ante el caudillo,
amansando su coraje
con hipócritas gemidos.
Alboreaba. Torrentes
de fulgores nacarinos
desbordaba el nuevo día
de Egilona en los hechizos.
Quedó el cuerpo de la viuda
de luz rosada vestido,
y creyó el Emir, absorto,
que la Aurora, por prodigio

celestial, ante sus plantas
yacía dando suspiros.
Todo lo olvidó. Y turbado,
y de amor embebecido,
—¡Levanta, sol de mi vida!—
con voz ferviente le dijo,
y perdón concede al árabe
si, por fuerza del instinto,
del tigre de los desiertos
tomó el áspero rugido.

. . . .

Tiende á su esposa los brazos
en amante paroxismo,
y cuando sus ojos alza,
ve sobre su frente un nimbo
que fulguroso rutila...
Su esposa, con dulce mimo,
pone sobre su cabeza
la corona de Rodrigo.
—¿Te empeñas en que la ciña?

pues, bien, sí. Tú lo has querido;
sangre y lodo tiene el aro:
sangre y lodo serán míos.
—Pero... ¿te marchas?
—¿No escuchas
las voces del almuezzino?
—Sí, vete; que el pueblo crea
que la fé no me has vendido.
¡Tu religión qué me importa!
—Eres mi dios.
—Sólo aspiro
á ser Reina.
—Y ese nombre
te han de dar.
—Y ¿cuándo?
—Hoy mismo.
—¿Como me lo dan tus gentes,
de tu casa en el sigilo,
sobre un trono de mentira
y como juego de niños?

—Al són de los atabales,
y con ronco vocerío,
y al blandir de las espadas
de mis fieros berberiscos.
Zeide, Otman, Atmet, los jeques
en cuyo afecto confío,
satisfarán los deseos
que engendraron tus caprichos.
Seré monarca.
—¡Abdalaziz!
—Y el Emir será maldito.

. . . .

Partió tristemente el árabe,
y Egilona, en el delirio
de su ambiciosa esperanza,
suelta dió á su regocijo.
—Dadme mis ricos joyeles,
mis más lujosos vestidos,
—mandó á sus esclavas—quiero
con pomposos atavíos,

mostrarme á la raza espurea
que dió á su Reina al olvido.
¡Ah! murmuraba, de lodo
y sangre tiene vestigios
esta diadema... y ¿qué importa
si, por ser lo que es, da brillo?—
Y las esclavas veían
que, con afán convulsivo,
alzaba sobre su frente
de deidad, un aro rico
de oro, incrustado de perlas
y esmeraldas y jacintos.

XII.

Llama el almuedano al rezo.
Se oye allá, en el pasadizo,
que abre al patio del alcázar,
leve rumor. Y el invicto

Emir, el noble Abdalaziz,
de Muza sucesor digno,
en el jardín aparece
sin recelar de peligros.
—¿Es posible, Habib, murmura,
que el encono fementido
y la envidia, den tal premio
á sus gloriosos servicios?
Y soslayando, cual hiena,
se fué acercando al caudillo,
y, de repente, en su pecho
le hundió el puñal asesino.
Cayó el Emir... vió al sicario...
y entre dolientes gemidos,
—¿por qué—murmuró—me heriste?
¿no te amé siempre?
—¡Lo quiso
Allah! Y el bárbaro hierro
cortó de una vida el hilo.

XIII.

La sangre clamó. Llenóse
el patio de beduinos,
de yemenitas, soltando
su asombro y dolor en gritos.
Egilona, ávida, escucha
el discorde vocerío,
y cree que el duelo es tumulto
y aclamación el gemido.
Se asoma á un balcón, y mira
agitarse en remolinos
musulmanes y cristianos,
árabes y berberiscos.
Escucha clamor siniestro
junto á su aposento mismo,
y dudosa y ya aterrada
ve entrar mustios y sombríos

á Otman, Zeide, Atmet, á todos
los compañeros y amigos
de Abdalaziz, y en pós de ellos
un grupo de hombres teñidos
en sangre, que, silenciosos,
dejan sobre el lecho, aun tibio,
un cadáver, del cual salta
chorro humeante y rojizo.
Aquel muerto ¡horrible angustia!
¡está acéfalo! No hay sitio
para ceñirle la rica
corona del Rey Rodrigo.

XIV.

Y recibió Solimán,
en una caja cerrada,
la cabeza canforada
del noble Emir musulmán.

Y como el rencor le azuza,
con espantosa intención,
hace que, sin dilación,
se llame al anciano Muza.
Llegó á su presencia el viejo
que el Africa avasallara,
creyendo se le llamara
para pedirle un consejo;
pero el Kalifa, al mirarlo,
—tengo que enseñarte—dijo—
un tesoro, que de fijo
vas á saber apreciarlo.
Y poniendo ante sus ojos
la canforada cabeza,
le preguntó con fiereza,
—¿conoces estos despojos?—
—Sí, contestó altivamente
el rudo y viejo walí.
Sí, los reconozco, sí.
¡Que castigue eternamente

el Dios que adoro al cruel
cobarde y vil matador
de la prenda de mi amor,
que valía más que él (15).



ERIK, EL ESKALDA

A LOS EXCMOS. SRES.

Marqueses de Bogaraya

EN TESTIMONIO DE

INDELEBLE GRATITUD Y FERVOROSO CARIÑO



I.

Furioso el mar, á saltos, se metía
de la honda noche en la negrura densa,
y el oleage al nubarrón mordía.
Todo era caos en batalla inmensa.

Tumbaban sobre el mar los vendabales.
De las olas las crestas gironadas
se erguían volteando en espirales,
y eran al viento en lluvia salpicadas.
En montes colosales
el piélago subía resonando,
roto cayendo, entre la opaca bruma,
con sonoroso hervir burbujeando
en estendidas sábanas de espuma.
El irritado cielo, con ramales
de rayos y centellas, fustigaba
las espaldas del monstruo que, rugiente,
mientras más tarde su castigo acaba,
menos vencida su fiereza siente.
A horror movía al cachalote fiero
ver en gorfe, en alud, en surgidero,
trocarse de la mar la ancha llanura
aspirando el abismo á ser altura.
Y la escondida estrella
ve subir, en la nube haciendo mella,

las olas furibundas, incesantes,
cada vez más gigantes,
cada vez con empuje más bravío,
queriéndose agarrar á lo vacío.
Y en el profundo, desgarrado seno
de aquel todo convulso y tenebroso,
el retumbar del trueno,
el aire entre las ondas constreñido,
de mil torrentes el volcar furioso,
un ruido producían temeroso,
de rabia, de gemido,
zumbador, estridente,
de caverna y volcán; voz y alharido,
rugir de tigre y silbo de serpiente.
¡La tempestad, la noche, el mar tremendo,
y lo invencible unido con lo horrendo!
Y cerca de la nube,
encendida en sulfureas llamaradas,
en vuelco despeñada al antro ingente,
por olas á las nieblas enredadas;

saltando de lo hondo
al alto espacio á do el albatros sube,
y otra vez, luego, despedida al fondo;
cuando luz el relámpago prestaba,
con asombro y espanto se veía
que sobre el lomo de la mar cruzaba,
entre la bruma fría,
bandada monstruosa
de quiméricos pájaros, terrible
enjambre de insoñados tiburones,
fantásticos narwales y tritones.
¿Abortos eran de la mar rabiosa?
¿Engendros de la niebla? ¿Parto horrible
de la Noche espantosa?
¿Qué era aquello que á tumbos caminaba
sobre el lomo del mar? Cuando brillaba
el rayo destructor, y se teñían
agua y cielo de cárdenos fulgores,
grupos de *atlantosauros* parecían,
vueltos al mar para añadirle horrores.

¡Ah! ¿qué era aquello? En lo infinito, nada.
Sobre el inmenso mar, granzas de avena
que sorbió de una costa la oleada.
Allí en el antro, allá sobre la cumbre
de la ola que férvida resuena,
del centelleo á la rojiza lumbre,
arácnidos finjidos semejaban;
miriápodos quiméricos que andaban
sobre un antro sin fin; extrañas aves
que dentro el pecho de la mar volaban.
Lo que iba entre las olas rebotando,
de los Reyes del mar eran las naves,
¡los asombrosos buques del normando!
Eran las naves que á la mar salían
de la gélida Escania (1), en són de guerra,
y, sin rumbo, en las brumas se perdían,
para ser el azote de la tierra.
¡Ay de la costa, en que, por triste suerte,
echaron anclas los tremendos barcos
regidos por las Furias y la Muerte!

Trocábase su arena en rojos charcos
de humana sangre, su poblado en fuego,
su huerta en erial. Nunca el pirata
se conmovió á las lágrimas ni al ruego.
Rayo es de Odino, y como rayo mata.
Odino era su dios. La niebla fría
del congelado empireo en que vivía,
rigores daba á su poder acerbos.
¿Qué infortunio ó dolor apiadaría
al que, sentado en el Hlidskiallff (2), tenía
por compañía los lobos y los cuervos (3).
El cíclope, con alma de mejera,
de padre del estrago tomó el nombre (4).
¡Cuán le plugo el incendio y el pillaje
al dios, indigno de llamarse hombre!
El del normando era
excitador á bárbaro heroismo.
Dios inicuo y brutal, como el salvaje;
desgarrador, cruel, como la fiera;
mudo como el abismo.

Forja el mortal los dioses á su hechura.
Y el rudo escandinavo, que luchaba
sin tregua con las iras de Natura
y que fundó en la espada su dominio,
sólo la fuerza en la deidad buscaba;
mas... la fuerza del tigre es exterminio.
Odín (5), Thor (6), Loki (7), Niord (8), lo monstruoso
lo atroz, lo inexorable...
Y en un cielo aterido y tenebroso,
caverna y lupanar, cuartel y encierro,
una gloria de lobos y mujeres,
para conquista y premio perdurable
de los terribles seres,
carne de roca y corazón de hierro.
¡Gloria cruel que el sanguinario instinto
del normando implacable adorar plugo
por hallar á su puerta, en sangre tinto,
tosco guerrero, imagen del verdugo.
El tenaz talador de los hogares,
riendas soltando á su pasión insana,

y en tajos convirtiendo los altares,
á sus dioses sació de carne humana (9).
Y el padre del estrago
fué rival de Moloch. La ruda Escania
era recuerdo de la atroz Cartago.
Mayor ferocidad, más grande insania
cupo á la raza del ciclopeo Odino.
Cual juego horripilante,
tiraban á sus lanzas al infante,
gozando al ver cuál llora y cuál suplica,
y cómo se retuerce, palpitante,
en el hierro aguzado de la pica (10).
Si la atroz pesadumbre de los años
del guerrero amansaba las bravezas,
ante sus hijos y ante el mudo enjambre
de deudos, de parientes, y de extraños,
arrojaban al fuego sus riquezas (11),
á su progenie condenando al hambre.
Y al ceruleo *camino de los cisnes* (12)
el viejo señalaba, y—«ved,—decía—

dónde está la fortuna. Id á buscarla,
y lograd, con denuedo, arrebatarla
á la onda crespa y á la bruma fría.»—
En el combate horrendo,
al morir, asombraba su coraje.
Mirando al vencedor y sonriendo,
con júbilo salvaje
el moribundo hacía
cántico triunfador de la agonía (13).
Que al muerto en la batalla,
entre nunca soñados embelesos,
esperaban, con risas y con besos,
las vírgenes guerreras del Walhalla (14).
Su indómita bravura,
epilepsis, frenética locura,
regocijo de diablo parecía,
cuando en la noche la tormenta abría
en cada ola ingente sepultura.
Entonces, cuando el cielo atarazaba
al férvido oleage que rujía,

y el gran Thor en su carro atravesaba
la tiniebla, que en rayos se encendía,
el pirata, de pié sobre su leño,
los nictápolos ojos incendiados,
al aire los cabellos desgreñados,
rey de la tempestad, de la mar dueño,
sentía la embriaguez del poderío,
la embriaguez de invencible fortaleza,
y, en su orgullo de dios, el rayo impío
engarzaba cual nimbo á su cabeza.
Y de placer demente,
y con lascivo espasmo, ante lo inmenso,
azuzando el furor de la ola hirviente,
y ósculos dando, con delirio intenso,
á la espuma, á la ráfaga bravía,
que con latir de sierpe le azotaba,
al retumbar del trueno acompañaba
el grito crispador con que reía (15).
¿Dónde el Normando irá? Do quiera el viento.
Do le empuje el raudal de la corriente.

Donde le arroje el huracán violento.
¿Cuál era su misión? (16) ¡Ah! ¿quién lo acierta?
Convertir en escombros los altares,
azotar á los pueblos y á los reyes,
ser la devastación de los hogares,
una costa feraz dejar desierta,
una ínsula poblar inhabitada,
darle dioses y leyes,
ennoblecer al hombre con la espada,
sembrar el bien fecundo,
descubrir y olvidar un nuevo mundo (17).

II.

Las embravecidas olas,
con monstruos en las entrañas,
corren, en tumbos y á saltos,
á embestir á las barcazas.
Ansiando arrojar el peso,

agobio de sus espaldas,
porque las cojan las nubes,
al cielo, en montes, las alzan.
Mas no pueden escupirlas.
Los montes rodando bajan,
y llegan hasta el abismo
por si el abismo las traga.
Sienten los audaces leños
el furor de aquellas masas,
que, al topar en sus costados,
se hincan con dientes y garras.
Y á los rudos apretones
con que á las naves se abrazan,
el maderamen rechina,
y gime de angustia y rabia.
Sin tregua y convulsamente,
las proras se hunden y arfan,
y al caer, chorros de espuma
los pechugones levantan.
Todo el velámen largado

llevan las valientes barcas,
porque el vendabal lo infle
y las quillas corten raudas.
Y van todos los remeros
con las manos apretadas
al pino, que la ola hiende,
y del mar los senos raja.
Quiere sepultar el piélago
las fuertes naves normandas,
y en gorfes se arremolina,
y en aludes se desgaja.
Pero en vano. Son muy duros
los barcos de Escandinavia,
y más duros que sus leños
tienen los *wikings* (18) las almas.
Del tronar entre el zumbido
y el rujir de la oleada,
entre el resuello del Noto
y el áspero hervor del agua,
no maldiciones se escuchan,

ni alaridos, ni plegarias;
resuena estentóreo cántico
al són vibrante de un harpa.
¿Qué divinidad marina
es la que entre horrores canta,
congregando á las nereidas
á presenciar la borrasca?
Aquella voz poderosa
da pavor, aunque es humana.
Aquel cantar, más que el trueno
al voraz escualo espanta.
Aquel cántico sublime,
por ser expresión de un alma
más grande que el mar inmenso,
más que la tormenta brava,
brota del pecho animoso
del noble Erik, el escalda.
Erik, el bardo; el que al *wiking*
como testigo acompaña,
y en inspirados cantares

eterniza sus hazañas.
Él recordará sus glorias,
si á volver llega á la patria.
Él al atento concurso,
del hogar, ante las brasas,
en las perdurables noches
de la fría Escandinavia,
al compás de los sonoros
vibrantes ecos del harpa,
del *wiking* hará la historia
en inolvidables sagas (19).
Él contará de los pueblos
que vió, las costumbres raras,
las peligrosas empresas,
las tremebundas batallas.
Dirá el botín conquistado
en la ciudad incendiada,
dirá quién fué el más sañudo,
quién se estremó en la matanza,
quién, cual Lodbrog, entre sierpes,

murió cantando á su espada (20).
Y entrando por los oidos
los triunfos y las hazañas,
cada mujer, cada viejo,
que escucharon al escalda,
á los hombres y á los niños,
del hogar, junto á las brasas,
en las eternales horas
de las noches de Jutlandia,
repetirán fervorosos
los inolvidables sagas,
y así se formará el libro
de la historia de la patria.

. . . .

. . . .

Al fulgor de las centellas
se ve al inspirado escalda
erguido sobre la prora
y en el cielo la mirada.



No al cielo sus ojos piden
compasión, sí le amenazan.
¿Qué emperador tuvo nunca
trono como el que él alcanza?

La mar crespa y rugidora
es escabel de sus plantas;
le alumbra el rayo, le ciñe
la bruma negra guirnalda,
y el huracán presta ritmo
á sus fervientes palabras.

. . . .

. . . .

Y así Erik, el noble bardo,
al compás del trueno canta.

Cuando el lobo Feurís (21) rompa sus grillos
y devore los astros;
cuando la gran serpiente á Hler (22) se beba
y Thor vuelque en su carro;
y oculte el Ragnarok (23), el gran crepúsculo,
al cielo escandinavo;
y el terrible gigante, hijo de Feuvis,
al Sol mastique con sus dientes ávidos (24);
entonces, en las jarcias y en los hierros
de las tremendas naves del normando,

fabricarán sus telas las arañas,
y el moho peludo cubrirá los palos.
Entonces será el dia de las sombras,
el de los sueños largos,
y la espada del *wiking* será entonces
mordida por los muertos que ha matado.
¡Ruge! ¡vuela, huracán! Para ese día
aún faltan muchos años.
Antes que llegue su espantosa noche
han de gravar las runas los esclavos (25),
y no ha de haber un cuerno de cerveza
en que mojar los labios.
Antes hemos de ser de todo el mundo
los reyes y los amos.
El *wiking* vencedor os desafía,
¡olas, tinieblas, rayos!
¡Ruge! ¡vuela, huracán! Tú eres el soplo
de su espíritu bravo.
¡Llevadnos más aprisa, vendabales!
Loki (26) en la costa nos está esperando.

III.

Mar y cielo, viento y olas,
iban templando su saña,
y la tormenta alejándose
de la Noche acompañada.
El acre olor de la tierra
en el viento se aspiraba,
y las brumas se rompían
en amarillentas ráfagas.
En el confuso horizonte
el cielo de tintas cambia,
y en las olas se refleja
con resplandores de nácar.
Y surge del oleaje
fulgente disco de grana,
que pinta al mar de carmines
y al éter de luz inflama.

Desdoblándose, en espumas,
las olas, férvidas, pasan,
dando á las rápidas brisas
frescas, salobres fragancias.
Chillando las gavïotas
aletean sobre el agua,
y, entre las linfas, parecen
copos de espuma con alas.
¡Qué hermosa es la mar serena,
cantadora y azulada,
cuando las brisas la arrullan,
y el sol en ellas se baña!
Allá, muy lejos, asoman
otras aves, en bandada,
que como petrales vuelan,
y como delfines nadan.
Son los buques del normando,
las formidables barcazas,
de todo piélago azote
y angustia de toda playa.

Los *wikings de Westpholdinger*
son los que gritan y cantan,
pues va en el olor de tierra
vaho de la sangre humana.
Diez, veinte, cincuenta, ciento,
son las poderosas barcas (27)
que arriban al mar de Cádiz
desde la glacial Escania.
Y aquel mar, que vió, sin miedo,
ricas naves egipciacas,
las griegas y las fenicias,
las de Hannón, de eterna fama,
las trirremes del romano,
las xajtures mauritanas,
ahora tiembla bajo el peso
de las enormes barcazas
cuyos gobernalles siempre
van en manos de las Parcas.

. . . .

Los *lòngskibs,* barcos guerreros (28),
lucen las proras de talla,
con serpientes y dragones
que el azul y el minio esmaltan.
Los cascos turban los ojos
por las brilladoras ráfagas
que despiden los barnices
de multicolores franjas.
Alrededor de las bordas,
y encadenados en sarta,
cuelgan los grandes escudos
que diversas tintas bañan.
Y cuando la mar furiosa
contra los bajeles salta,
al topar en los escudos
se oye fragor de batalla.
El *wiking* cree que en las olas
vienen metidas las almas
de los enemigos muertos,
ansiosas de hallar venganza.

Espectros que con coraje
golpean en las borrascas
los escudos que embotaron
el filo de las espadas.
Los mástiles, en sus topes,
tienen en oro y en ámbar
figurillas de delfines
y de culebras aladas.
El velámen es riquísimo.
El normando tuvo á gala
ofrecer al viento púrpura
y sedas de oro bordadas.
Aquel enjambre de buques
el *soe Kóngar* comanda,
único y supremo jefe
que rey de la mar se llama (29).
Nunca durmió bajo techo.
Nunca la cerveza amarga
bebió en el hogar. No tuvo
más dicha, ni otra esperanza

que el oleaje, y el hierro
de su gigantesca maza.
Él el heroe de los heroes.
Él la empedernida alma
de los *wikings.* Él la furia
de la Muerte en la batalla.
Á su voz, al ronco trueno
con que su bocina brama (30),
late el alma de los ogros
en los corsarios de Escania.
Aquellos hombres terribles,
todo altivez y arrogancia,
titanes por su estatura,
por su sed de sangre Lamias.
Eran blancos cual la nieve
de las noruegas montañas,
y duros cual los cantiles
que erizan las costas bálticas.
Sus profusas cabelleras
suaves, rizosas, doradas,

cual melenas de leones
sobre sus hombros flotaban.
Vestían pieles de osos,
ó túnicas de escarlata
y ricos mantos, con broches
de granates y esmeraldas (31).
¡Qué amigos eran del lujo (32)
y de las pomposas galas!
Los *hafls* (33) y los campeones (34)
y el *soe Kóngar* y el escalda,
absortos, mudos, contemplan
mar y costa gaditana.
Y las ondas de zafiros,
el cielo de azul sin mancha,
el sol que en vívidos lampos
centellea sobre el agua,
la luz que enciende la costa
en fulguroción de plata,
hechizan sus pensamientos,
y deslumbran sus miradas.

En aquel cielo purísimo
no habita Odín. No desgarra
Thor aquel mar. Nunca Hela (35)
inficionó aquellas playas.
No es posible, no. A otros dioses
de condición más humana
adorarán los mortales
que un edén tienen por patria.
¡Cuánta sangre de felices!
¡Qué riquezas no soñadas!
Y el *soe Kóngar* reía,
y Erik, el bardo, cantaba.

IV.

Al contemplar la costa, cinta de oro,
del gaditano orgullo dicha y tesoro,
furor de regocijo siente el normando;
mira el Eden, y juzga que está soñando.

13

El sol de Andalucía le ofusca y ciega.
La luz, que cual torrente de rayos llega,
y que hace que las sombras de negro brillo
parezcan recortadas con un cuchillo,
vértigos le produce. Le causa enojos
no poder en el cielo fijar los ojos.
¡Cielo del Sol! ¡El cielo de la alegría!
¡Techumbre esplendorosa de Andalucía!
Y, embriagados los ojos de resplandores,
ve el *wiking* el destello de los colores,
y la infinita escala de los matices,
y los vívidos lampos de los barnices
en que se baña todo cuanto el sol toca,
brizna de paja y árbol, arena y roca.
Y ve, entonces, las playas donde Dios quiso
dejar breves recuerdos del paraiso:
aquella rutilante cinta de oro,
del gaditano orgullo dicha y tesoro.
Tiende el mar en su orilla, con la marea,
fino encaje de nieve que burbujea;

y la espuma, al romperse, deja, en girones,
de perlas y rubíes largos festones.
Los méganos levantan suaves colinas
con cenefas de conchas y algas marinas,
coronando las dunas grandes guirnaldas
de pinos que relucen como esmeraldas.
Aquí, junto á la higuera, los enebrales;
allá los rumorosos cañaverales;
y en la estensa llanura de las campiñas
ricos mantos de oro, broches de viñas.
De nácares en polvo son las arenas.
Las rocas de irisados mariscos llenas,
y se perfuma el viento con los aromas
de frutos y de flores, de algas y argomas.
Allí, en lugar de escollos y de cantiles,
los bosques de naranjos y los sestiles;
y su aridez ocultan los peñascales
con las ramas que cuelgan de los rosales.
¡Qué hermosas son las playas, donde Dios quiso
dejar breves recuerdos del paraiso!

Va el pirata á la costa la vuelta dando,
y aviva, al par, su gozo que va admirando
ciudades que parecen hechas de plata,
y una feraz campiña que se dilata
de llanura en llanura, de monte en monte,
muriendo en lo opalino del horizonte.
Atrás quedó Solucar (36); y el mar bravío
se regolfó en la barra sorbiendo á un rio;
al rio caudaloso, de linfa clara,
que de Isvilia, la hermosa, los piés besara,
y que al tener que huirla, se fué alejando
en curvas perezosas, y remansando,
cual si mil y mil veces volver quisiera
á acariciar las plantas de la hechicera.
Erik ve las orillas con mudo encanto.
Está el verde tejido con amaranto.
¡Qué brillantes tapices! La luz del dia
bordó toda la tierra de pedrería.
¡Cómo Naturaleza vida rebosa!
¡Qué alegre alza á los cielos canción gloriosa!

Fulgen ante los fresnos y las encinas,
como cristal en polvo, largas salinas,
y en el celeste espacio, que en luz se inflama,
raudo vuela el flamenco cual cruz de llama.
A un lado, la planicie que verdeguea,
al otro, la llanura que amarillea,
y por las dos marismas desparramados
los próvidos almiares y los ganados.
Garzas, color de nieve, se ven siguiendo
á los enormes bueyes que van paciendo;
y ya los anchos lomos les picotean,
ya entre las firmes astas revolotean (37).
El relinchar del potro va confundido
de plañidera oveja con el balido,
y cuando el toro brama, se oye la nota,
de la gentil zarceta que el agua azota.
Los álamos se yerguen sobre mimbrales,
que dan verduzcas sombras á los cristales
del rio, que sus blandas arcillas viste
con los lánguidos ramos del sauce triste.

El astro, que las frondas agujerea,
sobre el agua en chispazos relampaguea,
y entre aquel centelleo radia el plumaje
del vistoso y ligero pato salvaje.
Y, muy lejos, perdidos los horizontes,
surjen llanuras, lagos, florestas, montes,
marjales y pensiles, seres extraños,
fantásticas visiones, sombras y engaños,
que causan el asombro y el embolismo
que produce la magia del espejismo.
Erik, embelesado, cree que se halla
de Freya (38) en los jardines ó en el Walhalla

V.

Si regocijo y asombro
causa á las hordas noruegas
ver las fértiles llanuras
que Guadalquivir humecta,

los zagales y pastores,
que vagan por sus riberas,
los barcos desconocidos
con susto y asombro observan.
Se llaman unos á otros,
con su charlar se amedrentan,
y, al acercarse los buques,
embota el pavor las lenguas.
Entonces, entre alaridos,
chozas y sombrajos dejan,
los ganados antecojen,
y dan el alma á las piernas.
Vió el *wiking* el hondo espanto
que infunden las rojas velas
de los leños que en sus proras
sierpes y dragones llevan.
Por ambas márgenes huyen
piaras de toros y ovejas,
y á la voz del yegüerizo
los potros cerreros vuelan.

En precipitada fuga
todo se va y se atropella;
y ya es toda la marisma
nubarrón de polvareda.
Las naves del *wiking* fiero
como la Gorgona horrendas,
turbación dan á los ojos,
hielo vierten en las venas.
Tambien el *wiking* se asombra;
tambien enmudece y tiembla;
mas es por el alborozo
que le embriaga y enagena.
Ya Isvilia ante sus miradas
deslumbradora se muestra.
Dora el sol los alminares,
los azulejos centellan,
y como plata bruñida
relucen las azoteas.
Entre bosques de naranjos
y laureles y palmeras,

toda vestida de flores
la hermosa Isvilia destella.
Y aquella ciudad ¡tan blanca!
¡tan fulgente! ¡tan inmensa!
que no soñaron los Ases (39)
para habitación de Freya,
hechiza al escandinavo,
y en sus confusiones piensa
si los adarves que mira
acaso el Walhalla encierran.

VI.

No pluguieron al *soe Kóngar*
los asombros y sorpresas,
pues el pasmo de las almas
embebe la fortaleza.
Al tope del mastelero
del bajel tiró tres flechas (40),

y luego acercó á sus labios
el tosco cuerno de guerra.
Largo zumbido de trueno
del río asordó la cuenca,
y aquel fragor oyó Isvilia
como amenaza tremenda.
Y Erik de su harpa de hierro
pulsó las vibrantes cuerdas,
y así cantó con terrible
voz de entonación siniestra.

¡Orgullosa ciudad! ¡Ya estás maldita!
La almadana (41) de Thor se ha levantado
contra tu grueso vientre de preñada,
y al golpe rudo se hundirá hasta el mango.
¿Que ya puede salvarte? ¡Eres del *wiking*!
Tus riquezas están dentro sus sacos.
Sed de sangre le abrasa. ¡Eres la alberca
que apagará las fiebres del normando!
¡Madres, no amamanteis á vuestros hijos!
En ástiles de hierro irán clavados.

¡Hombres, cerrad las casas! ¡Son sepulcros!
¡Has muerto gran ciudad! ¡Eres gusanos!

Y por el zumbar del trueno,
y por la canción guerrera,
vuelve el *wiking* del asombro
á su pristina fiereza.
Ya Isvilia no le deslumbra;
la ve de sangre cubierta.
Ya su resplandor es humo;
ceniza y humo es la estrella.
Como si el viento le azota
ruge la mar y se encrespa
el *wiking* se abrasa en iras
cuando la sangre olfatea.
Los *hafls* y los campeones
al *soe Kóngar* contestan
con lúgubres alaridos
que susto á los tigres dieran.
Blanden al viento sus lanzas,
y en los escudos golpean,

y arrojan las javelinas,
rasgando el aire en centellas.
Todas las curvas del río
de barcazas están llenas;
todo el horizonte es rojo
por lo rojo de mil velas.
Sierpes y dragones abren
las hondas fauces sangrientas
sobre el espantado suelo
de Isvilia, de pavor yerta.

VII.

Sí: congelóse la ciudad de espanto
ante los buques del feroz noruego,
al escuchar sus estentoreos gritos
y al ver lucir sus despiadados hierros.
¿Qué hordas eran aquellas que llegaban
tan de repente como salta el viento?

¿Cuál era su país? ¿Cómo su nombre?
¿Qué tierra vomitaba aquel infierno?
¿Quién vió un ser parecido á aquellos seres
cuya belleza concitaba al miedo?
¿Eran quizás los hijos de las Furias?
¿De las Parcas tal vez eran engendros?
¿Cuántos vienen? ¿Y quién podrá contarlos,
si los ojos se cierran por no verlos?
¿Contarlos? ¿Para qué? ¿Quién ha advertido
el número de llamas de un incendio?
¿Contarlos? ¿Para qué? Son un enjambre,
un añublo, una tromba de guerreros.
Suena en su voz el vendabal, y al choque
de sus sangrientas armas vibra el trueno.
¿Qué piden? ¿Qué demandan? ¡Oh, delirio!
¿Qué demanda el alud? ¿Qué pide el fuego?
¡Son los lobos de Odino! ¡Ay, pobre Isvilia!
Vas á ser devorada hasta los huesos.
¿Y quién podrá salvarte? De tus muros
se espantaron los ágiles honderos;

tus puertas cerró el árabe, y con prisa
se refugió en su hogar; en sus camellos
huyó con su familia el beduino;
tembló el siriaco, y ocultóse el negro.
¡Qué inerme estás, ciudad encantadora!
De Abderrahmán el valeroso ejército
en la opulenta Córdoba descansa
sobre los mirtos que segó su acero.
¿Cuál del insigne *Almudafár* (42) la angustia
y el asombro ha de ser, cuando el lamento
perciba en el jardin de su palacio
del sevillano fugitivo pueblo,
y escuche, entre sollozos, las historias
de ruina, de matanza y de saqueo?
Abderrahmán, en torno de su alcázar,
mira al enjambre, sudoroso y yerto,
de infelices vasallos que se muestran
más de venganza que de pan hambrientos.
Y—¿quiénes son—decía—los bandidos
que protegió la Noche y el Silencio,

los que dejan cenizas, como el rayo
que antes destruye que se escucha el trueno?
—¡Los *madjiojes*! (43) Kalifa ¡los *madjiojes*!—
clamaban todos con dolientes ecos.
—¡Son los *madjiojes*! Nublo de langosta
que de ignoto confín nos trajo el viento.—

VIII.

Abderrahmán abandona
á Tarub, Kalam y Ashifa (44)
y el ajedrez y á Aben Gamin (45),
y al poeta Abdallah olvida (46).
No es cosa de escuchar versos,
ni de embriagarse en caricias,
ni darse á juegos, ni á amigos,
cuando la patria peligra.
Son estorbos las mujeres,
y los versos fruslerías,

cuando los pueblos á gritos
piden hombres y cuchillas.
Llamó Abderrahmán á Muza,
el godo (47), y al hagib Isa-
Ibn-Chohaid (48), para que vuelen
á la salvación de Isvilia,
y sólo les dió una órden:
matar *madjiojes* y aprisa.
Escucharon los caudillos
lo que les manda el Kalifa,
y reunieron sus tropas
siempre á luchar prevenidas.
Sirios, persas, africanos,
beduinos, yemenitas,
en apretados tropeles
llegan corriendo á la cita.
Y por Córdoba pasando
en interminables filas,
van ginetes y peones,
cuyos rostros miedo inspiran.

Sus marciales atavíos,
y su pompa y gallardía,
de los chiquillos son pasmo
y de los viejos envidia.
Son las victoriosas huestes
del *Almudafár*: las mismas
que hollaron los altos cerros
del Afranc, y las campiñas
de Bardulia: son las tropas
orgullo del islamita.
Todas las calles y zocos
en fulgoración rutilan
por los incesantes lampos
de las armas damasquinas.
Resuena por todas partes
bélica, estruendosa grita,
y todo retiembla al trote
de veloz caballería.
Y los blancos alquiceles
las lumbrosas jacerinas,

los gorros y los turbantes
de mil matices y tintas,
los potros y los camellos,
las banderas y las picas,
todo en confusión y todo
lleno de luz y de vida,
forma un cuadro indescriptible
cuya grandeza fascina.
Abderrahmán, en la aljama,
la guerra santa publica
contra el protervo *madjioje*,
contra el vil politeista.
Y hombres, mujeres y niños,
al potente Allah suplican
que á los réprobos confunda
en las eternales simas.
Será el castigo que piden
por vengar á los de Isvilia,
no por Dios, ni por Mahoma,
ni por las suras (49) benditas.

En la Zeca de Occidente
y enardeciendo las iras
de todo buen mahometano,
¿perros infieles no habitan?
Hora que el muezzino llama
á oración en las mezquitas,
¿no quieren ahogar sus voces
las campanas maldecidas (50)?
Hora que los alfaquíes (51)
la fé del muslime avivan,
¿los cristianos sacerdotes,
en monasterios y ermitas,
y hasta en las públicas plazas,
del Profeta no abominan?
¿Ante el Cadí no repiten
confesiones no pedidas?
¿En su bárbara locura
no pretenden á porfía
morir por el Nazareno?
¿No es el martirio su dicha?

¿No lo demandan? ¿Eulogio,
por do quier, no lo predica (52)?
Cuando el rumor de los rezos
resuena en la aljama pía,
cuando el lelilí de guerra
en los alijares vibra,
las campanas del cristiano
furiosamente repican,
y el sonido de los bronces
el alma y tímpano irritan.
Se dió mucho á los infieles;
y concesiones indignas,
con granizo de *madjiojes*
el supremo Allah castiga.

IX.

Como Guadalquivir salta furioso
de su hondo cauce, y la campiña anega,

y bate el muro, y lo socaba, y rompe,
y hecho torrente en la ciudad se vuelca,
el normando feroz llegó al adarve,
quebrantó el muro, destrozó las puertas,
y entróse en remolinos por Isvilia,
transida de terror, de angustia opresa.
En haces divididos los piratas,
y á su frente los *hafls*, como panteras
en rebaño de tímidos corderos,
su cruel instinto, sanguinarios, ceban.
Todo viviente sér que hallan al paso,
jóven ó viejo, racional ó bestia,
lo cose al suelo la afilada pica,
ó el dardo agudo á la pared lo pliega.
Los que al ver á la muerte fermentaran
el ansia de vivir, matar intentan:
y en lucha formidable con los *wikings*
se alzan y caen: sus heridas cierran,
y vuelven á la lid, y exangües quieren
con más sangre comprar más existencia.

Era de ver al sirio y al mulado (53),
al maadita, y al árabe, y al persa,
cerrar contra el noruego. Allí el Oriente
contra el Norte. Allí el sol contra la niebla.
Pero el Norte da el témpano que aplasta,
y el negro nubarrón la luz que incendia.
Era de ver cuál salta, echando chispas,
el damasquino acero, á la rudeza
del golpe aplastador de la almadana
que esgrime como rayo el de Noruega.
Y era de ver la espada del normando
cual rebana de un tajo una cabeza,
y cual la javelina pasa á un hombre,
y á otro busca despues, y á otro atraviesa.
Hubo lances terribles. Prisionero
Hakon, el de la larga cabellera,
se dispuso á morir, cantando alegre.
Un sirio le cojió por la melena,
al par que un yemenita alzó su hacha
para segarle el cuello. Con presteza

abajóse el normando; y el acero,
que empuñara el del Yemen, le cercena
ambas manos al sirio. Hakon, entonces,
al ver sus brazos entre fuertes cuerdas,
tal patada de oso al yemenita
le dió, que las entrañas le echó afuera (54).
Unos de Upsal hallaron á un camello.
Admiración causóles y sorpresa
el ceniciento, tosco, enorme, hirsuto
y giboso animal. Que era una fiera
terrible imagináronse. Temiendo
su embestida feroz, todos á tierra
se tiran, se agazapan, y arrastrándose
al monstruo ingente, con mudez se acercan.
Su hocico extraño, sus brillantes ojos,
su largo cuello, sus jorobas crespas,
y sus enjutas ancas, y los callos
que su pecho acorazan y sus piernas,
estupefactos ven. Temen su rabia,
y su paz y quietud les desespera.

Un pirata se alzó, dió un alarido
para azuzar al monstruo á la pelea,
y el mísero animal estiró el cuello,
miró al normando, y, luego, en calma terca,
saca y regolfa los hundidos labios;
parece que mastica y saborea.
Y ya el azuzador, y, con él, todos,
al rumiante pacífico asaetean.
El animal, despavorido, emprende
á largos trancos desigual carrera.
Y cae. No ruge, gime. Su agonía
con risas y con saltos se celebra.
Descabezóle el *wiking* con su espada,
y colgó de su cinto la cabeza.
Un *hafl* sorprendió á un niño en el regazo
de su madre infeliz. Con saña horrenda
lo arrojó al aire y lo ensartó en su pica.
La madre al verlo se trocó en mejera.
Saltando sobre el *wiking*, con sus dientes,
le desgarró los ojos en sus cuencas.

Agonizaba la ciudad. Las casas
se iban volviendo funerarias huesas.
De sangre por do quier fuentes y arroyos,
olor de matadero por do quiera.
Erik, el noble escalda, y el *soe Kóngar*,
de *Westpholdinger*, con la atroz ralea,
eran cuchillo y fuego. La mezquita,
templo sin Dios ni altar, ya es una hoguera
cuyos rojos penachos de carmines
bañan de Isvilia la estensión inmensa.
Aquel volcán, cual fúlgida almenara,
es guía de las tropas cordobesas.
Las tropas del hagib, de Muza, el godo,
que tienen órden de matar, y apriesa.
Así mata el *soe Kóngar*. El alcázar
del Cadí sevillano á saco entrega,
y las espadas que rebanan cuellos,
tintas en sangre, cerraduras fuerzan.
Todo es gritar, gemir, correr, postrarse,
huir de la lanza y encontrar la flecha.

El *soe Kóngar* y Erik, mudos de asombro,
fijos miraban insoñable escena.
En medio de un gran grupo de mujeres,
aunque llorosas y asustadas, bellas,
un hombre acurrucado se veía,
viejo, barbudo, de gordura obesa.
Tapujarse quería y zambullirse
de aquella carne en el montón que tiembla,
y todas las mujeres lo amparaban
con ansiedad febril. Pero... ¿quién era?
¿El gallo de lascivo gallinero?
¿Macho rijoso de redil de hembras?
Era el Cadí. Y aquello que se mueve
y que á estatua de hierro se asemeja...
¿qué es aquello? ¿Es un hombre? El rey del *wiking*
le palpa, estupefacto, y le contempla,
y á los dedos se mira, y luego vuelve
sus manos á pasar, con insistencia,
por todo el cuerpo aquel, cuya negrura
no se destiñe ni señales deja.

¿Un hombre negro...? Sí. Pero ¿es un hombre?
Con asco y rabia el *wiking* lo denuesta.
¡El vil eunuco! ¡el miserable apócopo!
¡No es hombre, ni mujer, macho ni hembra!
En aquella sentina de lujuria,
de Odín escarnio y de Natura afrenta,
están unidos en consorcio infame,
la anandria y la priápica torpeza.
Sienten el bardo y el feroz *soe Kóngar*,
al ver tal lupanar, tedio y vergüenza.
¡Que no haya salvación! ¡Todo á la muerte!
Es Natura, no el *wiking* quien se venga.
Mas no herid con la espada. ¡No! Por sangre
podre saldrá de las marchitas venas.
¡Tapiad el antro! ¡Sí! ¡Que en el sepulcro
los gusanos, pudriéndose, se muerdan!

X.

Isa-Ibn-Chohaid y Muza, el renegado,
con las valientes tropas cordobesas,
frente de Isvilia están. Ya del *madjioje*
ha pronunciado el cielo la sentencia.
El árabe es poder, pero es astucia.
Es zorro y es león; es tigre y hiena.
Isa-Ibn-Chohaid dispuso una emboscada,
y Muza ha preparado una sorpresa.
Oculta Isa-Ibn-Chohaid sus aguerridos
flecheros en la agrura de una selva,
y destaca á las órdenes de un jeque
mil africanos que al *madjioje* ofendan.
Si el *madjioje*, aceptando la batalla,
de Isvilia abriese las ferradas puertas,
deben finjir temor, darse á la fuga,
y llevarlos allí, donde él espera.

Y Muza, al mismo tiempo que ellos parten,
con los siriacos escuadrones vuela
á ocupar las llanuras de Toliata (55),
á hacer carbón las naves de Noruega.
Ya rendidos los brazos de los *wikings*
de tundir en la carne sarracena,
y de llenar los barcos de oro y plata,
sienten que el hierro de las armas pesa.
Y entonces comenzaba su desdicha.
Al fin el oso escandinavo encuentra
al árabe león. A su rugido
la oreja aguza y la pelambre encrespa.
Gran masa de peones y jinetes,
al ronco són del lelilí de guerra,
detúvose ante Isvilia. Los ve el *wiking*
y ansioso de barrerlos sale afuera
del muro, en formidable espolonada.
Arde la lucha y la matanza arrecia.
Mas, de pronto, los árabes simulan
cobardemente huir. Con saña ciega

los persigue el *madjioje*, y, ya embriagado,
en la emboscada del hagib penetra.
La agrura entonces con terrible vida
se yergue contra el *winking*. Toda en ella
es destrucción; los árboles machacan,
corta el espino, el pedernal golpea.
Todo hiere y sofoca y descuartiza.
Isa-Ibn-Chohaid, con sus caballos, cierra
la retirada al *wiking*. Y otros jeques
de Isvilia el muro ensangrentado huellan.
Entró el hagib con sus invictas tropas
en la ciudad, que de esperanza alienta.
Sorprendióse el normando. Su *soe Kóngar*
acude furibundo á la pelea,
y empuña el bronco, resonante cuerno,
y sus zumbidos el espacio atruenan.
Y oye el *soe Kóngar* entre horrible grita,
voces que ayuda, sin cesar, impetran.
¿Thor puede ser vencido? ¿Su almadana
cayó rota en el polvo? ¡Ay, de Noruega!

Un *hafl* corrió al *soe Kóngar* y le dijo:
—*Los caballos del mar* (56) son ya una hoguera.
—¿Qué hablas, Himphring?—le respondió el *soe Kôngar*.
—Mira al cielo. ¿Qué ves?
—¡Humo que vuela!
—¡Humo son ya tus naves, *Westpholdinger*!
¡Ya no eres rey del mar, ínclito Régnar!
El *soe Kôngar* quedó mirando al cielo,
dió un alarido, y luego, con serena,
magestuosa voz, clamó:—¡*Valkirias* (57)!
que á caballo cruzais la azul esfera,
amparo de los *wikings* valerosos,
consoladoras vírgenes guerreras,
meteos en el humo de mis naves,
y el sol oscureced con su tiniebla!
¡*Valkirias*, acorredme! En vuestros brazos
quiero adormirme, entre la sombra eterna.
¡Llevadme con vosotras! ¡*Westpholdinger*,
el sol de este país tus huesos hiela!

XI.

Muza incendió las naves del normando.
Mucha tropa tendió por la ribera,
y con el resto en la ciudad metióse.
La gente siria sin cesar degüella.
Y todo mata. Del *madjioje* en contra
todo es cuchillo, y dardo, y fuego, y piedra.
Y todo es un clamor que aterroriza,
y un rechocar de hierros que amedrenta.
Para un *madjioje* cuatrocientos árabes,
mil, dos mil, muchos más. El sol, la tierra,
el aire, el fuego, el agua, ¡horror de horrores!
le asfixian, y le ahogan, y le tuestan.
¿Dónde está Thordisphield, el *hafl* valiente?
¿Dónde Hakón y Sigurd? ¿Por qué no suena
la voz de Ranghenir? Porque las Nornas (58)
dijeron—¡no hables más! ¡muda es la huesa!—

¿Dónde está Erik? ¿Á Erik ninguno ha visto?
¿La Muerte de su harpa hirió las cuerdas?
¿Dónde el escalda está?

XII.

Llama el cadáver
a grajo vil, la flor llama á la abeja,
la fuente el arroyo, el mar al río,
y lo inefable al alma del poeta.
En el báratro aquel, en que rugientes
gritan la imprecación y la blasfemia,
sólo Erik escuchó, con ritmo vago,
voces suaves y de encantos llenas.
¿De dó brotaban los sublimes ecos
que su indomable espíritu enagenan?
De allí, de aquel hogar... En sus umbrales
también la sangre derramada humea.
¿Acaso allí la Muerte entristecida

arrulla los ensueños de la huesa?
¿Qué significa el misterioso canto?
Erik pasó el umbral. Su afán le quema.

XIII.

Un corredor sombrío, un patio extenso,
una ancha estancia, en la penumbra envuelta.
Rastros de sangre por do quier. Cual lirios
que tronchó el vendabal, mujeres muertas.
Contiene Erik su aliento. Ávido escucha,
débil cantiga, dolorosa endecha,
acento seductor, pero ¡ay, qué triste!
Aquel rumor, al arrullar, se queja.
Erik entró en la estancia. De rodillas
ve prosternadas pálidas doncellas,
corderillas que el lobo ha perdonado,
rosas que no arrancara la tormenta.

De rodillas están. Tienden los brazos
y las miradas suplicantes, tiernas,
hacia una cruz donde se ve enclavada
una estatua, una efigie de madera,
retratando á un mortal en un martirio
que el *viking* no soñara en su crudeza.
Otra vez vió aquel hombre lacerado.
Otra vez vió su cruz. Allá, en la cresta
de un escarpado cerro de Neustria,
y en Galicia también, y en otras tierras...
Pero jamás así. Nunca rendidos
vió á sus piés la hermosura y la pureza.
Y en el harpa de Erik vibró una nota.
Miraron al escalda las doncellas,
y huyeron; menos una, que abrazada
quedó á la cruz, como al ciprés la hiedra.

XIV.

¡Qué suave encanto tenía
por la fe con que abrazaba
á aquella escultura fría!
¡Y cómo al que muerto estaba
quizás el vivir pedía!

En sus ojos ¡qué fulgor!
¡Qué inefables embelesos
de ternura y de candor!
Y al muerto aquel ¡con qué amor
le daba en los piés mil besos!

¿Quién era aquella mujer?
¿Qué hogar era aquel hogar?
¿Quién el muerto puede ser?
¿Por qué allí se siente arder
el bardo en ansias de amar?

. . . .

La mujer, pura azucena.
Alma noble y generosa,
que á esclavitud se condena,
para darse por esposa
al muerto que la enagena.

Visten su cuerpo las galas
más sencillas, negros tules.
¡Virgen, que aromas exalas,
qué blancas tienes las alas
para los cielos azules!

Aquel hogar no es de duelo;
es un refugio escondido,
un oasis de consuelo;
en la tierra, oculto nido
de las palomas del cielo.

El supliciado es amor,
y por amor, caridad,
y por caridad, dolor.
¡El muerto es el Redentor
de toda la Humanidad!

. . . .

Erik, el bardo, sentía
suave emoción, y, sin calma,
un són inefable oía:
era el himno que latía
en el plectro de su alma.

Himno dulce y vagoroso,
que apagando la fiereza
del pirata valeroso,
con arpejiar misterioso
le llenaba de tristeza.

Cántico jamás oido.
Van en sus notas divinas
de la virgen el quejido,
y dardos de las espinas
que en el muerto se han hundido.

Y el suavísimo concento
infunde en su pensamiento
los fulgores de la aurora...
Y á la cruz y á la que implora

ve con mudo arrobamiento.

Aquella hermosa mujer
tan pura, tan virginal,
que á un mártir entrega el sér,
bien le deja comprender,
que aquel muerto es inmortal.

Si ella busca eterna palma,
de aquel mártir yendo en pós,
su razón le dice, en calma,
que sólo se entrega el alma
á un muerto, si el muerto es Dios.

¡Lo ha de ser! Rígido, inerte,
le contempla; pero advierte
tras de Él brilladora luz.
Un Dios que busca una cruz
para trono, es un Dios fuerte.

Entonces á su memoria
acude olvidada historia.
De aquel Dios recuerda el nombre.
Recuerda que su victoria

fué la de humillarse al hombre.

Un Dios que quiso morir,
sin duda, para salvar
á quien plugo redimir.
Y un Dios que acepta el sufrir
es un Dios que se hace amar.

Y fascinado, atraido
por el invencible encanto
de un afán desconocido,
clamó:—¡Mujer, seca el llanto,
que está ese muerto aflijido!

Tu pudor y tu ternura
me hacen que en tí adore yo
lo ideal de la hermosura.
¡Ven! El bardo respetó
á la mujer, siendo pura.

¡Ven! Tú eres flor de pureza.
No eres de la raza vil
que castigué con crudeza,
porque trocó, en su torpeza,

el hogar en un cubil.
¡Ven conmigo! Enseñarás
al bardo á no aborrecer.
Tus himnos me cantarás,
y escuchándote, quizás
en tu Dios llegue á creer.
Partamos. No temas nada.
No agravios te he de inferir.
Con mujer inmaculada
sabe el normando dormir
poniendo en medio una espada (59).
Y contra el seno la aprieta,
y la levanta en los brazos
y sus terrores aquieta,
y con su harpa en dulces lazos
la une el afán del poeta.
Junto á sus cuerdas caida
va la virgen dolorida,
y su sér encantador
parece nota prendida

en el plectro del amor.

XV.

Al salir del mozárabe convento (60),
Erik, el bardo, que olvidó un momento
la realidad, tortura del poeta,
ve, con pasmo y angustia indefinibles,
un cuadro horripilante y congojoso,
que el corazón le aprieta.
Aquello no es verdad. Son los terribles
fantasmas de un ensueño pavoroso.
Entre una turba de árabes soldados
ve Erik los *hafls* valientes,
honor de *Westpholdinger*, aherrojados,
heridos, polvorientos, desangrados,
con trágica mudez y ojos hirvientes.
Osos por el león desjarretados.
Sobre sus mustias, abatidas frentes,

la de Régnar alzábase orgullosa.
El *soe Kóngar* la muerte desafía.
El rey del mar, con alma valerosa,
indómito se muestra en la agonía.
—¡Régnar!—gritóle Erik—¡Régnar! El viejo
miró al escalda, y con terrible dejo
de escarnio y de amargura aterradora,
exclamó:—¡Ya me ves! Nos han vencido.
Escalda, Erik, ¿qué cantarás ahora?—

. . . .

Los soldados y el pueblo, un alarido
soltaron de furor y de contento,
y—¡un *madjioje*!—gritaron—
y cual alud de un monte desprendido,
al umbral del mozárabe convento
en tropel clamoroso se lanzaron.
Erik quiso luchar, pero tenía
en sus brazos á Amor, en la doncella,
y en el plectro, á la dulce Poesía.
Hallóse inerme ante la fuerza bruta,

y vencido cayó. Pero en combate
heroico disputa
los dos tesoros que adoró sin calma:
el plectro que al compás de su alma late,
y la mujer que es himno de su alma.
Pueblo y soldados, con horrible grita,
ven la angustia anhelosa del *madjioje.*
Le arranca la mujer un yemenita
y un tosco beduino el harpa coje,
y rota en un fangal la precipita.
Erik lanzó un gemido,
miró al *soe Kóngar* y con voz de llanto
murmuró:—¡Rey del mar! en cieno hundido
queda el postrer sollozo de mi canto.
¡*Westpholdinger* por siempre ha enmudecido!

. . . .

—¡Soltad á la mujer!—exclamó un sirio.
Pero una harpía, con figura humana,
gritó:—¡Mueran los dos! ¡Esa cristiana
no rechazó los brazos del pagano!

—¡Á la muerte los dos!—clamó la turba,
á quien nunca á matar se excita en vano.
Y la mujer, ó presa del delirio,
ó por sentir la fiebre del martirio
que el cordobés Eulogio enardecía,
—¡Soy cristiana!—decía—
¡quiero morir por Cristo! Y, palpitante,
el bardo contemplaba su hermosura,
y en medio del rigor de su amargura,
en éxtasis de amor, le embebecía
la expresión de su místico semblante.
Ignora lo que dice, mas lo siente.
Ella al Dios muerto y lacerado invoca
con plegaria purísima y ardiente.
El plectro que el perdió vibra en su boca.

XVI.

Y ella y él, con los *wikings* en trailla,
partieron de aquel sitio entre el tumulto
del popular, que venga la mancilla
del miedo que le ahogó, con la cuchilla
de la torpe amenaza y del insulto.
Por los zocos y calles que pasaban
los vencidos *madjiojes* contemplaban
cuán grande era su estrago y cual crecía.
Entre cadenas y soldados fieros,
en confusos rebaños se apretaban,
esquivando el tajar de los aceros.
Y la ciudad los vomitó. ¡Terrible
cuadro de angustias, que á piedad movía!
Entre árabes y sirios y africanos,
con grillos en los cuellos y en las manos,
abrasados de sed inextinguible,

y lanzando gruñidos cavernosos,
lentamente y en áspera manada,
iban del Norte los tremendos osos
á morir en los llanos de Tablada.
Detrás, y su rencor paladeando,
toda Isvilia, con júbilo salvaje,
niños, mujeres, viejos, jadeando,
por herir con la piedra y el ultraje.
Los *madjiojes* volvían la cabeza,
  miraban con rabia y con tristeza
la no inulta ciudad. ¡Arden sus ojos!
¡Del río la humareda está brotando!
¡Humo y tizones rojos
son las terribles naves del normando!

. . . .

Erik al lado de la virgen bella
marchaba taciturno y caviloso,
contemplando, tenaz, de la doncella
el pálido semblante doloroso.
El *soe Kóngar* le dijo:—¿Te ha hechizado?

—¡No!—exclamó Erik—mas pienso, en mi querella,
que si vas tu á morir, porque has matado,
por un Dios que murió va á morir ella.

XVII.

Llegó la noche. El campo de Tablada
de inmensa muchedumbre está relleno.
Las tropas del hagib, de Muza, el godo,
guardan á los *madjiojes* prisioneros.
En un redil está de agudas lanzas
el informe rebaño, que da miedo.
¡Allí está *Westpholdinger*! Sus ahullidos
retumban con estrépito
en la lejana Isvilia, de las madres
y las esposas azorando el sueño.
El *soe Kóngar* y Erik y la cristiana,
cada cual con distintos pensamientos,
mudos contemplan el horrible cuadro

que hizo á la luna huir, para no verlo.
Está el mísero enjambre entre el anillo
de masas de guerreros,
que tienen los alfanjes y las picas
siempre tocando á los inermes pechos.
Detrás de los soldados, y á distancia,
hogueras mil de resplandores trémulos.
Y á su fulgor se ven, con tintas rojas,
en convulso, fantástico hormiguero,
ambular africanos, beduinos,
persas, árabes, negros,
saltando de la luz á la tiniebla,
como hiladas de espectros.
En montañosa fila, acurrucados,
los dóciles camellos,
aspirando el olor de las palmeras,
gala de los oasis del desierto.
Negras masas, sin formas ni contornos,
y por do quier el vivo centelleo
de las fúlgidas armas de los sirios,

que cruzan á caballo el prado extenso.
Y confuso clamor, gritos, blasfemias,
cantares y lamentos,
ahullar de lobos, imprecar de Furias
y hondos suspiros que parecen truenos.
De vez en cuando, al condenado enjambre
se acercaba un tropel de hombres siniestros,
larvas de la tiniebla, y en la sombra
llevábanse *madjiojes*, ciento á ciento.
Y el *wiking* que marchaba, no volvía.
Y entre el discorde y zumbador estruendo
repercutían sones pavorosos;
los lúgubres y huecos
ruidos que hace el verdugo,
y el frío cavador de cementerios.
¡En hato la piara
se iba rápidamente convirtiendo!
Erik temblaba de dolor. Veía
de la virgen cristiana el rostro bello.
¡Ay! sus labios que se abren como rosas,

y sus ojos que brillan cual luceros,
van de la muerte á ser. ¡Desventurada!
Y del escalda sollozó el aliento.
Y repitió el *soe Kóngar*:—¡Te ha hechizado!
¡Canta y olvida lo que ya es un sueño!
¡Invoca á las *Valkirias*!

—Sí, *soe Kôngar*.
¡Invicto rey del mar! ya te obedezco.
Oye de las *Valkirias* tejedoras
los sepulcrales ecos.

. . . .

Y así cantó el escalda, y los *madjiojes*
oir á las Nornas salmodiar creyeron.

Tejamos, tejamos
un fúnebre lienzo,
de tripas humanas,
de rotos pellejos.
Tejamos, tejamos
un fúnebre lienzo.

—

Los hilos son carne,
los garfios son huesos,
las cárcolas picas,
los peines aceros.
Fugaz lanzadera,
de extremo en extremo,
tajante una espada
veloz va corriendo.

—

Tejamos, tejamos
un fúnebre lienzo,
de tripas humanas,
de rotos pellejos.
Tejamos, tejamos
un fúnebre lienzo.

—

¡Aprisa! que falta
la tela está haciendo.
Tejamos, tejamos
el fúnebre lienzo.

¡Qué espesa es la urdimbre!
¡Qué enorme! ¡qué negro!
¡qué fuerte sudario
tendrán los guerreros!

—

Tejamos, tejamos
el fúnebre lienzo,
de tripas humanas,
de rotos pellejos.
Tejamos, tejamos
el fúnebre lienzo.

—

¡Aprisa! ¡Qué llegan
los ávidos cuervos!
Mas ¿qué es lo que mana
del fúnebre lienzo?
¡Es sangre, sí, sangre!
que tiñe los dedos,
que ciega los ojos,
que salta al cabello.

¡Es sangre, sí, sangre!
¡Los *wikings* han muerto!

—

Rompamos las cárcolas.
¡Huyamos! ¡Volemos!
Un mar es rojizo
que sube hasta el cielo.
¡Ay de *Westpholdinger*!
¡Tus *wikings* han muerto (61)!

XVIII.

Solos estaban ya Régnar, el bardo,
y la hermosa mujer. También por ellos
llegaron, entre sombras, los fantasmas.
Del redil de la muerte á poco trecho,
el bardo tropezó. Y ¡horror de horrores!
al dar en tierra, mujidor resuello
escuchó junto á sí, y una voz bronca

que dijo:—¡tu eres *wiking*, no te muerdo!
¡Oh, espanto! aquella tierra está empedrada
de cabezas humanas. Todo el suelo
está erizado de insoñables formas.
Son hongos gigantescos
que tienen alma, vida, bocas, ojos,
en horrible, convulso movimiento.

. . . .

Se alzó Erik aterrado. Los verdugos
al tronco de una palma le ciñeron,
y en otra, enfrente, á la mujer. Al noble
rey de la mar, al victorioso viejo,
en un hoyo arrojáronle, y de tierra
hasta más de los hombros le cubrieron.



XIX.

Alboreó. Y entonces el escalda,
de la aurora á los cándidos reflejos,
vió el hórrido trabajo de la Noche.
De las palmas colgaban *wikings* muertos.

Otros, cual él, atados, martillaban
los craneos duros en los troncos secos...
Y en la tierra... ¡mil rostros removían
las erizadas matas de cabellos!
Y ella de horror transida, agonizante,
y convertido en oración su aliento,
buscaba con sus ojos, ya sin lumbre,
al Dios vencido en el espacio inmenso.

. . . .

Y salió el sol. El sol que allá en la costa
del mar de Cádiz deslumbró al noruego,
¡el sol de Andalucía! ¡el sol divino
cuyo besar penetra hasta los huesos!
Sonaron atabales y añafiles.
Las huestes sarracenas se movieron,
y á los gritos de Muza, el renegado,
en súbito escuadrón, que rasgó el viento,
los veloces caballos de los sirios
en galopar alígero partieron.
Entonces, cual topera formidable

rebulló todo el suelo.
Las trágicas cabezas de los *wikings*,
en acción de epilepsis, se volvieron,
giraron en las órbitas sus ojos,
se erizaron en punta sus cabellos,
sus bocas con zumbidos de cavernas,
exhalaron volcánicos resuellos,
y el escuadrón siriaco, como tromba
de carne y furia y hierro,
pasó entre polvo y estridentes voces
sobre el humano empiedro.

. . . .

. . . .

—¡Venganza!—rugió Erik.—Miró anheloso
de la virgen cristiana el rostro yerto,
y—¡está muerta!—clamó.—¡Con qué dulzura
llamó á su Dios en el gemir postrero!
¿Dónde tu Dios está...? Yo al supliciado,
al Dios fuerte y vencido, á tu Dios muerto
quiero encontrar por tí. No le conozco.

Mas le adoraste tú... ¡Mi alma le entrego!

. . . . , ...

XX.

Vino la noche. Entre sus nieblas frías
se escucharon ahullidos y aleteos.
Surgieron en Tablada horribles sombras...
Eran de Odín los lobos y los cuervos.



NOTAS

LAS ALFARERAS

1-(Pág. 11) El lacustre lugar que pobló Alcides

Hispalis vero á situ cognominata est, eo quod in solio Pallustri susfixis pro fundo Palis locata sit, ne lubrico atque instabili fundamento caderet. SANCTUS ISIDOR. *lib. 5. Etym Cap. I.*—Inde procedens ad Bethicam, in planicie que Bethi flumine irrigatur civitatem Hispalim erexit, nomen adaptans eo quod prima habitacula pallis suppesitis tegimen suscederunt.—RODERICUS ARCHIEPISCOPUS TOLETANUS. *Lib. I. cap. 5.*—El moro RASIS dice: Quando Hércules fundó á Sevilla, fundola sobre madera é pusole nombre de Isla de palos.—RODRIGO CARO.—*Antigüedades de Sevilla: libro 1.º fol. 4.º*—ESPINOSA DE LOS MONTEROS, historiador particular de Sevilla, afirma siguiendo las opiniones de Beroso que: «Hércules el Egipciano fundó á Sevilla cuando vino á esta provincia á vengar la muerte de su padre Osiris.» El Hércules de nuestras tradiciones es el Melkart ó Melicerte de los fenicios, según la mayor parte de los historiadores.

2-(Pág. 12) del dividido y caudaloso Betis

Es cosa evidente que dividido el rio en dos partes, el mayor brazo de su corriente entraba por donde ahora están hechos los reparos y terraplenes de la Almenilla, al se-

tentrión de la ciudad, porque allí viene derecha la antigua madre del rio, y bate con toda su furia, (como detenida violentamente y contra su natural curso), que á lo que parece, entraba derecho por allí é iba por la Alameda y calle del Puerco hasta el barrio del Duque, y de allí por la calle de las Sierpes hasta la plaza de San Francisco y puerta del Arenal, ó por allí cerca, donde se juntaba con el otro brazo más occidental, dejando toda aquella parte, que hoy es ciudad, hecha isla. Esto se manifiesta más, porque en muchas partes, abriendo zanjas en lo profundo, hallan arena lavada, que es señal de la antigua corriente del rio.—RODRIGO CARO.—*Antigüedades de Sevilla.*

3-(Pág. 12) El dios sin nombre

ESTRABON. *Lib. III.*—SAN AGUSTIN cuenta á los españoles entre los pueblos antiguos que conservaban la noción clara de un solo Dios, autor de lo creado, incorporeo, incorruptible. *De civitate Dei. Lib. XXIII. Eruditissimis comentariis per Joanem Ludovicum Vivem ilustrati. Lib. 8. c. 9. col. 451.452.*

4-(Pág. 12) y Neton

Por el testimonio de MACROBIO *(Saturn. lib. 1. cap. XIX)* y monumentos hallados en Acci (Guadix), Neton fué adorado por los accitanos.—El PADRE FLOREZ. *(España Sagrada. tomo VII. fol. 9)*, asegura que los accitanos recibieron de los egipcios la voz Neton, la cual significaba el toro, monumento en el que adoraban al Sol.—Aunque el maestro MARTÍNEZ (*Disertación sobre el dios Endovellico)*, dice haber observado que Neton se ha escrito con las variantes de Necym, Necum, Nicom, y lo que parece nombre propio es dictado ó atributo; Necis significa lo mismo que *mortifer*, y Nicos equivale á *contentio.* Si se busca el verdadero orígen de la voz Neton en hebreo,

que denota *perfecto*, coincide con lo dicho por Macrobio *(Saturn. lib, I. cap. XXI)*, de que los egipcios sacrificaban al Sol un toro llamado Neton, el buey Apis.—Masdeu.—*Historia Crítica de España.*—Este autor nombra á Neton, Neci y Netaci, según inscripción hallada en el Padrón.—Romey llama además á Neton, Neci y Netau.

5-(Pág. 12) y Endovéllico

Este dios ha trabajado mucho la imaginación de los eruditos mitólogos. Machado Araujo. *(Memorial á Felipe IV.)* Frent, *(Mem. des Inscriptions)* el Padre Contador de Argote *(Antigüedades de Braga, lib. IV. cap. I.)*, el padre Florez, *(España Sagrada, tom. IV. pag: 38)*, y el padre Montfaucon, *(tomo II. lib. V. cap. VII)*, de quienes habla Martínez Pastor en disertación luminosa, todos han procurado ilustrar el origen de esta deidad, célebre por sus numerosas inscripciones halladas en Villaviciosa de Portugal.

6-(Pág. 12) la humilde turdetana teogonía

Véase sobre este punto á Masdeu.—*Historia crítica de España.*

7-(Pág. 12) Á Isis fecunda que el egipcio adora

P. Florez. *(Medallas de España, parf. 2.° pags. 620, 621, 622 y 623.)* Guichot *(Historia de la Ciudad de Sevilla. tomo 1.° cap. IV. pags. 95, 96, 97 y 98.)*

8-(Pág. 12) á Melkart, protector de la Fenicia

Mignot. *Memoires sur les Pheniciens.*—Gesenius. *Monumenta Phenicia.*—C. P. Ticle. *Histoire comparée des anciennes religions.*—Carrasco. *Mitología universal.*

9-(Pág. 12) á Salambona, que escuchó las voces
de los guerreros que mandara Amilcar,

Salambó. GUSTAVO FLAUBERT, y autores citados en la anterior nota.

10-(Pág. 12) El gran César dió nombre á la fortísima
muralla

Recuerdo los versos popularísimos que se hallaban esculpidos en la puerta de Jerez:

Hércules me edificó,
Julio César me cercó
de muros y torres altas,
y el Rey Santo me ganó
con Garci Perez de Vargas.

11-(Pág. 12) Pequeña Roma la llamó el coloso

GUICHOT.—*Obra citada.*—ALONSO DE MORGADO.—*Historia de Sevilla.*

12-(Pág. 14) las vasijas
que el garo encierran,

Garum. Salsa de los intestinos de los peces, de la sangre y de todo lo que se había de echar en sal.—ATHENEO, ESTRABON, HORACIO, MARCIAL y PLINIO celebraron muchas veces este manjar de nobles y gente rica, que se vendía en Roma á razón de treinta y cinco escudos cada tinaja de dos congios, que pesaría unas doscientas y cuarenta libras. Los romanos lo llamaron el *Garo de los Socios*, no porque podía darse á los españoles, que lo hacían, el nombre de Socios del Pueblo Romano, como han interpretado varios eruditos con sobrada generalidad, ni porque hubiese, como sospechó el Padre Harduino, una Sociedad de arrendadores sobre todos los derechos que

se pagaban por la introducción del *Garo*, ni porque los romanos lo comían en alegres *Sociedades*, sino porque lo vendía en Roma una Sociedad ó Compañía de Negociantes Españoles.—MASDEU.—*Obra citada.*

13-(Pág. 14) Las muy famosas lanas erytreas

La excelencia de aquellas lanas fué, á juicio de algunos, la que en tiempo de los griegos dió al famoso río, conocido hoy con el nombre de Guadalquivir, el de *Betis* y á toda la Andalucía el de *Bética*, del vocablo griego *beti* que significa *pelleja* ó *Beta*, Vellocino; de donde se originó que los antiguos llamaron *Betico* ó *Beticato* al color de oro mezclado de un rojo templado propio de las lanas de Andalucia, como claramente se colije de PLINIO, de AULO GELIO y de FESTO POMPEO, los cuales llaman aquellas lanas ora *rutilas* del color rubicundo de la aurora, ya *Erytreas*, por la semejanza en el color, según algunos creen, con el mar rojo.—MASDEU.—*Obra citada.* —El nombre de lanas Erytreas es más probable que tenga su orígen de Erythia ó Erythea, antiguo nombre de la ciudad de Cádiz.—*Nota del mismo autor.*

14-(Pág. 14) Las granadas de Pésula y de Ilipa.

Pésula, hoy Salteras.—MASDEU.—*Obra citada.*—Ilipa, hoy Cantillana.—CORTÉS Y LÓPEZ.

15-(Pág. 14) los aceites de Astijis y de Carmo.

Astenas ó Astijis, hoy Ecija.—Carmo, hoy Carmona.—CORTÉS Y LÓPEZ.

16-(Pág. 14) los vinos de Callentum y Carisa.

Callentum, hoy Cazalla.—Carisa, hoy Despoblado entre Bornos y Arcos.—Autor citado.

17-(Pág. 15) las naranjas dulcísimas de Orippo.

Torre de los herberos.—Autor citado.—Dos-Hermanas, según otros autores.

18-(Pág. 18) el de Cirene que trafica en *silphium*

Nombre griego del lacerpicio, planta de la Siria, Armenia, Media y Lidia, de la que se saca el licor llamado páser, asa y benjuí, que es medicinal.—PLINIO.

19-(Pág. 18) con la *hek nezem* se embriagan

Cerveza dulce.—EBERS.—*La hija del rey de Egipto.*

20-(Pág. 21) Tras del templo de Isis

MONTFAUCON.—*L' antiquité expliquée. t. I. p. I. Prologue p. XXIII, f. 2. p. 2. lib. 1. cap. 19. pag. 324-325.—Divinidades romanas. Tomo 5, pag. 19, 20, 21, 22.—Historia crítica de España.*—MASDEU.—¿Hubo templo de Isis en Sevilla? Creemos que sí y no hemos encontrado nada en contrario. Perdónesenos la edificación del colegio sacerdotal y la estructura de éste, del templo y de los jardines, que no podrían comprobarse con reliquias de monumento alguno.—DURUY, en su *Historia de los Romanos* habla de lo estendido que estaba el culto de esta deidad. En el siglo tercero tenía santuarios hasta en Germania.

21-(Pág. 25) vacas y gatos obeliscos,

El gato era sin duda el más sagrado de los muchos animales sagrados de los egipcios. Los cadáveres gatunos fueron momificados y sepultados cuidadosamente. La diosa Pajt (Sejet y Bast) se representaba con una cabeza de gata.—EBERS—*La hija del Rey de Egipto.*

22-(Pág. 30) despues que un genio alado de la muerte
de mano en mano, recorrió aquel círculo.

HERODOTO II, 78; PETRONIO, *Satiricon, c. 34;* NICOL DAM. *orat. I.* WILKINSON. II, 410, reproducen algunas de estas momias que se han conservado en gran número. LUCIANO vió cómo las pasaron de mano en mano en un convite. Parece que los griegos de Alejandría adoptaron esta costumbre embelleciéndola, porque en lugar de una momia pasaban un genio alado de la muerte.—EBERS.—*La hija del Rey de Egipto. Nota 134. tomo 1.°*

23-(Pág. 30) La muerte al hombre acecha.

«Deja atrás todos los pesares, piensa en los goces hasta que llegue el dia del viaje que conduce al reino donde gusta el silencio.» Así se lee en la tumba de Neferhotep en Abel-el-Guruah.—EBERS.—*Obra citada.*

24-(Pág. 31) que adoran en los craneos de jumentos.

«Oigo decir que veneran la cabeza del animal más innoble (el asno), consagrada á sus ojos por la más necia de las creencias.—Un niño cubierto de pasta y de harina, para engaño de los que no están aún iniciados, está colocado delante del neófito, se le incita á herir; la harina cubierta hace creer en todo lo que puede haber de más inocente, el niño perece bajo golpes ocultos, ciegos. Y entonces lamen ávidamente su sangre, arrancan sus miembros, etc.»—MINUCIUS FELIX.—*Octavius. 9-12.*—Debe leerse la admirable defensa que de los cristianos hizo TERTULIANO, y las cartas de PLINIO á Trajano.

25-(Pág. 33) mortal ninguno
mi velo levantó

Histoire des vierges.—JACOLLIOT.

26-(Pág. 34) Muslos y frente
aun debe de tenerlos doloridos

Diálogo de los dioses.—Luciano.

27-(Pág. 35) ¿Por qué llenar la vida trabajosa
de afanes tan inútiles?

Eurípides.—*El Cíclope.*

28-(Pág. 47) á la enseñanza que dieran
los dioses con sus ejemplos.

Ovidio no quiere que las doncellas vayan á los templos, porque verían allí á cuantas hizo madres Júpiter. *Quam multas matres fecerit ille deus. (Trist., lib.* II.)—Los ladrones, los homicidas y los demás criminales tenían sus protectores en el cielo. «Hermosa Laverna, enséñame el arte de engañar y de que me crean justo y santo.» Horat. *ep.* XVI. *lib.* I.—Los misterios de Adonis, de Cibeles, de Priapo y de Flora se representaban en los templos y en los juegos consagrados á las mismas divinidades. Veíase á la luz del sol lo que se oculta en las tinieblas y el sudor del oprobio helaba alguna vez el infame denuedo de los actores.—Lactant. *De falsa Religione.*

29-(Pág. 50) los viles frumentarios

ó *frumentadores*, que eran los que teniendo propiamente el oficio de abastecer al ejército de todo lo necesario, servían al mismo tiempo para velar sobre las acciones de los particulares.—Masdeu.—*Obra citada.*

30-(Pág. 51) Sé que la sangre es semilla
de cristianos

Tertuliano.—*Apologética.*

31-(Pág. 5.) que dura espina le infiriera aleve

Celoso Marte de que Venus prefiriera á Adonis, le metamorfoseó en javalí y le mató yendo de caza. Venus tiene noticia de lo ocurrido, dispónese á darle socorro pero llega tarde; inconsolable con tal desgracia, oculta el cuerpo de su favorito bajo de unas malvas y lechugas, metamorfoseándole después en anémona: mas como en esta ocasión la diosa se hiriese con las espinas de un rosal, la sangre que fluyó de su herida cambió en rojo el color de las rosas que hasta entonces eran blancas.—CARRASCO.—*Obra citada.*

32-(Pág. 58) El *calator*

El llamador, convocador, mandadero, siervo público que servía de este oficio á los sacerdotes.—SUETONIO.—*Calatores* (R. *calare*, llamar, gritar,) bedeles con la principal obligación de hacer cesar los trabajos interin los sacrificios.—CARRASCO.—*Obra citada.*

33-(Pág. 58) y el *pausario*

el que en Roma arreglaba las pausas de las procesiones solemnes.—CARRASCO.—*Mitología Universal.*—*Pausarius.* (R. *pausare.*) Pausar, hacer pausa ó intermisión, interrumpir, cesar, detenerse, parar en lo que se está haciendo.—PLAUTO.

34-(Pág. 58) *himnodas*

Las himnodas ó cantantes, eran tres doncellas como en las fiestas de Palas, ó coros de ambos sexos, como en las de Apolo. A veces entonaba el mismo poeta, ó los sacerdotes con sus familias como en Delfos y Delos: era costumbre que los sacerdotes solos acompañasen con sus voces los sonidos de las flautas y otros instrumentos.—CARRASCO.—*Obra citada.*

35-(Pág. 58) en son de antifonía,

La sinfonía *vocal* ú *omofonia*, era cuando las voces se entonaban unísonas, pero se llamaba *antifonía*, cuando cantaban en octava ó en doble octava.—CARRASCO.—*Obra citada.*

36-(Pág. 58) *Sitícines*

Los que honraban á los muertos con cantos lamentables junto á sus sepulcros.—La *tuba*, clarin ó trompeta, instrumento de aire, de figura derecha, que los *sitícines* tocaban en los funerales.—CARRASCO.—*Obra citada.*

37-(Pág. 60) *los jardines*
que *de Adonis* llamaron los de Biblos.

Entre otras ceremonias practicaban la de los *Huertos* ó *Jardines de Adonis*, que consistía en llevar tiestos ó macetas con tierra sembrados de trigo, frutos, flores, yerbas, arbustos, hinojo y lechuga, siendo necesaria esta última hortaliza, porque sobre ella recostó Venus á su querido Adonis: estas ofrendas arrojadas en una fuente ó pozo, ó como dice Teócrito, en el mar, daban por terminadas las fiestas, que duraban ocho días.—CARRASCO.—*Obra citada.*

38-(Pág. 67) yo sangre ofrezco al imperial edicto.

La persecución que comenzó bajo el poder de Diocleciano y continuó seis años despues, fué verdaderamente formidable. Se le dá por causa el odio de una vieja (la madre de Galerio, celosa pagana á quien Lactancio llama *deorum montium cultrix*), con la crueldad de Galerio y la debilidad de espíritu del emperador, ya viejo; pero, muy al contrario, fué una medida de gobierno muy re-

flexionada, y la aplicación de una política dos veces mala, porque derramó la sangre injustamente y porque al fin no consiguió su objeto.—DURUY.—*Historia de los Romanos.*—Publicóse el edicto de persecución en Nicomedia. Un cristiano indignado lo arrancó y lo desgarró profiriendo mil invectivas contra los príncipes. «¡Hé aquí los boletines de victoria contra los godos y los sármatas!» decía en són de burla. El cristiano fué quemado en un brasero. Poco tiempo despues se prendió fuego al palacio y quince días más tarde estalló otro incendio cerca de las habitaciones de Diocleciano. Lactancio acusa de él á Galerio, que imputaba este crímen á los cristianos para irritar contra ellos al Emperador. La persecución fué espantosa. Daciano y Diogeniano se distinguieron entre los crueles sicarios de Diocles, no obstante que DURUY opina lo contrario.—Las actas del martirio de Santas Justa y Rufina las inserta el P. FLOREZ en su *España Sagrada.*

la triste cárcel obscura,
39-(Pág. 68) espanto de malhechores

Todos los años la piedad sevillana visita fervorosamente *las cárceles.* Allí asegura la tradición que estuvieron Santas Justa y Rufina presas por órden del Procónsul Diogeniano. Y allí se dice que murió la mayor de las santas hermanas. En el sitio que ocupó antiguamente esta cárcel, se conserva todavía una cueva dividida en dos ramales, y en el extremo de uno existe el pozo, cuya agua beben los sevillanos con mucha fe por los beneficios que con ella han experimentado en sus enfermedades. En este mismo sitio cuyo horror sirvió de tormento á las dos santas hermanas, ha edificado despues la piedad un altar en honor suyo.—CROISSET.—*Año cristiano.*

40-(Pág. 73) el enorme anfiteatro
del hispalense pueblo orgullo impío.

Los anfiteatros (R. *amfi.* derredor; *thein*, mirar), en Roma vastos edificios para dar al pueblo los espectáculos de gladiadores, luchas de animales y á veces ejercicios náuticos, eran, según Plinio, de forma circular ú oval, hechos por la reunión de dos teatros semicirculares. La *arena*, así llamada por estar cubierta de arena fina, fué la plaza oval que había en medio y servía para los combates: la *Sylva*, según Vopisco, era un espacio de la arena que estaba plantado de grandes árboles, muy parecido á una selva, á todo lo cual circuía un muro de doce á quince piés de elevación. Entre el muro y la arena estaba el *Euripus*, canal abierto lleno de agua, para impedir que las fieras se arrojaran sobre los espectadores.—CARRASCO.—*Obra citada.*—¿Hubo anfiteatro en Sevilla? Si atendemos á la tradición religiosa del martirio de las Santas Patronas, y á lo que afirman algunos antiguos historiadores hispalenses, la respuesta tiene que ser afirmativa. Pero ¿dónde estuvo emplazado? ¿qué vestigios se conservan de su fábrica? ¿Martirizaron á Santa Rufina en Itálica?

41-(Pág. 74) En cada *vomitoria*

Puertas, entradas de los teatros antiguos.—MACROBIO.—Les diverses zones concentriques, qui forment les etages, sont coupées de distance en distance par un passage de degagement, ou venaient deboucher les spectateurs lorsqu' ils avaient franchi les portes apellées *vomitoria* et qu' ils se dirigeaient vers leurs places. Ces passages convergent tous vers le *podium.*—PASCAL.—*Dictionn des antiq. 1. p. p. 1187 et suivantes.*—J. MARTHA, *archéologie romaine, p. 170. 175.*—PAUL GIRAUD.—*Lectures historiques.*

42-(Pág. 74) por la *scalaria,*

Escaleras, peldaños.—VITRUBIO.

43-(Pág. 74) En el *podium*

Balaustrada, galería, balcón. Lugar elevado en el teatro, donde se representaban los mimos, escena. Puesto destinado en el teatro para los cónsules y emperadores, tribuna, palco.—VITRUBIO.—Véanse las notas anteriores.

44-(Pág. 74) El *locario*

Arrendador, alquilador.—PLAUTO.—Todas las clases sociales tenían en el anfiteatro sus *cunei,* locales ó parages determinados que los *designatores* indicaban señalando á cada una de aquellas su departamento respectivo. Otros dependientes subalternos llamados *Locarios,* de *locus,* sitio, lugar, eran los aposentadores encargados de señalar á cada persona el asiento que le correspondía, según su rango y circunstancias.—CARRASCO.—*Obra citada.*

45-(Pág. 74) queda el *designador.*

El que dispone y acomoda las personas en el teatro.—

PLAUTO.—Véase la nota anterior.

46-(Pág. 76) El clarín sanguinario
tres veces resonó.

Le son lugubre des trompes annonçait le combat avec les armes tranchantes, et une lutte sérieusse s'engageait au bruit des trompettes, des cors, des fifres et des flûtes.—FRIEDLANDER. *Meurs romaines d'Auguste aux Antoninus, livre VI.*

47-(Pág. 78) —¡Es sortilegio!—grita.

On attribuait á la vertu des certaines onctions secrétes leur impassibilité dans les suplices, et on imaginait des moyens particuliers pour rompre le charme prétendu et aiguiser la douleur. Pendant la torture, les martyrs repetaient souvent: «Nous.soumes chretiens! Que la volonté de Dieu s'accomplisse en nous!» Un bourreau suposa que ces mots contenaient quelque incantation propre á conjurer leurs souffrances. Comme saint Ptolomée et saint Romain disaient en marchant vers leur juge: «La voie des justes est droite et le chemin leur est frayé», le magistrat demanda á son assesseur: «Que disent-ils?—Ils chantent des formules magiques pour pouvoir te resister et te vaincre.»—E. Le Blant, *Mélanges de l'École de Rome,* VII. *p. p. 196 et suiv.*

EL VÁNDALO

1-(Pág. 87) iras de impulsos frenéticos.

Pueblos y jefes llenaban una misión que ellos mismos no podían explicarse. Aquellos soldados no eran sino los ciegos eiecutores de un designio eterno: de aquí nacían ese furor de destruir, esa sed de sangre que no podían apagar, esa combinación de todas las cosas para su triunfo.—Chateaubriand.—*Etudes historiques.*—La invasión de los vándalos se creyó en España castigo del cielo. Los vándalos que pasaron al Africa, confesaban que no

tanto cedían á su voluntad, como á un impulso irresistible.—Cælestis manus ad punienda Hispanorum flagitia, etiam ad vastaddam Africa trasire cogebat. Ipsi denique fatebantur nom suum esse quod faceret, agi enim se divino jussu ac perurgeri. (SALVIAN. *de Gubernat. Dei. lib. II. pág. 250.)*—Cum e Carthaginis portus velis passis soluturus esset, interrogatus a nauclero quo tendere populabundus vellet, respondisse: Quo Deus impulerit.—ZOSIM, *de bello Vandalico, lib. I. pág. 188.*—Narant cum e Carthaginis portu solvens á nauta interrogaretur quo bellum inferre vellet, respondisse: in eos quibus iratus est Deus.—PROCOP. *Hist. Vand. lib. I.*

2-(Pág. 92) cayó el Rey cenizas hecho.

En la Iglesia Parroquial de San Vicente, en la puerta del lado de la Epístola, hay una lápida que dice así:

«CONSTITUTE IN PORTA JUDICIUM

AMÓS. C. 5. V. 15.

En este santo templo que se fundó por los años poco despues de CCC de Cristo y se conservó siempre en el culto y religión cristiana fué el feliz tránsito del egregio doctor y arzobispo de Sevilla S. Isidoro año de DCXXXVI, y antes, en el de CCCCXI, queriendo Gunderico, primer rey de los wándalos, profanarlo y robar sus muchas riquezas, al entrar por esta puerta fué arrebatado del demonio, y murió infelizmente en pena de su delito. Afírmalo el mismo San Isidoro y los historiadores de España.»

LA COPA DE SANGRE

1-(Pág. 101) Duques, Condes y Gardingos

Los que tenian algun gobierno se llamaban ó Duques ó Condes, pero con esta diferencia: que el Duque era Gobernador de provincia, y el Conde de una sola ciudad, y no al revés como lo han juzgado por un error el P. Mariana y otros insignes escritores. Dan testimonio de esto muchos documentos antiguos, en particular la memoria presentada por Egica al Concilio Toledano diez y siete, en que el Rey da el nombre de Ducado á la provincia de Narbona, y las leyes visigodas, que llaman repetidas veces al Duque Gobernador de Provincia, y al Conde Gobernador de Ciudad, y cuando hablan de los dos juntos, nombran primero al Duque y despues al Conde; y ordenan expresamente que el que se tenga por agraviado en el tribunal de este segundo, pueda apelar al del primero como superior. En la Corte concurrían á veces varios Duques, ó porque iban á ella por negocios de su Provincia, ó porque aun acabando el Gobierno se quedaban con el título y honores. El Gobernador así de Provincia como de Ciudad solía tener un substituto que le ayudaba, y hacía sus veces. El que lo era del Conde tenía el título de Vicario, que es nombre muy repetido en las leyes visigodas, y el del Duque se llamaba Gardingo.—Masdeu.—*Historia Crítica de España.—El Fuero Juzgo* llama al Gardingo Rico-home. (*Lib. 9. tit. 2. ley. 8.*)

2-(Pág. 106) ordenó á un siervo palatino

Siervos se llamaban en general todos los que estaban sujetos al dominio de otro, pero los había de diferentes especies y calidades, y según su esclavitud se les trataba diferentemente. Había siervos *idoneos* y siervos *libres;* siervos *nacidos* y siervos *hechos*, siervos *de Corte*, siervos *de Iglesia* y siervos *de particular*. El siervo de Corte era el más distinguido, porque estaba sujeto inmediatamente al Rey, y tenía bajo su jurisdicción y dominio otros siervos más bajos, que le habían de obedecer y servir como esclavos suyos, aunque él no podía darlos ni venderlos, sin la aprobación del mismo Rey, de quien los había recibido.—MASDEU.—*Obra citada.*

3-(Pág. 107) El Jefe, Conde de Cámara,

Se daba seguramente el título de *Conde* á todos los nobles que tenían empleo en Palacio. Así el Mayordomo se llamaba *Conde del Patrimonio*, el Caballerizo *Conde del Establo*, el Secretario de Estado *Conde de los Notarios*, el de Gracia y Justicia *Conde de las Largiciones*, el de Guerra *Conde de Ejército*, el Tesorero *Conde de los Tesoros*, el Camarero *Conde de la Cámara*, el que servía la copa al Rey *Conde de las Escancías*, el capitan de la Guardia Real *Conde de los Espatharios*. Además de estos empleos, que eran todos de gente noble y distinguida, había otros inferiores, que estaban fiados á personas bajas, á quienes se daba el título de *Prepósitos*. Uno de ellos presidía á los *Arquetarios* ó Reposteros, otro á los *Coquos* ó Cocineros, otro á los *Guillonarios* ó mozos de Sala y otro á los *Estabularios* ó mozos de Caballeriza.—MASDEU.—*Obra citada.*

4-(Pág. 108) Conde de las Escancías,

Véase la nota anterior.

5-(Pág. 108) la gran muchedumbre de prepósitos.

Véase la nota tercera.

6-(Pág. 108) El guillonario, maestre de sala

Véase la nota citada.

7-(Pág. 115) en la sangre de Brunilde hundió la boca.

Theudiselo disfrutó poco tiempo de las delicias del trono. El desenfreno con que se entregó á otros deleites le acarreó pronto la pérdida de la corona y de la vida. Su pasión por las mujeres no tenía límites, ni reparaba en los medios de saciarla, ni respetaba las mujeres de los más principales del reino. Deseaban estos ocasión de vengar su infamia, y proporcionósela un banquete á que el mismo Rey los convidó en Sevilla: en lo más animado del festín los conjurados apagaron las luces y á favor de las tinieblas cosieron al Rey á puñaladas.—LAFUENTE.—*Historia de España.*—Gregorio de Tours dice que Dios permitió que le mataran sus vasallos en un banquete por no haber dado crédito á un milagro.—BRADLEY.—*Historia de los godos.*

ABDO-L'-AZIZ

1-(Pág. 121) Á orillas del Guadalete

Acepto el nombre de este río y no el del Wadi-Becca—ó

Barbate—ni el del lago de la Janda, por ser el más conocido, y el que la tradición ha conservado para eternizar el recuerdo de la desdicha del Rey Don Rodrigo.

Hé aquí algunas opiniones de historiadores árabes sobre el sitio en que se dió la batalla:

«El encuentro fué á orillas del Guadalete, distrito de Sidonia, y Dios puso en fuga á Rodrigo y su ejército, concediendo á los musulmanes una victoria sin igual. Rodrigo se arrojó al río y se sumerjió con el peso de las armas, por lo cual no se tuvo noticia de él ni se le encontró. Y poco más abajo se dice: encontráronse los dos ejércitos en el lago, y combatieron reciamente hasta que las alas derecha é izquierda del de Rodrigo que estaban al mando de los hijos de Witiza, emprendieron la fuga.—*Conquista de España por los árabes,* segun se refiere en AL-MAKKARI-*tomo 1.º pág. 156 y siguientes.*—Publicado por el Sr. LAFUENTE Y ALCÁNTARA, en el *II Apéndice al Ajbar Machmua.*—«...habiéndose encontrado en un lugar llamado Sidonia, junto á un río que hoy se llama *Umm Haquin*, trabóse una reñida batalla, hasta que Dios (sea excelso) mató á Rodrigo y sus compañeros.—*Relación de la Conquista de España* por EBN ABDO-L'-HAQUEM.—Inserto por el Sr. LAFUENTE Y ALCÁNTARA en la obra citada.—Encontráronse Rodrigo y Tarik, que había permanecido en Algeciras, en un lugar llamado el lago. *Ajbar Machmua.*—Y el Sr. LAFUENTE Y ALCÁNTARA pone esta nota: «En este pasaje se funda M. DOZY *(Recherches, segunda edición, f. 314),* para negar la tradición que supone la batalla á orillas del Guadalete. Aunque esta crónica no lo dice, consta por otros autores que las escaramuzas que precedieron á la batalla duraron desde el 19 al 26 de Julio, en que se decidió la contienda á favor de los musulmanes. La distancia entre el lago de la Janda y el Guadalete no es tan considerable, que no pueda suponerse, para conciliar estos datos, que el primer encuentro fué junto al lago, y

la derrota definitiva de los godos á orillas del río. Hay que advertir tambien que entre el Guadalete y Medina Sidonia, es decir, en el paraje mismo donde la tradición supone esta batalla, hay un lago, si no tan considerable como era el de la Janda, hoy desecado, de bastante extensión; y diciendo la Crónica sólo el lago, lo mismo puede entenderse el uno que el otro.

Acabóse la batalla y alcance de Guadalete dia cinco de la luna de jawal.—CONDE.

2-(Pág. 122) Corona y vida de un Príncipe á quien tragaron las sombras.

Rodrigo desapareció sin que se supiese lo que le había acontecido, pues los musulmanes encontraron solamente su caballo blanco, con su silla de oro, guarnecida de rubíes y esmeraldas, y un manto tejido de oro y bordado de perlas y rubíes. El caballo había caido en un lodazal, y el cristiano que había caido con él al sacar el pié se había dejado un botín en el lodo. Sólo Dios sabe lo que le pasó, pues no se tuvo noticia de él, ni se le encontró vivo ni muerto.—*Ajbar Machmua.—(Colección de tradiciones.) Crónica anónima del siglo XI,* dada á luz por primera vez, traducida y anotada por D. EMILIO LAFUENTE Y ALCÁNTARA.

3-(Pág. 124) Tarik-ibn-Zeyad

Liberto de Muza, jefe de la vanguardia, persa de Hamadan.—*Ajbar Machmua.*

4-(Pág. 124) Dios infunde la congoja

Infundió Dios el terror en los corazones de los cristianos, cuando vieron que Tarik se internaba en el país.—*Ajbar Machmua.*

5-(Pág. 127) No con dinares se compra.

Había entre los árabes: el *dinar*, que era de oro, el *adirham* que era de plata, y el *mitcal*, que era de plata ó de oro. Valía el *dinar* 20 adirhames ó dragmas, y el *adirham* valía 14 *karats:* el *mitcal de plata*, dice Cantos Benitez, equivalía á 5 reales de vellón actuales, y el *mitcal de oro* diez veces más, ó 50 reales de vellón. El Kalifa Omar mandó que el *mitcal de oro* valiese 20 *karats*, y el *adirham* 14 *karats*. Según esto, si el *mitcal de oro* valía 50 reales vellón, el *adirham* valía 35, y el *dinar*, que contenía 20 *adirhames*, valdría 700 reales.—MADRAZO.—*España y sus monumentos. Córdoba.*

6-(Pág. 128) las afrentas con que Muza quiso premiar sus victorias.

A fines de Xawel (fin de Julio de 713) salió Muza de Mérida para Toledo y apenas supo Tarik su próxima llegada, salió á recibirle para ofrecerle sus respetos. Al divisarle, apeóse de su caballo y Muza le dió con su látigo un golpe en la cabeza, reprendiéndole agriamente por lo que había hecho contra su parecer.—*Ajbar Machmua.*

7-(Pág. 128) en la encantadora Hispalis.

La mayor y más importante de las ciudades de España, notabilísima por sus edificios y monumentos.—*Obra citada.*

8-(Pág. 132) Ommalisan, de garza tienes el cuello

Llamaban los árabes á Egilona, cuello de garza y la de los lindos collares.—LAFUENTE.—*Historia de España.*—Abdo-l'-Aziz tomó por esposa á la mujer de Rodrigo, llamada Umm-Asim.—*Ajbar Machmua.*—Ningun autor, dice el Sr. Lafuente y Alcántara, la llama *Umm-al-Isam*, para que pueda interpretarse la de los collares.

9-(Pág. 142) á un vil jeicida,

Jeicida.—Error de copia. Sobra la primera *i.*—*Jecida,* según el Diccionario de Dominguez, significa heterodoxo, hereje, entre los mahometanos. No es, sin embargo, muy apropiado el epíteto. Debí haber puesto renegado, y si quise valerme de palabra árabe, decir *ildje.*—Véase Marmol.—*Descripción del Africa. t. II. fol. 17. col. 1.* Ó *cáfir*, infiel, idólatra, ó *tárid*, hombre malo, impío, ó quizás mejor, aunque no suena bien, *monafique*, que según el Vocabulario inserto en el tomo V del Memorial Histórico Español, significa hipócrita, el que profesando interiormente una religión aparenta tener otra. Hé aquí. según el ya tantas veces citado *Ajbar Machmua*, lo que dió motivo á la perdición de Abdo-l'-Aziz. Su esposa Umm-Asim, de la cual estaba muy prendado le dijo: Un rey sin corona es un rey sin reino: ¿quieres que te haga una de las joyas y el oro que aún conservo?—Nuestra religión, dijo él, nos lo veda.—¿Y qué saben, replicó ella, tus correligionarios de lo que haces en el interior de tu casa? Tanto insistió que al cabo la mandó hacer; y estando cierto dia sentado con su esposa y puesta la corona, acertó á entrar la mujer de Ziyed ben an-Nabiyá, el Temimi, la cual era tambien de la alta nobleza española, y así que le vió con la corona dijo á Ziyed: ¿No quieres que te haga una corona?—Nuestra religión no nos permite su uso, dijo él, y ella replicó: por la religión del Mesías, que hay una sobre la cabeza de vuestro iman. Ziyed refirió esto á Habib ben Abí Obaida ben Okba ben Nefí, é hicieron de ello conversación hasta que cundió la nueva entre la gente principal del ejército. Abdo-l'-Aziz, por su parte, fué tan poco precavido, que pudieron verle y cerciorarse de la verdad del caso, y creyéndole convertido al cristianismo, le acometieron y mataron.

10-(Pág. 145) mi mano
va á echarte en el açirat.

Puente largo y estrecho como un cabello colocado sobre el infierno y por el cual habrán de pasar los buenos y los malos; aquellos para subir al cielo, éstos para ser precipitados en el fuego eterno.

11-(Pág. 145) no es
el premio que merecías
el que el Kalifa le da.

El primero que abrió y leyó estas crueles órdenes en España fué el fiel amigo de Muza ben-Noseir, y compañero de Abdalaziz su hijo, el caudillo Habib ben Obeida el Ferri, y lo mismo se prevenía al caudillo Zeyad ben Nabaa, que era tambien amigo de ambos: quedaron suspensos, y las cartas con el temblor les cayeron de las manos, y dijo Habib, ¿es posible que tanto pueda la envidia y enemistad de los contrarios de Muza, que hacen olvidar tan gloriosos servicios, tan felices empresas? Pero Dios es justo y nos manda obedecer á nuestros soberanos.—CONDE.—*Historia de la dominación de los árabes en España.*

12-(Pág. 148) al rezo
del assobi

Al rezo del alba.

13-(Pág. 148) el almuezzino

Almuédano, el que convoca en voz alta desde el alminar ó torre de la mezquita al pueblo para orar.

14-(Pág. 150) y en el Mihrab te suplico

Mihrab. Oratorio de moros.—EGUILAZ Y YANGUAS.—*Glo-*

sario etimológico de las palabras españolas de origen oriental.—Mihrab y santuario es todo uno: es el lugar preferente que se coloca siempre en la *quibla* ó punto que se supone señalar la dirección en que se halla la Meca.—MADRAZO.—*España. Sus monumentos y artes. Córdoba.*

15-(Pág. 161) que valía más que el.

Cuéntase que habiendo llegado Muza al palacio del Kalifa al tiempo que éste examinaba la cabeza de su víctima, tuvo la horrible crueldad de preguntarle: ¿Conoces, Muza, esta cabeza?—Sí, contestó altivamente el anciano walí, la reconozco: la maldición de Dios caiga sobre el asesino de mi hijo, que valía más que él.—LAFUENTE.—*Historia de España.*

ERIK, EL ESCALDA

1-(Pág. 171) Eran las naves que á la mar salían
de la gélida Escania.

La Escandinavia se llamaba así de la Escania, nombre de la parte más meridional de la Suecia, y única que conocían los Romanos.—CÉSAR CANTÚ.—*Historia Universal.*

2-(Pág. 172) al que sentado en el Hlidskiallff

ó Walaskialf, donde se encuentra el trono mágico, desde cuya altura dirije Odín sus miradas por todo el Universo.—CARRASCO.—*Mitología universal.*

3-(Pág. 172) tenía
por compaña los lobos y los cuervos.

En las espaldas de Odín están pendientes los dos cuervos parlantes Huginn y Munin, á los que Odín enseñó á hablar. Todas las mañanas el dios los envía á la tierra, de la cual vuelven por la tarde á posarse sobre los hombros de Odín, refiriéndole al oido todo lo que han visto y escuchado en el mundo. A los piés del dios están echados los dos lobos Freki y Geri.—CARRASCO.—*Mitología universal.*

4-(Pág. 172) El cíclope, con alma de mejera,
de padre del estrago tomó el nombre

Odín solo tiene un ojo por haber dado el otro á Mimer, guarda de la fuente sagrada, de la cual fluye la sabiduría.—CARRASCO.—*Mitología universal.*—Las feroces costumbres que les inspiraba (á los normandos) la religión de Odín, padre de los estragos, salteador, incendiario, no estaban moderados en ellos por el contacto con pueblos más cultos.—CÉSAR CANTÚ.—*Obra citada.*

5-(Pág. 173) Odín

Odín, el rey de los dioses, la primera de las divinidades del Norte.

6-(Pág. 173) Thor,

Thor, hijo de Odín y Frigg, es el dios del trueno y del rayo. Este rival formidable de los mágicos y gigantes, protector de los hombres, recorre el mundo subido en un carro tirado por Tangnioster y Tangrisnir, dos machos cabríos; la rotación del carro produce el trueno.

7-(Pág. 173) Loki,

Loki, ó Loke ó Lopt, el dios del mal. Como hombre pertenece á la raza de los Iothos ó gigantes escandinavos.

8-(Pág. 173) Niord,

Niord, dios de los vientos, de la navegación y de la pesca.—Carrasco.—*Obra citada.*

9-(Pág. 174) á sus dioses sació de carne humana.

A Thor y á Odín se le sacrificaban víctimas humanas.—Licouet.—*Histoire de Normandie.*—César Cantú.—*Obra citada.*

10-(Pág. 174) en el hierro aguzado de la pica.

Manchaban la religión con supersticiosas atrocidades, sacrificando hombres y arrojándose de unos á otros los niños, que recibían en las puntas de sus lanzas.—César Cantú.—*Obra citada.*

11-(Pág. 174) arrojaban al fuego sus riquezas

Cuando llegaban al término de su vida aventurera, mandaban echar al fuego todos sus bienes para que sus hijos se viesen obligados á proporcionarse otras pirateando.—César Cantú.—*Obra citada.*

12-(Pág. 174) al ceruleo *camino de los cisnes*

Así llamaban al mar.—X. Marmier.—*Chants du Nord.*—Chateaubriand.—*Estudios históricos.*

13-(Pág. 175) el moribundo hacía
cántico triunfador de la agonía.

Chateaubriand.—*Obra citada.*—A. Thierry.—*Historia de*

la conquista de Inglaterra por los normandos.—SAXO, EL GRAMÁTICO, dice de un guerrero: «cayó, se rió y murió.»

14-(Pág. 175) esperaban, con risas y con besos
las vírgenes guerreras del Walhalla.

Aludo á las *Valkirias*, vírgenes de ojos azules, que Odín manda en medio de los combates para que investiguen los que sean dignos de entrar en el Walhalla, en cuyo palacio celeste sirven la hidro-miel y la cerveza. El Valhalla, es el paraiso de los escandinavos, mansión de la felicidad, cuya entrada es permitida á los guerreros muertos en el combate.—CARRASCO.—*Mitología universal.* —La canción en honor del pirata que CHATEAUBRIAND inserta en su obra *Ensayo sobre la literatura inglesa*, comienza así: «He tenido un sueño: me he visto al despuntar el dia, en el salón del Valhalla, arreglando todo para la recepción de los que han muerto en las batallas.»

15-(Pág. 176) el grito crispador con que reía

Cuando surcaban las olas se sentían á veces acometidos de un valor febril. A los que se encontraban en tal estado se les llamaba *Bersekir*, frenéticos. *Furore bersekico si quis grassetur*, dicen los sagas.—CÉSAR CANTÚ.—*Obra citada.*—Aunque digo en un verso

los nictálopos ojos...

no vaya alguien á creer que los normandos padecían de nictalopia. No tal. Como buenos marinos, tenían los ojos ejercitados á ver en las tinieblas de la noche. Y queda con esta nota salvada una pequeña errata.

16-(Pág. 177) ¿Cuál era su misión?

Se establecen en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Rusia. Conquistan las Hébridas al Occidente de Escocia

y descubren treinta y cinco islas que denominan Feroe, á causa de los rebaños de ovejas *(faar)* que constituían su riqueza. Dan á conocer las Órcadas, y encuentran el Mainland con las cuarenta y cinco islas que le rodean, famosas por la pesca del arenque. Descubren la Islandia y zarpando de ella, Erico Rauda (cabeza roja) aborda á una costa que llama á causa de su aspecto herboso, Groenlandia, *(país verde);* y es la isla que habiendo quedado despoblada á principios del siglo XV, no recibió nuevas colonias hasta el año de 1721. Leif halló al Sur un continente rico en trigos silvestres, en plantas semejantes á vides y cuyos ríos abundaban en salmones: este país á que dió el nombre de Winland, es probablemente la Carolina, descubierta cinco siglos antes de Cristobal Colón.—César Cantú.—*Historia universal.*—Los marineros normandos celebraban ellos mismos sus correrías: «He nacido en el alto país de Noruega, entre pueblos que manejan diestramente el arco; pero he preferido izar la vela, terror de los labradores de la costa. Tambien sé lanzar mi barca entre escollos *lejos de la morada de los hombres.*» Ese escalda de los mares tenía razón, pues los normandos fuéron los descubridores del Winland, ó sea la América, lejos de la morada de los hombres.—Chateaubriand.—*Ensayo sobre la literatura inglesa.*—Todos los bárbaros, anteriores á los normandos, habían talado, incendiado, destruido con sus ejércitos terrestres el imperio romano. Se llamaban azotes de Dios, y lo eran. Los normandos talan, incendian, destruyen con sus ejércitos marítimos, pero ensanchan el mundo.

17-(Pag. 177) descubrir y olvidar un nuevo mundo

Me refiero al descubrimiento y abandono del Winland.

18-(Pág. 179 y más duros que los leños

tienen los *wikings* las almas

Wikings: Piratas.—Véase César Cantú.—*Obra citada,*—y las preciosas traducciones de algunos sagas de Snorr Sturllesson, hechas por el Sr. D. Edmundo Noel, y publicadas en la revista sevillana *El Ateneo.*—Le roi et le gestir—dice Schoell, en su *Histoire des Etats Européens*—n'etaient pas les seuls pirates des mers du Nord. Ce métier, qui etait regardé comme infiniment plus noble que le négoce, etait exercé par des compagnies ou bandes associées pour le faire avec avantage. On les appelait *Wikings* ou *Vikingiens*, mot dont l'etimologie est douteuse, y leur armée navale réunie *Viking-Flock.* Y, añade, como nota, *Viig* ou *wick* signifie en danois une baie. Quelquefois la Noruege, riche en baies, est nommé *Vikin.*

19-(Pág. 181) del *wiking* hará la historia
en inolvidables sagas.

Los ságas son tradiciones orales, sencillas en la forma y en el objeto, y trasmitidas de padres á hijos: obra de la familia y del pueblo.—X. Marmier.—*Revue des mondes:* 1836.—Los poetas escandinavos toman el nombre de *Escaldas;* y no eran cantores vagabundos, sino compositores, diplomáticos, embajadores.—César Cantú.—*Obra citada.*—Separándonos mucho de los tiempos de los profetas y de los rapsodas griegos, debemos creer que en una dilatada série de años no habrán faltado en todas las naciones públicos cantores que entretuviesen á las gentes con sus poemas y narraciones, siendo éste tambien entonces el único medio de perpetuar las tradiciones antiguas á falta de los muchos y poderosos recursos que ahora tenemos para hacerlo.

Los scaldas ó pulidores de la lengua, segun su significación islandesa, eran unos poetas escandinavos que poseían

todos los conocimientos que había en la nación, pues hacían de historiadores, conservaban las genealogías de las familias ilustres, y escribían en verso el panegírico de los heroes. No teniendo los escandinavos ninguna clase de libros hasta la mitad del siglo XI, y componiéndose toda su biblioteca de algunas inscripciones rúnicas y varios versos grabados en pieles de cabras ó vacas, suplían los scaldas esta falta con su memoria y tradiciones orales. Por esta causa, y por considerárseles unos sacerdotes inspirados, gozaban de las mayores consideraciones y preeminencias entre los jefes de aquellos pueblos belicosos, y participaban hasta de los banquetes entre los miembros de la familia del rey. Montados sobre las mismas serpientes, como llamaban á las naves con su lenguaje enfático, cruzaban la mar, acompañando á los caudillos en sus expediciones y aventuras; celebraban sus combates, honraban cantando su muerte y trasmitían á la posteridad en sus sagas ó canciones las proezas de sus campeones esforzados que habían triunfado del enemigo ó que estaban en el Walhalla, paraiso destinado á los heroes que morian en la guerra. Santolaf, un rey escandinavo, llevaba á su alrededor cuatro scaldas en la batalla de Stidarstadt, y antes de principiar les dijo: «Colocaos cerca de mí para que podais ver bien los altos hechos que habeis de cantar.»

El orígen de su arte se atribuía á Odino, el Marte de la Escandinavia, el conquistador y legislador del Norte; y según el Edda, libro de poesías mitológicas y cosmogónicas que contienen los dogmas religiosos de los escandinavos y otros pueblos septentrionales, Odino es el primero y el más antiguo de los dioses. En el diccionario poético de los islandeses le llaman entre otros nombres el padre de los versos; por esto el estro poético de los scaldas se reputaba allí como un dón de la divinidad.

Los scaldas llevaban un traje peculiar suyo; en los princi-

pios iban cubiertos de una túnica corta de piel de oso y un manto negro de una tela grosera; despues su ropaje fué enteramente talar y parecido al de los druidas, cubriéndose la cabeza con el mismo manto.

La poesía de los scaldas era de tres clases: sagrada, guerrera y de cantos satíricos, designados bajo el nombre de *Nidungr visu.* Unían la música á la poesía, y el instrumento con que se acompañaban era el *crroth* de los bardos, ó más comunmente el harpa, pálabra gótica é instrumento de orígen septentrional, traido á Europa por la irrupción de los bárbaros.

El scalda, semejante al levita entre los hebreos, se encontraba al frente de las batallas animando á los combatientes con sus canciones y algaradas belicosas, produciendo en las filas el mismo efecto que ahora producen en nuestros ejércitos las marchas guerreras y el entusiasmo de nuestros himnos nacionales. No parece, dice *Pecchio*, sino que en todas las edades y casi todos los pueblos se ha necesitado un estímulo poderoso que venza en el hombre el amor á la vida y la repugnancia á quitársela á los demás. La música y la poesía, semejante á los licores embriagan la mente.—MARTÍNEZ DEL ROMERO.—*Semanario Pintoresco Español. 1850.*—Abundaban las metáforas en los cantos de los escaldas: los ríos eran *el sudor de la tierra* y *la sangre de los valles;* las flechas son *las hijas del infortunio;* el hacha es *la mano del homicida;* las yerbas *la cabellera de la tierra;* la tierra es *la nave que flota sobre los siglos;* el mar *el campo de los piratas*, y un bajel es sú *patin* ó el *caballo de las olas.*—CHATEAUBRIAND.—*Estudios históricos.*

20-(Pág. 182) quien, cual Lodbrog, entre sierpes,
murió cantando á la espada.

El poema lírico de Lodbrog Ranghenar, guerrero, escalda y pirata, ha sido publicado en letra rúnica por WOR-

MIUS. *Litt. run*—y transportado á la colección de BIORNER.—Ayant entrepis la conquete de l'Angleterre, il fut fait prisonier par Ella, roi de Northumberland, et geté comme une pature au milieu de serpens et d'animaux immondes qu' on tenait renfermés dans une caverne ou fosse. Ils le tuerent par leurs morsures. Il existe, sous le titre de *Krakamal* (du nom de son epouse, Kraka) un chant du mort *(quida)* qu' un kalde du neuvieme siecle á mis dans sa bouche et qui est un des plus anciens monuments que nous ayons de la literature septentrionale. SCHOELL.—*Obra citada.*—He aquí algunas estrofas de ese cántico de muerte:

«Hemos combatido con nuestras espadas: si los hijos de »Aslanga supiesen las convulsiones que experimento á »causa de las mordeduras de las serpientes que rodean »mi cuerpo, correrían bramando al combate, porque la »madre que les dí les ha suministrado corazones vale»rosos.

»¡Ah! una víbora penetra en el mío. Fuí vencido; pero en »breve la lanza de uno de mis hijos atravesará de parte »á parte el corazón de Ella.

»Hemos combatido con nuestras espadas en cincuenta ba»tallas; y no sé de ningún rey que me aventaje en fama: »desde joven derramé sangre y deseé la muerte: las dio»sas que Odín me envia me invitan al banquete: en la »morada suprema beberé la cerveza con los dioses: han »pasado las horas de mi existencia, pero moriré riendo.»

21-(Pág. 184) Cuando el lobo Feurís rompa sus hierros y devore los astros

Feurís, hijo de Loki, que está encadenado hasta el último dia, que romperá sus hierros y devorará los astros.—CARRASCO.—*Obra citada.*

22-(Pág. 184) cuando la gran serpiente á Hler se beba

Egir-Hler: dios del Océano lucha constantemente con

Midgarsd arm, gran serpiente, que acostada en el fondo del mar rodea la tierra, como un vasto ceñidor.—CARRASCO.—*Obra citada.*

23-(Pág. 184) y cubra el Ragnarok

ó gran crepúsculo de los dioses, época fatal en que los dioses, como hijos de la naturaleza y sujetos á sus leyes comunes, deben por órden de *Alfadur* (padre de las deidades, el que ha sido y será de toda eternidad) sucumbír bajo los golpes de sus enemigos, porque no participan de una eternidad absoluta.—*Idem-idem.*

24-(Pág. 184) y el terrible gigante, hijo de Feuvis
al sol mastique con sus dientes ávidos

Sholl, gigante nacido de Feuvis y Gype: incesantemente persigue al Sol: en ocasiones lo llega á cojer y le devora una parte: de aquí los eclipses. Sholl, en la época del gran crepúsculo de los dioses lo devorará enteramente. —*Idem-idem.*

25-(Pág. 185) han de gravar las runas los esclavos

Estaba prohibido á los esclavos usar de los caracteres rúnicos. La significación primitiva de esta palabra *run* parece haber sido misterio, sortilegio, obrado por encantamiento ó con ayuda de signos mágicos grabados sobre un cuerpo cualquiera. Se le empleó enseguida para designar letras ó caracteres alfabéticos, grabados sobre planchitas ó bastones de madera bien pulimentados. RHABANUS MAURUS que murió á la mitad del siglo nueve, nos ha dejado un alfabeto rúnico, usado entre los normandos, es decir, entre los escandinavos. Está compuesto de diez y seis letras. Aunque las runas ó runos fuesen algunas veces empleados como jeroglíficos, eran, sin embargo, verdaderos caracteres alfabéticos propios para

la escritura. Muchas piedras se han conservado cubiertas de caracteres rúnicos, principalmente en Upland. Se encuentran en Tácito señales del uso de las runas entre los pueblos teutonicos. *Virgam frugiferæ arboris decisam; in surcula amputant, eosque notis quibusdam discretos, super candidam vestem temere ac fortuito spargunt.*

26-(Pág. 185) Loki en la costa nos está esperando.

Ya se ha dicho en nota anterior que Loki era el dios del mal, el dios de la destrucción.

27-(Pág. 18-) Diez, veinte, cincuenta, ciento,
son las poderosas barcas,

La premiere invasion des normands dans l'Espagne musulmane en 844 por Adam Kristoffer Fabricius, obra eruditísima á la cual hemos de aludir en adelante con extensión.

28-(Pág. 189) Los *longskibs*, barcos guerreros

Los normandos y sus naves, artículo publicado en *El Ateneo* por D. Edmundo Noel.—*Souvenir de Marine. Collection de plans ou dessins de navires et de bateaux anciens ou modernes, existans ou disparus avec les elements numériques necessaires a'leur construction, par le* Vice-amiral Paris. —*Seconde partie. planche 63.*

29-(Pág. 190) Aquel enjambre de buques
el *soe Kóngar* comanda,
único y supremo jefe
que Rey de la mar se llama.

Los reyes eran elegidos á voluntad entre ciertas familias descendientes de Odín; y los hijos que quedaban sin dominio se dedicaban al corso bajo el título de *soe Kóngar*,

reyes del mar. El *soc Kóngar* capitaneaba el bajel cuando surcaba las olas, y las tropas en tierra; ordenaba y ejecutaba las maniobras de las velas y de los remos: arrojaba tres lanzas al tope del mastelero y las recojía alternativamente, sin errar ningun golpe; nunca había dormido bajo techado, ni bebido junto al hogar.—César Cantú.—*Obra citada.*

30-(Pág. 191) á su voz, al ronco trueno
con que su bocina brama

y no *habla*, como se dice en el texto. Llamaban truenos á los sonidos que producían con sus bocinas hechas de cuerno.—*Idem idem.*

31-(Pág. 192) y ricos mantos con broches
de zafiros y esmeraldas.

Edmundo Noel.—*Artículos citados.*

32-(Pág. 192) ¡Qué amigos eran del lujo

Tenían afición innata al lujo, que entre ellos precedió á la civilización en vez de ser su consecuencia, de donde provino que formaron la aristocracia europea de los tiempos modernos, como los griegos de la antigua, siendo no obstante muy inferiores á estos en el sentimiento del órden y de la belleza.—César Cantú.—*Obra citada.*

33-(Pág. 192) Los *hafls*

ó *halfs*, jefes.—César Cantú.—*Obra citada.*

34-(Pág. 192) y los campeones

Los que servían á las órdenes de los hafls.

35-(Pág. 193) Nunca Hela
inficionó aquellas playas.

Hela, diosa de los infiernos. Su palacio se llama la miseria; su lecho el dolor; su mesa el hambre.—CARRASCO.—*Obra citada.*

36-(Pág. 196) Solucar

Sanlucar de Barrameda.

37-(Pág. 197) Garzas color de nieve se ven siguiendo
á los enormes bueyes que van paciendo,
y ya los anchos lomos les picotean
ya entre las firmes astas revolotean.

La garza guarda-bueyes, es casi invisible en Francia, pues no se encuentra sino en la embocadura del rio Gard, y es lástima, porque es un pájaro blanco encantador, grande como un pichon, que sigue al ganado en los campos y vuelve con él hasta los establos. Su misión es servir de escolta á los ganados que van á pacer y guárdarlos en los campos. Jamás he visto una cosa tan bonita como un grupo de garzas blancas formando círculo alrededor de un buey negro, rodeado de yerbas, á la hora del medio dia, velándole y defendiéndole de los ataques de los insectos alados, ávidos de su sangre, y librándole con arte de las garrapatas devoradoras que se pegaban á su carne. En los pastos de la Argelia admiraba mucho estas escenas y más de una vez he indicado á los paisagistas como objeto delicioso de un cuadro esta defensa del paciente cuadrúpedo por sus blancos centinelas.—*El mundo de los pájaros. Ornitologia pasional.*—A. TOUSSENEL.—Yo tambien me atrevo á recomendar á los ilustres paisajistas sevillanos lo que TOUSSENEL recomendaba á á los franceses. Y no tienen los Sanchez Perrier y los

García Rodriguez que ir á Argelia á estudiar la poética escena. En las marismas y á las márgenes del Guadalquivir podrán hallar muchos modelos. La gente de campo llama á las garzas blancas de Toussenel, urga-bueyes ó aguija-bueyes.

38-(Pág. 198) Erik, embelesado, cree que se halla
de Freya en los pensiles

Freya, la Venus escandinava. La diosa del amor y la reproducción.—Carrasco.—*Mitología universal.*

39-(Pág. 201) que no soñaron los Ases

Nombre genérico con que se designan los dioses.

40-(Pág. 201) Al tope del mastelero
del bajel tiró tres flechas.

ó tres lanzas. Véase la nota 29.

41-(Pág. 202) La almadana de Thor.

Almadana.—Maza en forma de martillo. Los normandos las llamaban estrellas de la mañana.

42-(Pág. 206) *Almudafár*

A Abde-r-rahman llamábanle sus súbditos el victorioso *(Abú-l-motref)* y tambien padre de los vencedores *(Abú-l-modhaffer).*

43-(Pág. 207) Los *madjiojes*

Dice Conde en su *Historia de la dominación de los árabes en España* que los ismaelitas llamaban *magioges* á las gentes de los extremos del Norte de Europa y de Asia, esto es, los de Gog y Magog, lo que hace exclamar al sabio

profesor ADAM CRISTOFFER FABRICIUS, il appartient aux choses remarquables de CONDE, qu' il appelle Djezirat al Khadra (Algeciras) Gezira Cadis, et derive le nom de Madjous, chez lui Magiog, de Gog et Magog, les noms connus de l' Ecriture! Como se vé, el eruditísimo autor de *La premiere invasion des normands dans l' Espagne musulmane en 844*, da á los terribles piratas el nombre de *madjous*, apoyándose, sin duda, en los historiadores árabes IBN AL KOUTIA, IBN ADHARI y NOWAIRI.—*Madjiojes* ó normandos llaman á los invasores la mayor parte de los historiadores de España, ó innominadamente *los de las naves*. Yo he tomado el nombre más conocido, aunque no sea el más propio. He aquí lo que dice el ya citado profesor KRISTOFFER FABRICIUS, logrando reunir las relaciones diferentes de los autores árabes. Ibn Adhari et Nowairi racontent en particulier le commencement, Ibn-al-Koutia le milieu des evenements, en Seville et ses environs, et Nowairi la fin de l'invasion.

Le 25 septembre ils s'établirent á douze parasanges de Séville. Les Musulmans allérent á leur rencontre, mais le 29 septembre ils furent mis en déroute et perdirent beaucoup d'hommes. Ensuite les Normands allérent camper á deux milles de Séville. Les habitants furent battus le 1 octobre, et beaucoup d'entre eux furent tués, beaucoup faits prisonniers, mais les Normands n'épargnérent rien pas méme les bétes de somme (Now). Tout le monde prit la fuite aux montagnes d'alentour ou á Carmona, oú les vizirs assemblérent leurs troupes, mais n'osérent pas attaquer l'ennemi, qui était d'une bravoure peu commune, avant l'arrivée des troupes de la frontiére, qui furent á l'instant appelés, aux armes (Ibn-al-Koutia).

Cependant, les Normands prirent Séville d'assaut, mais non le château, oú le gouverneur se defendit, et ils firent avaler le calice aux habitants, (Ibn-Adhari), d'aprés quelques auteurs en treize, d'aprés autres en sept jours

Nowairi est le seul qui ne les fait demeurer dans la ville qu'un jour et une nuit, ce qui est peu vraisemblable d'aprés ce qui suit.

Ibn-al-Koutia raconte qu'ils lançaient des fléches brúlantes sur le toit de la mosquée, et que plusieurs parties étaient atteintes par ces fléches et tombaient, ce dont on pouvait encore voir les traces un siécle aprés. Lorsqu'ils ne réussirent pas á brúler la mosquée, ils amoncelérent du bois et des nattes de jonc dans une nef pour y mettre le feu; mais un jeune homme, arrivant du cóté du mihrab (le sanctuaire) les chassa de la mosquée et les empécha de y entrer pendant *trois jours* jusqu'au jour de la grande bataille. Ils disaient que ce jeune homme était d'une beauté extraordinaire. Évidemment Ibn al-Koutia crut á un événement «extraordinaire» et surnaturel et regarda le jeune homme comme un ange. Mais le songe d'Abdérame fut accompli. Lorsque la grande mosquée fut achevée, il réva qu'il trouvait dans la Kibla ou mihrab le Prophéte mort et enveloppé d'un linceul. Les devins expliquaient le songe dans le sens, que l'exercice du culte cesserait dans la mosquée, ce qui fut fait alors par les Normands.

Cependant, les environs de Séville furent dépouillés, les hommes tués, les femmes et les enfants réduits en servitude. Ibn-Adhari mentionne plusieurs combats et devastations des Normands á *Captel*, Isla menor, l'une des deux iles que forme le Guadalquivir, oú ils restérent trois jours, á *Cauria*, aujourd'hui Coria del Rio, á deux lieues sud-ouest de Séville, oú ils massacrérent beaucoup de personnes, á *Talyáta*, une demi-lieue au sud de Séville, oú le Guadaira se jette dans le Guadalquivir, et le lendemain matin dans un endroit, *al-Fakkarín*, sans doute Alfarache, á une lieue sud-ouest de Séville, le l'autre cóté du Guadalquivir.

Enfin, les troupes arabes de divers cótés s'étaient réunies

á *Carmona.* Parmi les troupes de la frontiére se trouvait Mousa-ibn-Casi, chef célébre de l'Aragonie. Quoique client du calife, il s'était fait indépendant de lui et il avait été trés difficile de le résoudre á lui apporter du secours. Enfin, lorsqu'il arriva dans le voissinage de Carmona, il dressa son camp á part (Ibn al K.) Mais le chef de la cavalerie était le hadjib Isa ibn-Chohaid, auquel les Musulmans s'empressérent d'accourir et de se réunir aussi étroitement, que «la paupiére est reunie á l'œil», comme Abdallah ibn-Colaib, Ibn-Wasim et autres officiers avec leur cavalerie.

Le chef de l'armée établit son quartier général dans l'Axarafe, le mont Djebel-Sheref prés de Séville, qu'on allait délivrer. L'eunuque Naçr conduisit les troupes de Cordoue á l'armée.

Les Normands aussi avaient sans cesse reçu des renforts et envoyaient tous les jours de Séville des détachements vers *Firrich* au nord, vers *Lacant* au nord-ouest, vers *Cordoue* au nord-est, et vers *Moron* au sud-est; mais l'expédition vers Moron tomba dans une embuscade á *Quintos Maáfir*, un village, oú les Arabes, qui s'étaient cachés, furent avertis par une vedette, qu'ils y avaient mis, munie d'un fagot, sur la tour de l'antique église du village. Les Normands furent tous massacrés. (Ibn-al K.)

Puis, les vizirs entrérent dans Séville et delivrérent le gouverneur assiégé dans le château. Les habitants rentrérent en masse dans la ville. Lorsque les Normands á Séville virent arriver l'armée musulmane et apprirent le désastre de leurs compatriotes, ils se rembarquérent précipitamment en remontant le fleuve jusqu'á un château á deux lieues, oú ils rencontréren leurs camarades, qui étaient allés vers Lacant et Cordoue. Ceux-ci s'embarquérent aussi, et ils se mirent tous á redescendre le fleuve, tandis que les habitants les accablaient d'injures

et frondaient des pierres. Arrivés a un quart de lieue au dessus de Séville les Normands criérent: «Laissez-nous tranquilles, si vous voulez racheter les prisonniers!» On paya une rançon pour la plupart d'entre eux, mais les Normands ne voulaient accepter ni or, ni argent, mais seulement des vétements et des vivres (Ibn-al K.)

Plusieurs batailles furent livrées avec succés variable, tantót dans les environs de Séville, tantót dans la province de Sidona; dans une de celles-ci les Normands perdirent soixante hommes (Now.), dans une autre les Arabes un nombre considérable des leurs (Ibn-Adhari). A la fin, on se servit contre eux de machines de guerre; et des renforts étant arrivés de Cordoue, les Arabes vengérent leur défaite par une victoire á *Talyáta* prés de Séville (nov. 844). Les captifs furent pendus á Séville ou aux palmiers de Talyáta, et trente de leurs vaisseaux furent brúlés. Quarante deux jours, (1 octob.—11 nov.) s'étaient écoulés aprés leur entrée dans Séville jusqu'au départ, dit Ibn Adhari distinctement, et leur chef avait été tué. Nowairi raconte encore une déroute des Normands poursuivis de tous cótés, aprés avoir quitté Séville, á ce qu'il semble, dans la province de Sidona (17 nov.), oú ils perdirent environ 500 hommes, et quatre navires furent brúlées par Ibn-Wasim. C'est évidemment la méme bataille dont parle Ibn-Adhari dans les environs de Séville avant celle de Talyáta, et qu'il parait on doit transférer á cette place, par motif de l'indication claire et nette de la date fixe de 17 nov. chez Nowairi, car sans cela il est complétement impossible d'accorder ces rapports contradictoires. Ceux qui avaient échappé au massacre, s'embarquérent et s'en allérent á *Niebla*, oú il se rendirent maitres d'une galére et divisérent leur butin dans une íle prés de Corias (?) peut-étre Saltes; mais ils furent embarassés par les Musulmans, qui remontérent le fleuve Tinto et tuérent deux Nor-

mans. D'aprés Nowairi, qui raconte la fin de l'invasion plus complétement, ils attaquérent encore une fois *Sidona* et s'y emparérent de beaucoup de vivres et de plusieurs prisonniers; mais deux jours aprés, á l'approche de la flotte d'Abdérame, ils se rendirent á *Niebla* et de lá á *Oksonoba* dans l'Algarve, á *Beja* dans l'Alemtejo, et enfin á *Lisbonne*, «leur point d'arrivée et de sortie», oú ils quittérent les cótes d'Espagne, sans doute mécontents de leurs pertes, qui leur avaient óté l'envie et l'espoir de rester ici plus longtemps. Il a été leur intention de s'établir dans la belle Andalousie, comme plus tard dans la Normandie.

La disposition arabe á l'exagération se présente dans les gros nombres des pertes des Normands, p. ex., de trente vaisseaux perdus chez Ibn-Adhari; mais Makkari qui semble avoir employé de la critique, ne dit que quelques vaisseaux brúlés; et des 16000 Normands sabrés á Quintos Maáfir (Ibn-al-K.), une perte qui sans doute dépasse le nombre de toute l'armée Normande, ce qui porte á croire qu'il y a au moins un zéro de trop. L'épouvante des Maures fut au contraire si grande, qu'ils s'enfuirent de Séville á Carmona, quand Séville fut délivrée par les vizirs, et que les Normands eurent quitté la ville.

D'aprés le nombre des vaisseaux, le nombre des Normands, n'a pas pu surpasser 7000 á 8000 hommes, qui furent toujours diminués par les attaques continuelles de l'armée d'Abdérame. Celle-ci put á tout temps attirer des renforts de la populeuse Andalousie, tandis que l'armée normande n'en avait aucun au milieu du pays hostile.

Lorsque Canut le Grand, roi danois, fit en 1016 son expédition trés célébre pour conquérir l'Angleterre, Dithmar de Mersebourg conte 80 guerriers sur chacun de ses splendides vaisseaux. Sans doute, il ne s'en trouvait pas un plus grand nombre sur chacun des quatre-vingts ou cent vaisseaux Normands en 844.

Le nombre des Normands a été souvent enormément exagéré. L'épouvante agrandit toujours le malheur. Ce n'était pas autant leur nombre, que leur «bravoure peu commune», leur exercice et leur habileté dans la guerre, qui leur donnaient la supériorité sur leurs adversaires.

Para loque me propuse en mi humildísimo trabajo, la irrupción tenía que ser muy rápida. A los *wikings de Westpholdinger*, que fueron los que asolaron á Sevilla (véase las traducciones de los sagas, hechas por el Sr. NOEL, y publicadas en el citado *El Ateneo)*, no podía detenerlos ni en Gezira Cabtal, ni en Caura, ni en parte alguna. Para el que desee conocer más ampliamente este periodo histórico además de recomendarle la lectura del folleto del profesor KRISTOFFER FABRICIUS, debe leer un *Libro becerro del Monasterio de Celanova*, existente hoy en el Archivo Histórico Nacional, que habla largamente de los desembarcos de los Normandos en Galicia y Sevilla en los siglos VIII y IX, y los *Annales de Saint Bertin. Croniques de Reginon, de Sigebert*, insertas en el *Recueil des historiens de France. La Histoire des expeditions maritimes des Normands.*—DEPPING.—*Las Recherches sur l'histoire et la litterature de l'Espagne pendant le moyen age.*—DOZY.—*Histoire de Dinamarque.*—MALLET.—*Essai sur les invasion des Normands dans les Gaules.*—CAPEFIGUE.—*Hist. af Danmark.*—SUHM.—*Las invasiones de los normandos* en *Los historiadores españoles.*—A. FABRICIO.—*Pelerinages des Scandinaves.*—PAUL BIANT.—Y sobre todo *El Edda* y los *Sagas.*—Yo no he podido hacer más que un pálido bosquejo de lo que puede ser un gran cuadro; una pobrísima leyenda de un asunto que se presta á un poema épico.

44-(Pág. 207) Aderhaman abandona á Tarub, Kalam y Ashifa.

Véase AL-MAKKARI, I. VI. c. IV.

45-(Pág. 207) y el ajedrez y á Aben Gamir

Había hecho hagib al walí de Sidonia Aben Gamir, y con este sabio caudillo solía jugar al *jahtrang* ó ajedrez, que era uno de los más diestros jugadores que en aquel tiempo se celebraban y competía con él Abderaham á este juego con grandes apuestas.—CONDE.—*Historia de la dominación de los árabes en España.*

46-(Pág. 207) y al poeta Aldallah olvida

Abdallah Aben Xamri y Yahia ben Hakem, el Gazali, eran los dos poetas favoritos de Abderahman.—CONDE. —*Obra citada.*

47-(Pág, 208) Llamó Abderhaman á Muza el godo

Este célebre jefe de Aragon era de la familia de Beni-Kasi y descendía de los visigodos.—*Recherches sur l'histoire et la litterature de l'Espagne pendant le moyen áge.*—DOZY.

48-(Pág. 208) y al hagib Isa-Ibn-Chohaid.

Véase la nota 43.

49-(Pág. 210) ni por las suras

Sura. Capítulo del Alkoran.

50-(Pág. 211) ¿no quieren ahogar sus voces las campanas maldecidas?

En lo tocante al ejercicio del culto cristiano todavía apareció mucha diversidad segun los lugares, nacida de lo vario de las circunstancias y de no mayor conformidad

con el genio é inclinación de los caudillos conquistadores, amires y gobernadores agarenos, de forma que regían en reducidos territorios disposiciones relativamente contrarias, no alcanzándose la razón de por qué en Coimbra no se consentía que celebrasen los presbíteros con las puertas abiertas, mientras en Córdoba se guardaba toda la solemnidad antigua con el ceremonial para entierros y procesiones, y aun el tañer de las campanas, aborrecido de los musulmanes.—*Estado social y político de los mudéjares de Castilla.*—FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

51-(Pág. 211) Hora que los alfaquíes

El Alfaqui era Iman ó cabeza dentro del templo para lo relativo al culto.—MADRAZO.—*España y sus monumentos. Córdoba.*

52-(Pág. 212) ¿Eulogio
por doquier no lo predica

Véase *Memoriale Sanctorum. Apolog. Martyrum de* SAN EULOGIO.—*Indic. lumin. de* SAN ALVARO *y la Vita Eulogii* de este mismo autor.—AMBROSIO DE MORALES *y el* P. ROA.—*Mudéjares* de *Castilla,* de FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.—*Historia de los musulmanes españoles* de DOZY y MADRAZO, *obra citada de España y sus monumentos.*

53-(Pág. 214) Era de ver al sirio y al mulado

Mulado ó muladí, el hijo de mahometana y de cristiano, ó viceversa.—El Sr. D. LEOPOLDO DE EGUILAZ Y YANGUAS, en su mágnifico *Glosario etimológico de las palabras españolas de orígen oriental* dice: muladí, el hijo de árabe y de cristiana ó judía. Mulato, el nacido de padre árabe y de madre extranjera ó de un padre esclavo y de una madre libre.

54-(Pág. 215) tal patada de oso al yemenita
le dió que las entrañas le echó afuera.

He deseado imitar uno de los hechos consignados en el saga de Olaf Fryggvesson, traducido por el Sr. NOEL, y publicado en *El Ateneo* de 1.º de Junio de 1875.

55-(Pág. 221) á ocupar las llanuras de Toliata

Así llamaban los árabes á la llanura de Tablada, próxima á Sevilla.—MATUTE Y GAVIRIA.—*Anales de la ciudad de Sevilla.*—Talhyata, segun DOZY.

56-(Pág. 223) *Los caballos del mar*

Las naves.—Véase la nota 19.

57-(Pág. 223) *Valkirias*

Véase la nota 14.

58-(Pág. 224) las Nornas

Eran las Parcas en la mitología escandinava.—CARRASCO.—*Mitología universal.*

59-(Pág. 233) Con mujer inmaculada
sabe el normando dormir
poniendo en medio una espada.

Las mujeres eran respetadas entre los normandos y aprendían á trazar los caracteres rúnicos, cosa prohibida á los esclavos. La esposa llevaba á la cintura el manojo de llaves, símbolo de la autoridad doméstica. Si dos personas de diferentes sexo se encontraban en un viaje, y tenían que dormir en una misma cama, el hombre colocaba en medio una espada y era suficiente.—CÉSAR CANTÚ.—*Historia universal.*—¿Tendrán muchos cuentos populares orígen en esta caballeresca costumbre?

60-(Pág. 234) al salir del mozárabe convento

Véase *Mudéjares de Castilla* por FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ é *Historia de los musulmanes españoles* de DOZY.

61-(Pág. 246) ¡Tus *wikings* han muerto!

Hubiera deseado transcribir por *quinda* (canto de muerte) el que con el título de las Valkirias tejedoras, inserta CÉSAR CANTÚ en su *Historia Universal*, tantas veces citada, en la parte en que se ocupa de la Literatura Escandinava. Pero no encontré pertinente á mi asunto el canto que se refiere á Broder, atrevidísimo corsario en tiempo de Araldo, el de la hermosa cabellera. Le he imitado cuanto he podido.

Hé aquí algunas estrofas:

Estiéndese por todas partes
antes del estrago
una nube de saetas;
llueve la sangre,
se quiere urdir cinerea tela
por manos amigas del valor,
prepara rojos los estambres
la muerte de Randuero.
Esta tela se tejió
de tripa humana:
craneos pendientes
tienen tegidos los estambres,
las cárcolas son lanzas ensangrentadas
flechas y espadas son peines y astillas
así se tejerá
una tela gloriosa.

ÍNDICE

En la página 227, línea 11, dice:

Pero jamás así. Nunca rendidos

y debe leerse

Pero jamás así. Nunca rendidas

